

en defensa del

MARXISMO

América

SOCIALISTA 28

Agosto 2022



**LA GUERRA CIVIL:
LA SEGUNDA
REVOLUCION DE LOS
ESTADOS UNIDOS**

También: **MARXISMO, DINERO E INFLACION**

Editores:
Alan Woods
(editor en jefe)

Rob Sewell
Hamid Alizadeh
Francesco Merli
Daniel Morley

Jorge Martín
(edición en español)

América **SOCIALISTA**

Revista
teórica de la
**Corriente
Marxista
Internacional**

Todas las imágenes
sin crédito son de
dominio público

Índice

Editorial:
¡Por el optimismo
revolucionario!

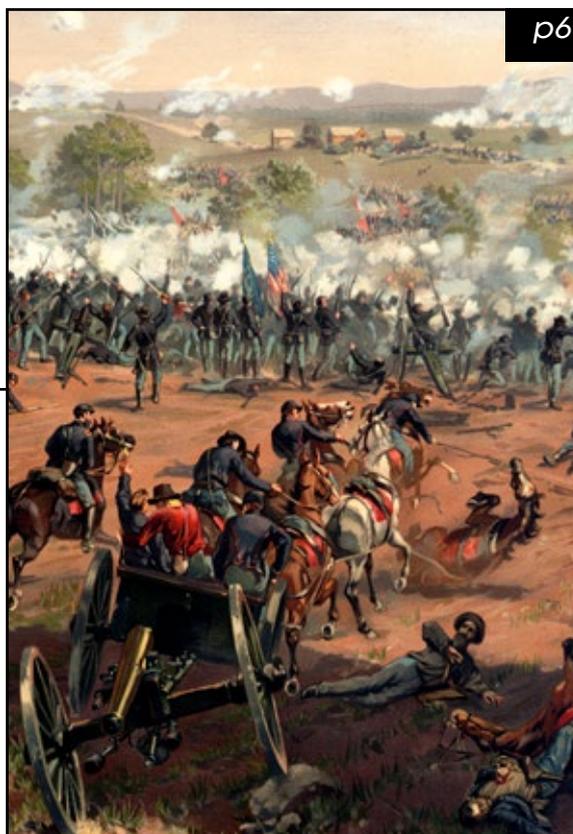
p4



p25

Marxismo e inflación

El flagelo de la inflación ha sacudido la economía mundial. Los portavoces del capitalismo culpan a la clase obrera por el aumento de los precios. Sin embargo, la lucha de los trabajadores por salarios más altos es de hecho una respuesta a la inflación, que carcome el salario real, y no su causa. En este artículo analizamos las presiones inflacionarias que afectan a la economía hoy, y mostramos cómo la inflación proviene de la dinámica del propio sistema capitalista moribundo.



p6

La Guerra Civil: la Segunda Revolución Americana

La Guerra Civil estadounidense es un evento histórico de significado mundial. Esta guerra revolucionaria, que consumió a la sociedad estadounidense durante cuatro largos y sangrientos años, derrocó la esclavitud como modo de explotación y sentó las bases para el rápido desarrollo del capitalismo estadounidense. Este episodio de la lucha de clases demuestra gráficamente la dinámica de la revolución y debe ser estudiado por todos los trabajadores y jóvenes con conciencia de clase.

Bienvenidos

Bienvenidos a una nueva edición de esta nueva etapa de **América Socialista**. La revista **América Socialista** se ha editado de manera ininterrumpida desde febrero de 2009. Han sido doce años de publicación como revista política de la Corriente Marxista Internacional en español, con distribución en todo el continente americano y también en una edición hermana en el Estado Español.

En agosto 2021, la Corriente Marxista Internacional decidió lanzar una nueva etapa de la revista *In Defence of Marxism* (En defensa del marxismo), como parte de una campaña mundial en defensa de las ideas del marxismo en todos sus aspectos. **América Socialista** se ha incorporado a ese esfuerzo necesario. Esperamos conservar los lectores que nos han seguido en estos años y ampliar vastamente el alcance de **América Socialista - En defensa del marxismo**.

Contacto

REDACCIÓN

contacto@marxist.com

CANADÁ

Fightback

Correo: fightback@marxist.ca

www.marxist.ca

Tel: (416) 461-0304

La Riposte

Boîte Postale CP 2, SUCC. H

Montréal, Québec, H3G 2K5

Correo: lariposte@marxiste.qc.ca

www.marxiste.qc.ca

ESTADOS UNIDOS

Socialist Revolution

www.socialistrevolution.org

PO Box 1575,

New York, NY 10013

MÉXICO

La Izquierda Socialista

www.marxismo.mx

Correo: contacto@marxismo.mx

Tel: +52 55 8561 3576

BOLIVIA

Lucha de Clases

www.luchadeclases.org.bo

Correo: info@luchadeclases.org.bo

cel: (+591) 69620439

BRASIL

Esquerda Marxista

www.marxismo.org.br

Correo: contato@marxismo.org.br

Fone Brasil: (+55 11) 99965-5542

CHILE

Corriente Marxista Internacional

Correo: chile@americasocialista.org

ESTADO ESPAÑOL

www.luchadeclases.org

Correo: contacto@luchadeclases.org

Tel: 646 630 889

HONDURAS

facebook.com/IzquierdaMarxista

izquierdamarxista.wordpress.com

Correo:

izquierdamarxista.hn@gmail.com

GUATEMALA

cmiguatemala2020@gmail.com

COLOMBIA

Colombia Marxista

www.colombiamarxista.com

Correo: colombiamarxista@gmail.com

VENEZUELA

Lucha de Clases

Tel.: 0416-3094517 / 0416-6084457

www.luchadeclases.org.ve

Correo: cmi.venezuela@gmail.com

EL SALVADOR

Bloque Popular Juvenil

www.bloquepopularjuvenil.org

Correo:

redaccionmilitantebj@gmail.com

Tel: +503 7300-5356

ARGENTINA

Corriente Socialista Militante

www.argentinamilitante.org

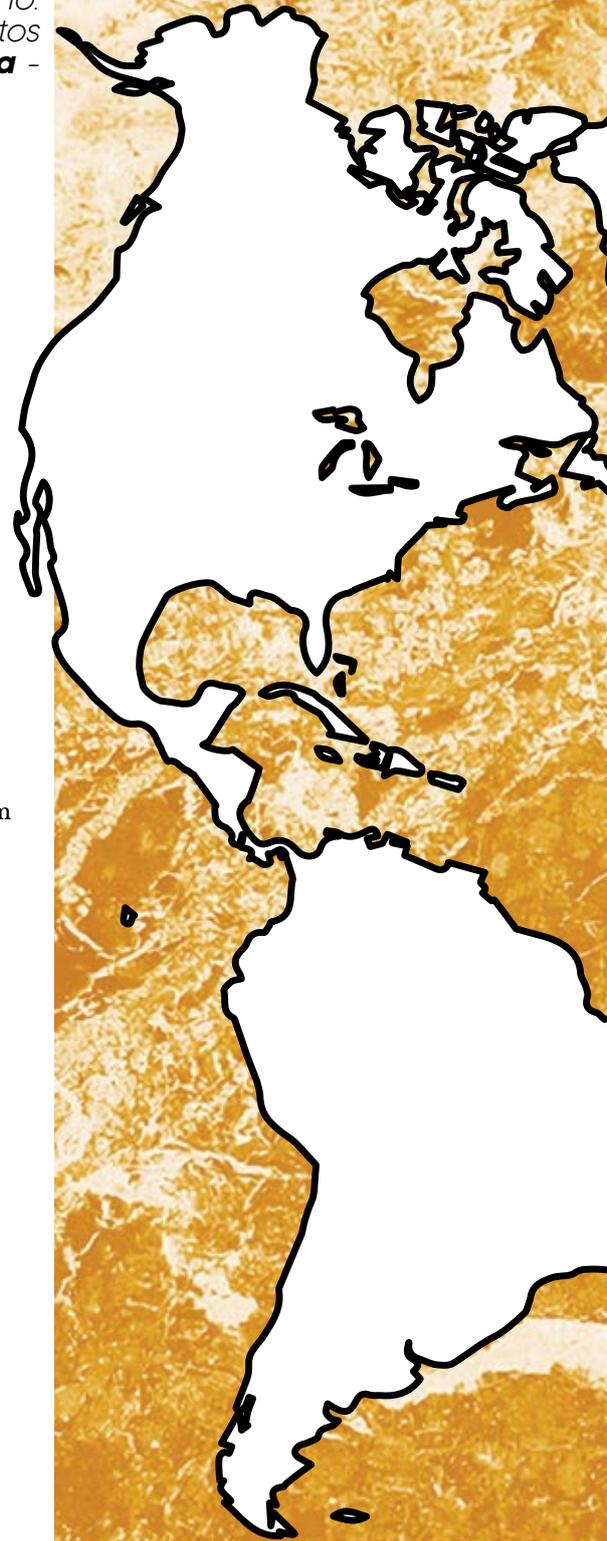
Correo:

elmilitante.argentina@gmail.com

Tel: +54 9 3416 565104

PERU

cmi.peru2021@gmail.com



americasocialista.org

OPTIMISMO REVOLUCIONARIO

En este número de *América Socialista – En defensa del marxismo* dos artículos ocupan la totalidad de la revista. Ambos artículos abordan cuestiones de excepcional interés y que, por diferentes razones, han adquirido recientemente una relevancia aún mayor.

Me refiero a un extenso estudio sobre la Guerra Civil Americana del marxista John Peterson, basado en Nueva York, y a un oportuno artículo sobre la inflación del camarada Adam Booth.

MARX Y ENGELS SOBRE LA GUERRA

Recientemente estuve releendo la correspondencia de Marx y Engels, que ocupa una docena de volúmenes de las Obras Completas, y es una verdadera mina de información sobre todo tipo de asuntos: filosofía, economía, política, e incluso la vida personal de estos dos grandes hombres.

Una cosa que me sorprendió fue el conocimiento verdaderamente enciclopédico que poseían sobre una amplia gama de temas, incluidos los asuntos militares.

Napoleón dijo una vez que la guerra es la más complicada de las ecuaciones. Por tanto, son aún más valiosas las profundas observaciones de los fundadores del socialismo científico, no sólo en relación a las guerras napoleónicas y la guerra de Crimea, sino también respecto a la guerra de Secesión estadounidense y la posterior guerra franco-prusiana que desembocó en la Comuna de París, el heroico levantamiento de los trabajadores franceses que condujo a la creación del primer Estado obrero del mundo.

LA SEGUNDA REVOLUCIÓN AMERICANA

Estos últimos acontecimientos son relativamente bien conocidos por todos los marxistas. Pero lo que no es tan conocido es el contenido revolucionario de la Guerra Civil Estadounidense, o, como John Peterson prefiere llamarla (muy acertadamente), la Segunda Revolución Estadounidense. Pero el contenido revolucionario de la Guerra Civil estadounidense fue captado inmediatamente por Karl Marx.

Entre las fascinantes cartas de Marx y Engels sobre este tema, encontré el siguiente extracto notable, escrito por Marx el 6 de mayo de 1861, cuando los primeros

disparos de la Guerra Civil acababan de producirse. Esto es lo que escribió:

[...] Aquí en Londres hay una gran consternación por el curso de los acontecimientos en América. Los actos de violencia que han sido perpetrados no sólo por los Estados Secesionistas, sino también por algunos de los Estados Centrales o Fronterizos – y se teme que los 8 Estados Fronterizos, a saber, Virginia, Kentucky, Missouri, Carolina del Norte, Tennessee, Arkansas, Maryland y Delaware, se pongan del lado de los secesionistas – estos actos de violencia han hecho imposible todo compromiso.

*No puede haber duda de que, en la primera parte de la lucha, la balanza se inclinará a favor del Sur, donde la clase de aventureros blancos sin propiedades proporciona una fuente inagotable de milicia marcial. A largo plazo, por supuesto, el Norte saldrá victorioso ya que, en caso de necesidad, tiene una última carta en la manga en forma de una revolución de los esclavos [...]**

En estas pocas y concentradas frases, el genio de Marx fue capaz de predecir con asombrosa presciencia todo el proceso de la guerra y su resultado. Ya que, como señala John Peterson, el carácter esencialmente revolucionario de la guerra sólo surgió claramente con la decisión de Lincoln de anunciar la emancipación de los esclavos, que cambió drásticamente toda la dirección de los acontecimientos.

Por supuesto, no es mi intención desarrollar más esta idea. Ese propósito está bien servido por el artículo que ahora ofrecemos a nuestros lectores.

ANTES Y AHORA...

Volviendo a la correspondencia Marx-Engels. El intercambio de cartas sobre la guerra de Crimea, por citar sólo un ejemplo, revela un conocimiento detallado de la táctica y la estrategia y también un examen minucioso de los detalles de cada batalla importante, de los movimientos de tropas, etc.

¡Cómo los envidio! Hoy en día, es extremadamente difícil, por no decir imposible, obtener información precisa sobre la guerra en curso en Ucrania. En lugar de hechos, estamos sometidos diariamente a un bombardeo sin precedentes de propaganda descerebrada, cuyo objetivo no es

ALAN WOODS



proporcionar información precisa sobre el estado de las hostilidades, sino precisamente lo contrario.

En tales condiciones, cualquier análisis de la guerra debe reducirse necesariamente a una conjetura. Una vez más se demuestra que el viejo dicho es correcto: la primera víctima de la guerra es la verdad. Pero de una cosa podemos estar seguros. Cuando usted lea estas líneas, la falsedad de la propaganda de Occidente sobre la inevitabilidad de una victoria ucraniana habrá quedado expuesta como el fraude hipócrita que siempre fue.

Y será el pobre pueblo de Ucrania el que pague el precio del cínico juego de Washington de convertirlo en carne de cañón en un intento de debilitar a su enemigo ruso.

LA HISTERIA DE GUERRA Y LA IMPOTENCIA DE LA "IZQUIERDA"

El actual conflicto en Ucrania ha desatado un furor de histeria contrarrevolucionaria. El ritmo ensordecedor de los tambores de guerra ha ahogado temporalmente cualquier atisbo de razón. La opinión pública se ha alineado y los elementos más reaccionarios han triunfado.

Este es el panorama que se presenta en la actualidad. Es una imagen que llena lo que solía llamarse la izquierda con sentimientos de tristeza y desesperación. En todas partes sólo ven oscuridad y derrota. Le recuerda a uno las palabras de Edward Lear:

*Había un anciano del Cabo de Hornos
que deseaba no haber nacido;
Así que se sentó en una silla hasta que murió
de desesperación,
Ese doloroso hombre del Cabo de Hornos.†*

* Marx a Lion Philips, 6 de mayo 1861, Marx & Engels Collected Works Digital Edition, (Lawrence & Wishart, 2010), vol. 41, pg. 276

† Edward Lear, The Book of Nonsense, (London: F. Warne & Co., 1887), pg. 54

Estos estados de ánimo son bastante naturales para esos adoradores serviles del hecho establecido, que no pueden ver más allá del final de su nariz. No tienen el más mínimo conocimiento de la dialéctica, que nos enseña que todo lo que existe merece perecer. En otras palabras, las cosas se transforman en lo opuesto. Y si es cierto (por supuesto, lo es) que las guerras tienen un lado definitivamente destructivo y reaccionario, es igualmente cierto que las guerras frecuentemente crean las condiciones para la revolución.

¿Por qué debería ser diferente la guerra actual?

Las consecuencias de la guerra en Ucrania apenas comienzan a sentirse a escala mundial. Serán totalmente devastadoras. Sin ir más lejos, el delicado entramado del comercio mundial, que apenas se estaba recuperando de los efectos de la pandemia, está siendo desgarrado violentamente por una combinación asesina de guerra y sanciones económicas (que no son más que una expresión de la guerra económica).

Millones de personas se enfrentan a la muerte por hambre, no sólo porque los rusos están bloqueando las exportaciones ucranianas de trigo con buques de guerra, sino también porque Occidente (y esto se olvida convenientemente) está bloqueando la exportación de trigo ruso mediante sanciones estadounidenses.

En todas partes hay una crisis del costo de vida, no totalmente causada por la guerra, pero ciertamente exacerbada por ella. La inflación, que los estúpidos

economistas burgueses creían cosa del pasado, ha vuelto con fuerza, deprimiendo el nivel de vida, destruyendo el valor de los ahorros, arruinando las pequeñas empresas y perturbando la vida económica. Sí, la guerra es muy buena para los fabricantes de armas, pero no tan buena para el resto de la clase capitalista, y ciertamente no para la sociedad en general.

LA INFLACIÓN Y LA CRISIS INMINENTE

Durante mucho tiempo, los idiotas keynesianos pensaron que las crisis de sobreproducción podían resolverse con el simple expediente de aumentar el gasto público (incluido el despilfarro en armamento). Los monetaristas señalaron que esto debía conducir tarde o temprano a la inflación. Los keynesianos replicaban que la política de los monetaristas debía conducir inmediatamente a una recesión.

Y ambos tenían razón. De hecho, si se toma lo que los monetaristas dicen de los keynesianos y lo que los keynesianos dicen de los monetaristas, ambas escuelas dominantes del pensamiento económico burgués se derrumban.

La verdadera explicación de las crisis y la inflación la proporciona la economía marxista, y el camarada Adam Booth nos ha hecho un gran servicio al resumir los argumentos de los economistas burgueses y exponer sus contradicciones internas.

La crisis actual ha dejado al descubierto de manera cruel el mito burgués de que el viejo ciclo de inflación y deflación había

sido finalmente abolido y que habíamos entrado en un nuevo período de prosperidad basado en una combinación de tasas de desempleo bajas, baja inflación y bajos tipos de interés.

Ahora, de repente, están cantando una canción diferente. La espiral incontrolada de la inflación conlleva inevitablemente una subida de los tipos de interés, lo que indica que la economía mundial se precipita ahora de cabeza hacia lo que promete ser una profunda recesión.

En lugar del paraíso capitalista prometido, la perspectiva a la que se enfrentan millones de trabajadores es la de una caída del nivel de vida y un aumento del desempleo. Y tan seguro como que la noche sigue al día, estos hechos se expresarán en una inestabilidad social y política aún mayor, que llevará a una intensificación de la lucha de clases en todas partes.

No quedará piedra sobre piedra de las estúpidas ilusiones de los burgueses y sus secuaces reformistas. En un país tras otro, se abrirán ante nosotros posibilidades revolucionarias. Y a los lamentables “izquierdistas” que hace tiempo que han abandonado toda idea de luchar para cambiar la sociedad, les respondemos con las palabras de Berthold Brecht:

El que lucha puede perder. Pero el que no lucha ya ha perdido. ■

Alan Woods,
Londres,
20 Mayo 2022



LA GUERRA CIVIL: LA SEGUNDA REVOLUCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS

En 1861, una violenta tormenta que se había estado gestando durante años finalmente se desató. Con la secesión de la Unión de siete Estados del Sur la guerra civil estalló en América del Norte. Pero después de cuatro largos años de amarga lucha, los ejércitos de la Unión salieron victoriosos. Su victoria asestó un golpe mortal a la esclavitud y sentó las bases para un tremendo desarrollo de las fuerzas productivas en los Estados Unidos, que sobre esta base se desarrollaron como la potencia capitalista más poderosa que el mundo haya visto jamás. En este artículo, **John Peterson** de la Corriente Marxista Internacional en los Estados Unidos analiza estos acontecimientos titánicos que marcaron la historia mundial.



El 54° Regimiento de Massachusetts, el primer regimiento oficial totalmente negro, en la Segunda Batalla de Fort Wagner, el 18 de julio de 1863.

La Guerra Civil duró cuatro años y fue la guerra más brutal que los Estados Unidos haya visto jamás, seguida por el fuego lento de revolución y contrarrevolución de la Reconstrucción. Fue la forja la que transformó nuestra concepción de este país de una federación de Estados individuales a una unión de Estados con una identidad única como país, de “los Estados Unidos” a “Estados Unidos”. Es esencial tener una concepción clara de la importancia de este período si queremos entender el país tal como existe hoy en día. Como dijo el gran novelista del Sur americano, William

Faulkner: “El pasado nunca está muerto. Ni siquiera es pasado”.

Como explicó Marx: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”.¹

Los acontecimientos de hace 160 años tienen una relación directa con la lucha contra la explotación, el racismo y todas las formas de opresión, y la lucha por el

socialismo hoy. El movimiento Black Lives Matter [Las Vidas Negras Importan] después del asesinato de George Floyd a manos de la policía fue un enérgico recordatorio de que el racismo institucional está vivo y coleando, que la lucha contra la desigualdad y la opresión no se puede separar de la lucha contra la explotación de clases, y que la única manera de lograr un cambio serio y sistémico es a través de la lucha de masas.

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

Mientras nos preparamos para las revoluciones del futuro no muy lejano, debemos analizar sobriamente las revoluciones y contrarrevoluciones del pasado, no sólo las victorias inspiradoras, sino también las derrotas y traiciones, los períodos de demoralización y reacción. El estudio de la revolución no puede separarse del estudio de la contrarrevolución, ya que estos procesos son dialécticamente interrelacionados. Debemos estudiar las dinámicas, contradicciones y tensiones *entre* clases y *dentro* de ellas, y seguir las relaciones cambiantes de clase y propiedad en su desarrollo dentro de una sociedad dada.

Como marxistas, estamos especialmente interesados en entender el papel de las masas en estos procesos. Una y otra vez a lo largo de la historia, hemos visto cómo, cuando surgen profundas divisiones por arriba en la sociedad, las masas sienten una oportunidad y se levantan desde abajo para tomar su destino en sus manos. Estampan con fuerza su sello en el curso de la historia, incluso si no tienen un plan claramente elaborado, o una dirección a la altura de las tareas planteadas por los acontecimientos.

La Primera Revolución Americana, que vio a trece colonias ganar la independencia de la mayor potencia imperialista de la época, está llena de ejemplos heroicos de sacrificio y lucha de masas. Sin embargo, cuando se trata del mero drama de la

historia estadounidense, nada se compara con la Guerra Civil.

No es en vano que Marx la describió como “el mayor acontecimiento de la época”.² Engels se refirió a ella como “la primera gran guerra de la historia contemporánea”.³ Y Lenin, en su inimitable estilo polémico, escribió que sólo un pedante y un idiota podía negar “¡el inmenso significado histórico-mundial, progresista y revolucionario de la Guerra Civil Americana de 1863-65!”⁴

Marx y Engels se interesaron con entusiasmo por la guerra a medida que se desarrollaba, siguiendo cuidadosamente sus muchos giros y vueltas económicas, políticas, militares y diplomáticas. Produjeron docenas de artículos y cartas extremadamente perspicaces sobre estos acontecimientos, que son muy recomendables. Marx incluso escribió una carta a Abraham Lincoln en nombre de la Primera Internacional, felicitándolo por su reelección en 1864, y resumiendo muy bien su evaluación de los acontecimientos: “Si bien la consigna moderada de su primera elección era la resistencia frente al poderío de los esclavistas, el triunfante grito de guerra de su reelección es: ¡muera el esclavismo!”⁵

UN PROCESO CONTRADICTORIO

Las revoluciones siempre van precedidas de períodos de crisis convergentes, económicas, políticas, sociales y, a menudo, militares. Al igual que los terremotos y los volcanes, estos son procesos no lineales, que fluyen de las contradicciones y presiones acumuladas que eventualmente alcanzan un punto de inflexión y desatan toda la energía acumulada en el período anterior.

El poder de las masas es como una fuerza de la naturaleza, como la crecida de un río detrás de una presa. A medida que la presión se acumula, incluso pequeñas grietas pueden conducir a la ruptura de toda la estructura. Sin un punto de vista dialéctico es fácil ahogarse en los hechos y las cifras y no entender los fenómenos sociales más complejos, incluidas las guerras, las revoluciones y las contrarrevoluciones.

En su esencia, la Guerra Civil de los Estados Unidos fue una lucha titánica entre el capitalismo industrial históricamente progresista del Norte y la contrarrevolución de las plantaciones y esclavistas del Sur.

Pero incluso esto es un poco simplista, y no debemos abordar ni este ni cualquier otro choque entre revolución y contrarrevolución de una manera unilateral. Contrariamente a la narrativa oficial, esta no fue una lucha monolítica y unida de capitalistas que odiaban la esclavitud, trabajadores antirracistas y pequeños agricultores por un lado, luchando contra una horda unida de propietarios de

plantaciones amantes de la esclavitud y agricultores pobres racistas por el otro.

Había profundas contradicciones de clase en ambos lados de la línea divisoria regional, incluidos, por supuesto, millones de esclavos y cientos de miles de esclavos escapados. Había un racismo profundamente arraigado en todo el país, incluso entre muchos abolicionistas. Y aunque estaban luchando objetivamente contra la esclavitud, la mayoría de los blancos del norte sospechaban de los esclavos, y especialmente de los esclavos liberados, que eran vistos como competidores por empleos y tierras.

También hay grandes diferencias económicas y culturales dentro de las propias zonas Norte-Sur más amplias. Por ejemplo, las economías y los intereses de Delaware y Maryland en el sur no eran los mismos que en Texas o Mississippi. Lo mismo se aplica a los Estados del norte como Massachusetts o Connecticut en comparación con Estados como Wisconsin o Minnesota, que estaban en la frontera occidental de entonces.

Y aunque la posesión de esclavos había sido abolida en Nueva York décadas antes, los financieros de la ciudad se beneficiaron más que en ningún otro lugar de la trata de esclavos. El alcalde de la ciudad de Nueva York, Fernando Wood, sugirió seriamente al Ayuntamiento que se declarara una “ciudad libre” y actuara como enlace comercial neutral entre el Norte y el Sur. Wood era miembro central de la infame organización política Tammany Hall, y estaba dispuesto a que los ingresos del comercio de esclavos y algodón continuaran fluyendo, lo que engrasó las ruedas del patronazgo político de la maquinaria del Partido Demócrata de la ciudad.

Los orígenes de la Guerra Civil se remontan en última instancia a la fundación misma del país y a la naturaleza incompleta de la primera Revolución Americana. Se había ganado la independencia de Gran Bretaña, pero muchas de las tareas históricas típicamente asociadas con lo que Lenin se refirió como la revolución nacional-democrática seguían siendo inconclusas. Era necesaria otra revolución, otra tremenda agitación social y reestructuración de la economía y la sociedad en su conjunto, para facilitar el desarrollo sin trabas del capitalismo estadounidense.

Después de décadas de compromisos con las fuerzas centrífugas del particularismo de los “derechos de los Estados” jeffersonianos y jacksonianos, los herederos de los federalistas de Alexander Hamilton finalmente ganaron la partida bajo Lincoln. La guerra condujo a una centralización sin precedentes con el fin de financiar y movilizar los recursos humanos y materiales necesarios para la victoria: con aranceles, impuestos, servicio militar

obligatorio, la primera moneda de papel nacional, e incluso la nacionalización parcial de los ferrocarriles y telégrafos.

Pero lo que realmente hizo de la Guerra Civil una revolución es que no fue en absoluto impulsada simplemente desde arriba. Hubo una participación masiva de trabajadores comunes y pequeños agricultores del norte, que lucharon para defender la Unión y, en última instancia, para aplastar la esclavitud. Lo hicieron bajo la bandera de la Unión y la libertad burguesa, inspirados por la rectitud religiosa y el espíritu revolucionario de 1776. Muchos eran revolucionarios europeos que habían emigrado tras las fallidas revoluciones de 1848. Doscientos mil inmigrantes alemanes se unieron al ejército de la Unión, muchos de los cuales ya habían ganado experiencia en luchas armadas revolucionarias. Decenas de miles de revolucionarios de Irlanda y otros países europeos también se unieron a la lucha. Además de esto, las fuerzas del norte se nutrieron de cientos de miles de esclavos, que jugaron un papel decisivo en su propia emancipación, decenas de miles de ellos con las armas en la mano.

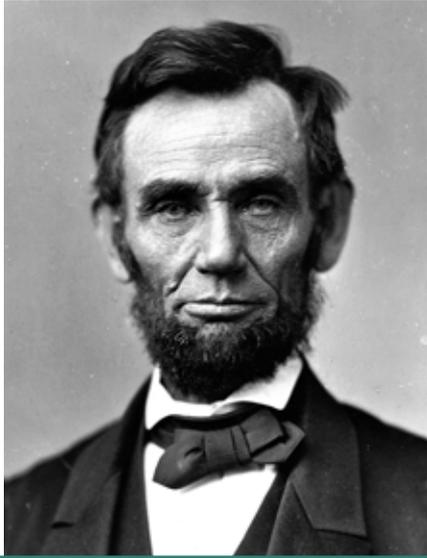
ACCIDENTE, NECESIDAD Y PAPEL DEL INDIVIDUO EN LA HISTORIA

Es ABC para los marxistas que las revoluciones expresan profundas contradicciones sociales y económicas. Pero el resultado preciso de tales procesos es el resultado de una lucha de fuerzas vivas, incluyendo innumerables elementos accidentales, y no está en absoluto predeterminado. Y aunque el papel del individuo en la historia es indudable y puede ser decisivo en ciertos puntos nodales del desarrollo, el curso principal de los acontecimientos no



La carta de Marx a Lincoln.

“[Las] ideas y acciones [de Abraham Lincoln] evolucionaron dramáticamente a lo largo del conflicto, y ofrecen un ejemplo muy interesante de reformismo que se transforma en revolución.”



se decide por la voluntad subjetiva de los participantes individuales.

Abraham Lincoln lo entendió instintivamente. Como él mismo lo dijo: “Afirmo no haber controlado los acontecimientos, sino confieso claramente que los acontecimientos me han controlado”.⁶ Sus ideas y acciones evolucionaron dramáticamente a lo largo del conflicto, y ofrecen un ejemplo muy interesante de reformismo que se transforma en revolución. Inicialmente, Lincoln adoptó un enfoque en gran medida legalista, ya que tenía como objetivo sofocar una rebelión regional mientras mantenía el status quo, incluida la esclavitud. Sólo era un partidario de la línea dura en la cuestión de la *extensión* de la esclavitud a los territorios.

Sin embargo, finalmente se vio obligado por los acontecimientos a llevar a cabo una guerra revolucionaria de destrucción y expropiación contra la esclavitud, que era la cuestión central y base de apoyo de la revuelta del Sur. Si Lincoln se hubiera limitado la lucha al restablecimiento del viejo orden, seguramente habría fracasado. Pero una vez que reconoció las condiciones cambiantes y se dejó arrastrar por la marea, dio un impulso al proceso a su manera, y ayudó a transformarlo en una lucha revolucionaria, que a su vez tomó vida propia.

RELACIONES DE CLASE Y PROPIEDAD

Antes de la Guerra Civil, el capitalismo había sido dominante en todo el país durante mucho tiempo, a ambos lados de la línea Mason-Dixon [que separaba los estados del Norte de los del Sur]. Estados Unidos había sido durante mucho tiempo parte integral del mercado mundial, y en las décadas posteriores a la primera revolución, sus capitalistas mercantiles se habían transformado en capitalistas manufactureros e industriales.

Durante el mismo período, también se transformó la producción familiar

autosuficiente e independiente de los pequeños agricultores del norte. Debido a una serie de factores económicos y sociales, sobre todo la creciente presión del mercado, se habían visto obligados a convertirse en pequeños productores agrarios de mercancías, o habían perdido sus tierras y se habían convertido en trabajadores asalariados, o en algunos casos, se habían elevado a la posición de los pequeños capitalistas.

El Sur también tenía un sector de pequeños agricultores, algunos con tierra propia, otros que trabajaban como arrendatarios en la tierra de otros, y otros que carecían de tierra y trabajaban como trabajadores agrícolas itinerantes, o simplemente sobrellevaban una existencia miserable en los márgenes de la sociedad. Había algunas manufacturas en el sur. De hecho, había habido esfuerzos conscientes para expandirlas en los años previos a la guerra por temor a ser totalmente dependientes de los productos manufacturados del Norte.

Pero el modo predominante de explotación, y el principal contribuyente a la economía del Sur, era la esclavitud forzada, que producía mercancías agrícolas para ser vendidas con fines de lucro en los mercados nacionales y mundiales.

Así que mientras que el modo de producción capitalista era dominante en el país en su conjunto, la clase dominante de cada región se basaba en modos de explotación muy diferentes, y como resultado, tenía prioridades e intereses cada vez más divergentes.

TODO SE CONVIERTE EN SU CONTRARIO

La esclavitud había desempeñado durante mucho tiempo un papel desmesurado en la acumulación y expansión del capital en el país en su conjunto. Los esclavos llegaron por primera vez a las Trece Colonias en Virginia, en 1619, y en 1790, poco después de que se adoptara la Constitución,

había casi 700.000 esclavos en los Estados Unidos, aproximadamente uno de cada seis habitantes. A raíz de esto, el Sur había dominado en gran medida el gobierno federal desde que se fundó la república, a pesar de su población mucho menor.

La Revolución Industrial en Gran Bretaña y el auge de las hilanderías de algodón crearon una demanda insaciable de algodón. La invención de la desmotadora de algodón en 1793 revolucionó la producción de algodón y alimentó la necesidad de un creciente número de esclavos para expandir el cultivo intensivo en mano de obra. Como resultado, la población de esclavos se cuadruplicó a casi cuatro millones entre 1790 y 1860, de los cuales el 90% estaban en áreas rurales, concentrados en las plantaciones. Sin embargo, también había muchos esclavos que vivían en zonas urbanas o trabajaban en la industria rural, y los esclavos representaban aproximadamente el 20% de la población en la mayoría de las ciudades del sur. En Charleston, Carolina del Sur, los esclavos y los negros libres superaban en número a los blancos.

La dependencia de la economía del Sur de la esclavitud, que producía materias primas para la exportación, sin duda produjo enormes ganancias para los “plantadores” y sus financistas, pero también sofocó el desarrollo económico. Y aunque hubo algunas innovaciones y cambios introducidos a lo largo de los años, en términos generales, la economía del sur era más o menos igual en la década de 1850 que lo que había sido en la década de 1820.

En el Norte, por otra parte, la economía había evolucionado mucho más dramáticamente, con la transformación de la producción doméstica en manufactura en pequeña escala y la transformación de la manufactura en industria propiamente dicha. A medida que el capital del norte crecía cada vez más, la gran burguesía ascendente quería un poder político acorde con su creciente poder económico.

Durante más de medio siglo, las dos regiones habían tenido una relación simbiótica, aunque a veces tensa. Sus intereses habían coincidido en la lucha contra los británicos, contra los shaysitas⁷ y otras rebeliones internas en los años posteriores a la primera revolución, y fueron capaces de negociar el reparto conjunto del poder dentro del mismo Estado durante varias décadas. Pero finalmente, esta relación mutuamente beneficiosa alcanzó sus límites y se transformó en su contrario.

Una vez que el capitalismo realmente floreció en el continente, la esclavitud era un uso menos eficiente de la tierra y el trabajo. Los esclavistas también se enfrentaron al desafío de mantener a sus esclavos ocupados de manera útil durante todo el ciclo agrícola, así como cuando los precios agrícolas fluctuaban. Su solución era hacer que sus plantaciones fueran lo

más autosuficientes posibles no solo en la producción de alimentos, sino también en la fabricación de herramientas, herrería, etc. Esto desalentó la producción simple e industrial de mercancías en las tierras que controlaban. Ante la creciente competencia internacional que amenazaba su dominio del comercio del algodón, la expansión geográfica era esencial para su supervivencia como clase. Necesitaban más tierra para cultivar algodón u otras formas útiles de poner a sus esclavos a trabajar, por ejemplo, en la ganadería y las operaciones mineras en el oeste.

Pero la expansión territorial de la esclavitud representaba una amenaza para la expansión del capital industrial y la explotación del trabajo asalariado. Los industriales del Norte no sólo dependían de la explotación del trabajo asalariado, sino que también dependían de la expansión de la producción agrícola de productos básicos como su principal mercado. Es decir, necesitaban pequeños agricultores independientes con los medios para comprar los bienes que fabricaban, y fueron precisamente estas personas las que entraron en conflicto directo con los intentos de extender la esclavitud a los territorios occidentales. Por lo tanto, el Norte se vio obligado por la dinámica de la producción capitalista a imponer sus propias formas económicas, incluso si estos objetivos se presentaban en términos morales o religiosos, o en nombre de la "libertad" en abstracto.

Todo esto representaba una amenaza mortal para el "modo de vida" del Sur, que

se basaba en la llamada "institución peculiar" de la esclavitud forzada. No está dentro del alcance de este artículo contar los horrores de la esclavitud, el Pasaje del Medio de África a las Américas, o la historia de los estimados 250 levantamientos de esclavos, tanto grandes como pequeños, que tuvieron lugar en los Estados Unidos. Baste decir que la esclavitud no fue aceptada pasivamente por los esclavos, y que los millones de esclavos y negros libres que llamaban a los Estados Unidos hogar habían desarrollado sus propias formas culturales, redes de comunicación y métodos de resistencia.

En términos generales, sin embargo, en la década de 1850, había dos entidades socioeconómicas muy diferentes, dos identidades nacionales distintas, obligadas a coexistir dentro del mismo Estado-nación, y esto era insostenible a largo plazo. Como dijo Lincoln en 1858: "Una casa dividida contra sí misma no puede sostenerse; este gobierno dividido en Estados esclavos y Estados libres no puede durar, todos deben ser libres o todos deben ser esclavos; deben ser una cosa u otra".⁸ El marco de la Constitución y la Carta de Derechos originales de los Estados Unidos había llegado a sus límites y estaba a punto de estallar de manera violenta y dramática.

"NO SE PODÍA LLEGAR A UN ACUERDO"

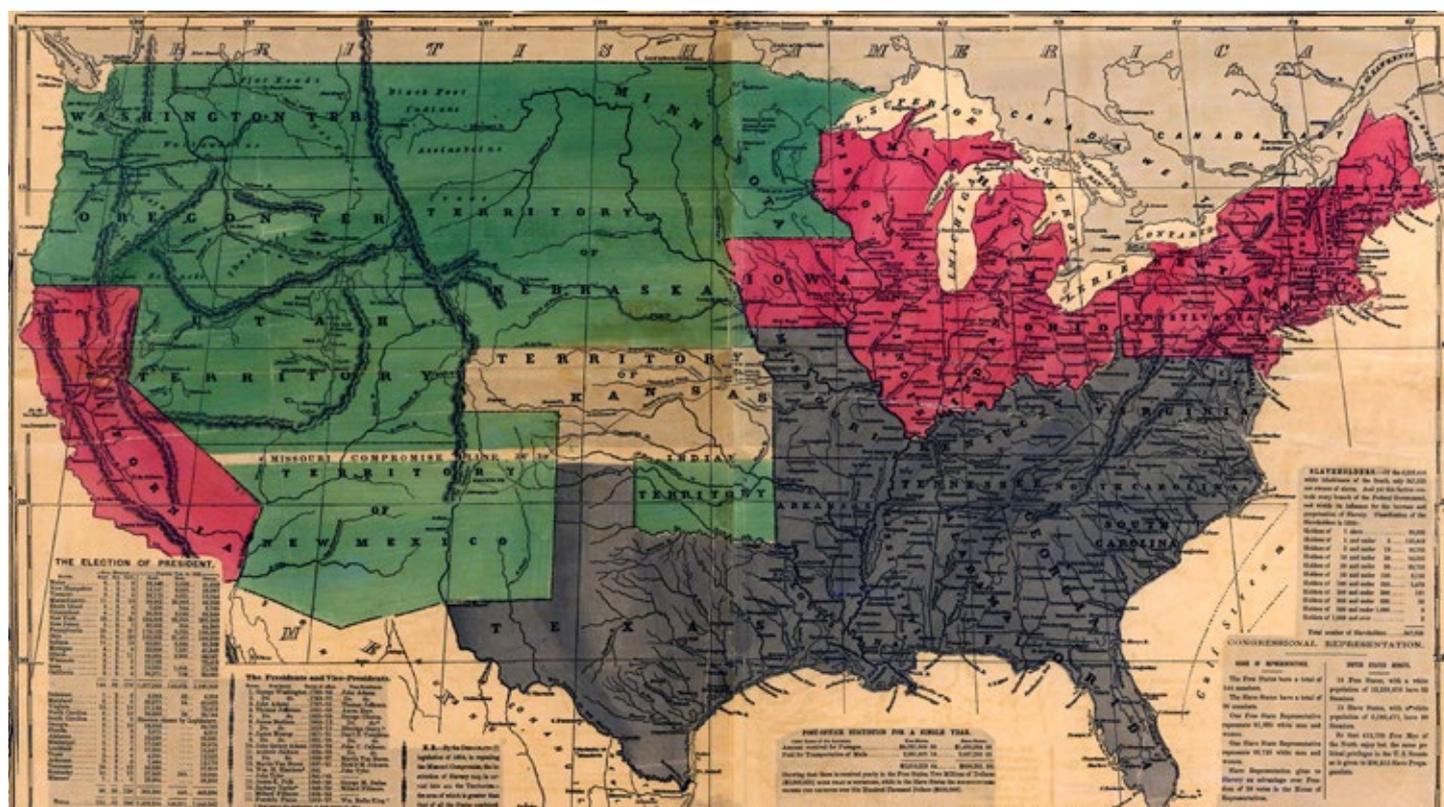
Entre muchos otros acuerdos destinados a crear una nación coherente de trece colonias muy diferentes, la Constitución de los Estados Unidos incluyó el sobrecogedor

Acuerdo de las Tres Quintas Partes. Este negaba la humanidad de los esclavos, pero los contaba como tres quintas partes de una persona al calcular la población de un Estado con el fin de asignar escaños en la Cámara de Representantes y el Colegio Electoral. El historiador Shelby Foote, un simpatizante confederado no demasiado disimulado, culpó a la Guerra Civil del fracaso de los estadounidenses "en hacer lo que realmente nos hace ser un genio, que es llegar a acuerdos".⁹

Desde una perspectiva marxista, sin embargo, no puede haber un acuerdo permanente sobre las cuestiones de clase fundamentales. En última instancia, una clase u otra debe mantener y ejercer el poder. Una clase u otra debe dominar la vida política, económica y cultural. Todas las grandes cuestiones se deciden en última instancia a través de la lucha de clases, en el lugar de trabajo, en las calles, y cuando no hay otra alternativa, en el campo de batalla – no en las urnas, ni en el Congreso, ni a través del poder judicial.

Como Abraham Lincoln entendió: "cuando se trata de elegir entre varios males, la guerra no siempre tiene porque ser el peor de ellos".¹⁰ Toda guerra es la continuación de la política por otros medios, y como Lenin explicó, la política es economía concentrada. Una guerra civil no es simplemente una confrontación militar. Es, sobre todo, una lucha política y social entre y dentro de diferentes clases.

Después de la guerra, los llamados apologistas de la "Causa Perdida" de la Confederación trataron de romantizar y



Un mapa de los Estados Unidos producido en 1856 durante la "Sangría de Kansas" que representa los estados esclavistas (gris), los estados libres (rosa), los territorios de EE. UU. (verde) y Kansas (blanco).

mitologizar el sur de Antebellum (antes de la guerra). Se refirieron al conflicto como la “Guerra de Agresión del Norte” y afirmaron que se trataba simplemente de defender los derechos de los Estados y la Constitución de los Estados Unidos. Hay un elemento de verdad en esto, en la medida en que los Estados del Sur lucharon por el derecho a explotar la mano de obra esclava. También era una defensa de la Constitución, en la medida en que la Constitución, tal como fue aprobada originalmente, permitía y protegía la esclavitud.

Esto es lo que los Fundadores escribieron en el Artículo IV, Sección 2 del documento de gobierno del país: “Ninguna persona sometida para servir o trabajar en un Estado, bajo las leyes del mismo, escapando a otro, no podrá, como consecuencia de cualquier ley o regulación en el mismo, ser liberada de dicho servicio o trabajo, sino que será entregada por reclamo de la parte a quien dicho servicio o trabajo pueda ser debido”.

Las palabras “sometido a servicio o trabajo” es un eufemismo para la esclavitud y la servidumbre por contrato, otra forma de servidumbre explotadora. Así que incluso antes de la Ley de Esclavos Fugitivos de 1850, los Estados estaban constitucionalmente obligados a devolver la propiedad humana escapada a sus propietarios. La causa del Sur fue en última instancia un intento de mantener por la fuerza al país en una etapa más temprana y aún más brutal de su desarrollo en beneficio de una clase reaccionaria de menos de 400.000 esclavistas.

UNA GUERRA POR LA ESCLAVITUD

Es un hecho incómodo para aquellos que trataron de enturbiar las aguas después de la guerra, que antes de que la guerra comenzara, habían admitido abiertamente que era, de hecho, el centro de la disputa era la esclavitud. Reconocieron y denunciaron repetida y explícitamente la amenaza que representaba para la esclavitud el creciente poder del Norte.

Por ejemplo, en la ordenanza de secesión de Carolina del Sur, se quejaban de que el gobierno federal no estaba respetando las leyes aprobadas para garantizar la santidad de la propiedad de esclavos, y condenaban “una creciente hostilidad por parte de los Estados no esclavistas hacia la institución de la esclavitud”.

Y en su discurso de “piedra angular”, dado en Savannah, Georgia en marzo de 1861, el vicepresidente de la Confederación, Alexander Stephens, enunció claramente la verdadera razón de la secesión: “Nuestro nuevo gobierno se basa en... la... idea; sus cimientos están sentados, su piedra angular descansa, sobre la gran verdad de que el negro no es igual al hombre blanco; que la subordinación esclavizada a la raza superior es su condición natural

“Toda guerra es la continuación de la política por otros medios, y como Lenin explicó, la política es economía concentrada. Una guerra civil no es simplemente una confrontación militar. Es, sobre todo, una lucha política y social entre y dentro de diferentes clases.”

y normal. Este, nuestro nuevo gobierno, es el primero en la historia del mundo, basado en esta gran verdad física, filosófica y moral”.¹¹

Como Marx comentó en ese momento: “A la pregunta de cuál es el principio de la guerra civil americana, responde el propio Sur con el grito de guerra lanzado en el momento de la ruptura de la paz. Stephens, vicepresidente de la Confederación del Sur, declaró en el Congreso de la secesión que lo que distinguía esencialmente la Constitución nuevamente tramada en Montgomery de la de Washington y Jefferson era que, en lo sucesivo y por primera vez, la esclavitud quedaba reconocida como una institución buena en sí y como fundamento de todo el edificio del Estado, en tanto que los padres de la revolución, trabados como estaban por los prejuicios del siglo XVIII, habían tratado el esclavismo como un mal importado de Inglaterra y al que había que eliminar progresivamente.”¹²

La única diferencia real entre las constituciones de los Estados Unidos y las de la Confederación fue que se añadió un texto explícito en varios artículos y secciones que dejaba claro que “no se aprobará ninguna ley que niegue o menoscabe el derecho de propiedad de los esclavos negros”. La ironía es que, lejos de ser un conflicto acerca de los derechos de los Estados, antes de la secesión, los Estados esclavistas querían que el gobierno federal protegiera la esclavitud en su nombre. Y durante décadas, lo hizo. Cuando esto ya no estaba garantizado al cien por cien para toda la eternidad, querían salir de la Unión.

Como se desprende de los discursos de Alexander Stephens y otros, en el Sur se había desarrollado una moral muy diferente para justificar la sociedad y las convicciones de esa región. Los dueños de las grandes plantaciones presentaban la esclavitud como una institución benigna, una bendición otorgada a los subhumanos inferiores por sus superiores raciales. Atacaban la hipocresía de los especuladores e inversionistas del norte que ganaban grandes sumas de dinero en la trata de esclavos, aunque ellos no tenían esclavos. Incluso ridiculizaban a los capitalistas del norte por no poder alimentar, vestir y

garantizar el empleo a sus trabajadores, cosas que ellos, los esclavistas benevolentes, proporcionaban gentilmente a sus esclavos. Sin embargo, como siempre es el caso en la sociedad de clases, de lo que se trataba en realidad era de la defensa de la propiedad privada y la riqueza privada, sin importar cómo esté vestida.

En vísperas de la guerra, los esclavos eran el activo número uno en los Estados Unidos, representando aproximadamente el 16% de toda la riqueza doméstica. Estos bienes humanos valían, de acuerdo con su precio “comercial” en el mercado de esclavos, un estimado de 3.500 millones de dólares, más que todos los ferrocarriles, fábricas y bancos en todo el país juntos. Según algunas estimaciones, eso equivale a alrededor de 10 billones de dólares en el dinero de hoy. El algodón era el rey y las fábricas textiles en Inglaterra y en el norte tenían un apetito voraz por él. El 80% del algodón del mundo, y el 77% de los 800 millones de libras de algodón que se consumían en las grandes fábricas de Gran Bretaña era producido por esclavos en el sur de Estados Unidos.

Como resultado, los confederados pensaron que tenían algunas cartas bastante fuertes cuando decidieron independizarse. Retuvieron deliberadamente las exportaciones e incluso quemaron 2,5 millones de pacas de algodón al comienzo de la guerra, en un intento exitoso de crear escasez, y un intento miserablemente fracasado de obligar a Gran Bretaña a entrar en la guerra de su lado, o al menos conceder un reconocimiento formal.

En resumen, los cuatro millones de humanos que generaban la gran mayoría de la riqueza del sur y una buena proporción de la riqueza del norte no eran esclavos por que sí, o debido al racismo en abstracto. Eran esclavos *para obtener ganancias para el Capital*, que no tiene empacho en obtener valor de todas y cada una de las formas de explotación. La esclavitud generaba mucho dinero, y el veneno racista que la acompañaba reflejaba y tenía por objeto justificar esa explotación económica.

LA TORMENTA QUE SE AVECINA

Con la posible excepción de secesionistas radicales como William Yancey,

abolucionistas militantes como John Brown y el máximo general del ejército estadounidense en ese momento, Winfield Scott, muy pocas personas en los años de la Antebellum podrían haber anticipado el cataclismo que estaba en el horizonte. Y ninguno de ellos apreció los profundos cambios sociales y económicos que resultarían de la guerra.

Incluso después de que los primeros Estados anunciaran que abandonaban la unión, la mayoría de la gente en el Norte supuso que se trataba simplemente de un caso de política arriesgada llevada demasiado lejos, una táctica de negociación de línea dura para obtener concesiones. A lo sumo, pensaban que se enfrentaban a una “rebelión” regional bastante menor. Creían que sin derramar demasiada sangre o gastar mucho tesoro, podían restablecer la unión más o menos en las viejas líneas. En cuanto al Sur, muchos sinceramente creían que simplemente podían alejarse de los Estados Unidos y continuar su sistema en más o menos la misma forma, dejando de lado la interferencia yanqui.

No todos en el Sur estaban a favor de la secesión, y no todos en el Norte estaban a favor de la represión forzosa del Sur. Algunos querían que Lincoln permitiera a los Estados del sur salirse de la Unión. Pero los acontecimientos se movieron rápidamente, se alcanzó una masa crítica, y llegó el momento en que sólo mosquetes, cañones, caballos, blindados y ferrocarriles podían decidir el tema.

UNA CRONOLOGÍA HASTA LA CONFLAGRACIÓN

Ya en 1787, incluso antes de que la Constitución estuviera formalmente en vigor, la cuestión de la esclavitud y su extensión hacia el oeste surgió en forma de la Ordenanza del Noroeste, que prohibía la esclavitud en el Territorio del Noroeste, que incluía los actuales Estados de Michigan, Wisconsin, Ohio, Illinois, Indiana y parte de Minnesota. La Ordenanza fue firmada por George Washington, que por supuesto, era él mismo un dueño de esclavos. La Compra de Luisiana de 1803 fue una expansión territorial importante y nuevamente planteó la pregunta: ¿estos nuevos territorios serían Estados libres o Estados esclavistas?

En 1820, el Compromiso de Missouri permitió la admisión de Missouri a la Unión como un Estado esclavista, a cambio de la admisión de Maine como un Estado libre, para asegurar que se mantuviera el delicado equilibrio de poder entre los Estados libres y esclavistas. Las tensiones se habían aliviado temporalmente, pero sentó un precedente para una mayor expansión de la esclavitud. Los años pasaron, la economía y la población siguieron creciendo y los intereses de las dos secciones siguieron divergiendo.

De estas diferencias surgieron preguntas concretas sobre el papel del gobierno. Por ejemplo, ¿debería el gobierno federal recaudar fondos para invertir en grandes proyectos de infraestructura como ferrocarriles, canales, puertos, etc.? ¿O debería tratar de reducir los gastos del gobierno y dejar que los Estados atendieran tales asuntos? Dado que el Sur creía que se podía apanar con algunos puertos, ferrocarriles y vías fluviales, los políticos de esa región tendían a oponerse a los principales programas de infraestructura que el Norte quería emprender.

Otro ejemplo: el Norte quería que el gobierno federal estableciera aranceles para proteger y nutrir sus jóvenes industrias, mientras que el Sur prefería el libre comercio para permitir importaciones baratas de bienes de lujo. Debido al sistema federal, las políticas establecidas por el gobierno central afectaban a todos los Estados por igual. Las tensiones estallaron de nuevo con el Arancel de 1828, un impuesto sobre los bienes importados aprobado para defender a los industriales del norte a quienes costaba competir con las mercancías baratas procedentes de Gran Bretaña.

Esto condujo a la crisis de anulación de 1832–33, en la que Carolina del Sur ya planteó el espectro de la secesión. El miedo y la ansiedad en el sur estaban por las nubes en ese momento después de la rebelión de Nat Turner en 1831 en Virginia, en la que más de 60 personas blancas fueron asesinadas. En respuesta, los esclavistas respondieron con brutalidad maliciosa y terrorismo despiadado. Turner fue ahorcado, descuartizado, decapitado y enterrado en una tumba sin marcar. Otros 200 esclavos, la mayoría de los cuales no tenían nada que ver con el levantamiento, fueron masacrados para dar ejemplo.

Luego vino la anexión de Texas a la Unión en 1845, y la guerra depredadora con México de 1846 a 1848. Los Estados Unidos ganaron esa guerra “perversa”, como Ulises S. Grant la llamó más tarde,¹⁵ y expropió aproximadamente la mitad de México, incluidos los actuales estados de California, Nevada, Utah y partes de Arizona, Nuevo México, Colorado y Wyoming. Una vez más, se planteó la pregunta: ¿Estos territorios serían Estados libres o esclavistas? Esta era ahora una cuestión de vida o muerte, ya que los intereses de las dos secciones eran irreconciliablemente opuestos.

En 1850 llegó otro compromiso importante en la forma de la Ley de Esclavos Fugitivos, que fue en gran parte una respuesta al Ferrocarril Subterráneo, una creciente red de activistas y patrocinadores financieros que ayudaban a los esclavos a escapar, principalmente al norte, aunque vale la pena señalar que también había una red que ayudó a varios miles de esclavos a escapar a México.

Reforzando las disposiciones de la Constitución, la Ley de Esclavos Fugitivos decretó que todos los esclavos debían ser devueltos a sus dueños independientemente del Estado en el que fueran capturados, y que el gobierno federal haría cumplir esta disposición en todo el país. Esto fue para compensar la admisión de California como un Estado libre, cuya incorporación era urgente debido al descubrimiento de oro en 1849. Había que establecer leyes, orden e infraestructura en el Lejano Oeste para asegurar el envío del oro al Este. Sin embargo, al igual que había resentimiento en el Sur por la aprobación de aranceles proteccionistas, en el Norte había un enorme resentimiento por la Ley de Esclavos Fugitivos, que efectivamente daba poderes a los cazadores de esclavos en todas las partes del país.

En 1852, llegó la publicación del libro *La cabaña del tío Tom*, que detallaba los horrores de la esclavitud, galvanizando aún más el sentimiento abolicionista en el Norte y enfureciendo al Sur. Luego vino la Ley Kansas-Nebraska de 1854, que talló dos nuevos territorios del oeste como preludio al establecimiento de dos nuevos Estados, un paso necesario hacia la construcción de un ferrocarril transcontinental. Esto condujo a la “sangría de Kansas”, en la que las fuerzas pro y anti-esclavitud combatieron en una antesala de la guerra civil para determinar si los nuevos Estados serían libres o esclavistas.



Una fotografía que muestra las cicatrices de un esclavo de Mississippi llamado Gordon, tomada en 1863 por el famoso documentalista de la Guerra Civil Mathew Brady. Gordon luego se alistó en una unidad de la Guerra Civil de Tropas de Color. Leyenda original: “El capataz Artayou Carrier me azotó. Estuve dos meses en cama adolorido por los latigazos. Mi amo vino después de que me azotaran; despidió al capataz. Las mismas palabras del pobre Peter, tomadas mientras se sentaba para su foto”.

Sumándose a la mezcla volátil, el Partido Republicano fue fundado en 1854 como un partido de tierras libres y trabajo libre opuesto a la expansión de la esclavitud. El partido eligió al famoso explorador John C. Fremont como su primer candidato presidencial en 1856, alguien que el Sur percibió como un abolicionista radical. También en 1856, el senador de Massachusetts, Charles Sumner fue brutalmente golpeado con un bastón en la cámara del Senado por el representante Preston Brooks de Carolina del Sur por insultar el honor del Sur.

Luego, en 1857, el infame caso de Dred Scott se presentó en la Corte Suprema, que dictaminó que como los negros no eran ciudadanos estadounidenses, no podían disfrutar de ninguno de los derechos de ciudadanía. Por lo tanto, los esclavos traídos por sus dueños a los Estados libres seguían siendo esclavos, incluso si la esclavitud no existía en ese Estado. Esto efectivamente hizo que la esclavitud fuera legal en todo el país, abriendo la puerta para la propagación de la esclavitud en todo el continente.

Una crisis se sobreponía a otra, y el ímpetu hacia una conflagración general se estaba acelerando. Esto se vio agravado por el llamado pánico económico de 1857, una crisis clásica de sobreproducción capitalista. Pero lo que inclinó la balanza de una vez por todas fue el abolicionista indomable, John Brown, el “meteorito de la guerra” como lo llamó Herman Melville.¹⁴

LOS ABOLICIONISTAS Y JOHN BROWN

Los abolicionistas eran generalmente un movimiento político minoritario antes de la Guerra Civil. Entre los primeros en defender esa posición estaban los menonitas y los cuáqueros. El sentimiento abolicionista era particularmente ferviente en Nueva Inglaterra y en lugares como Nueva York, pero también estaba ganando fuerza en algunas partes del Oeste e incluso había algunos abolicionistas en el Sur. Estos eran un grupo extremadamente dedicado y apasionado, que incluía dirigentes religiosos como Henry Ward Beecher, editores de periódicos como William Lloyd Garrison, y algunos que eran ambas cosas, como Elijah P. Lovejoy, un mártir temprano de la causa abolicionista.

La mayoría de los abolicionistas simplemente querían reformar la esclavitud, no abolirla de la noche a la mañana. Y a pesar de oponerse a la esclavitud, muchos de ellos no creían que pudiera haber una igualdad genuina entre negros y blancos y apoyaban el reasentamiento de esclavos liberados en África.

A pesar de su relativa debilidad, el movimiento infundió pánico a los dueños de esclavos del Sur. Casi tanto como temían levantamientos de esclavos, temían perder el control del gobierno federal ante

aquellos con sentimientos abolicionistas incluso leves, ya que esto significaría el inicio del fin de la esclavitud.

Algunos abolicionistas eran activistas del *Ferrocarril Subterráneo* [la red clandestina que ayudaba a esclavos a escapar de los estados esclavistas], como Harriet Tubman, que heroicamente escoltó a unos 300 esclavos a la libertad en el transcurso de sus 19 incursiones en el Sur. Otros eran demócratas revolucionarios consistentes, como el orador incomparable y esclavo fugitivo, Frederick Douglass. Luego estaba John Brown, un abolicionista revolucionario y fanático religioso que creía que “lo que se necesita es acción – acción”.¹⁵

Brown creía fervientemente en la igualdad de negros y blancos y entendía que la aristocracia esclavista no iba a renunciar a su propiedad sin luchar. Había jugado un papel prominente en la Sangría de Kansas, incluida la masacre de Pottawatomie Creek, en la que cinco activistas pro-esclavitud fueron asesinados a golpes de espada. En 1858, celebró una reunión en Chatham, Ontario, como parte de su plan para preparar una serie de incursiones en Apalachia para liberar y armar a miles de esclavos. Su objetivo era establecer una república de esclavos liberados que aterrorizaría al Sur y haría inviable económicamente la continuación de la esclavitud.

Estos planes culminaron en su desafortunada incursión en el arsenal federal estadounidense en Harpers' Ferry 1859.

En uno de esos giros de la historia de los que la Guerra Civil tiene tantos, fue Robert E. Lee, en ese momento teniente coronel, quien dirigió un destacamento de marines que capturó a Brown y sus camaradas. A pesar de haber fracasado, John Brown entendió que podía ser más poderoso muerto que vivo. Como dijo: “Me han dado una buena paliza como dice la expresión, pero estoy seguro de que puedo recuperar todo el capital perdido ocasionado por ese desastre; colgando solo unos momentos del cuello...”¹⁶

Y como escribió en una nota que se deslizo a su carcelero en su camino a la horca: “Yo, John Brown, ahora estoy bastante seguro de que los crímenes de esta tierra culpable nunca se pueden purgar, sino con sangre. Ahora me doy cuenta que me había halagado en vano al pensar que se podría hacer sin mucho derramamiento de sangre”.¹⁷

En palabras de Frederick Douglass: “Su celo por la causa de la libertad era infinitamente superior al mío. El mío era como la luz de la vela, el suyo era como el sol ardiente. El mío estaba limitado por el tiempo. El suyo se extendía hasta las silenciosas orillas de la eternidad. Yo podía hablar por el esclavo. John Brown podría luchar por el esclavo. Podría vivir por el esclavo. John Brown podría morir por el esclavo”.¹⁸ Y cuando se le preguntó a Malcolm X si los blancos podían unirse a su Organización de la Unidad Africana, respondió: “Si John Brown todavía estuviera vivo, podríamos aceptarlo”.¹⁹



Daguerrotipo de John Brown, tomado por el fotógrafo afroamericano Augustus Washington entre 1846 y 1847.

La revuelta de John Brown capturó la imaginación de las masas en todo el Norte. Casi desde el comienzo de la guerra, las tropas cantaron “El cuerpo de John Brown” alrededor de la fogata y en las revistas públicas de tropas. Y fue en una de estas revistas que la poeta y abolicionista, Julia Ward Howe, escucharía este himno revolucionario, inspirándola a escribir el “Himno de Batalla de la República” con la misma melodía. También se escribieron muchas otras versiones, incluso más explícitamente revolucionarias, que ofrecen una idea del fervor revolucionario que se apoderó de todos los niveles de la sociedad durante la guerra.

Mientras tanto, muchos en el Sur ya habían estado contemplando abiertamente la secesión durante años. Algunos incluso pensaron que si salían de la Unión, podrían construir un imperio esclavista masivo conquistando México, el Caribe y tal vez incluso América del Sur. Por ejemplo, Cuba ya tenía 400.000 esclavos, muchas tierras sin desarrollar, y los dueños de las plantaciones allí miraban hacia los Estados Unidos en busca de apoyo en su lucha contra España.

Pero la incursión de John Brown en Harpers’ Ferry colmó el vaso. Aquí había pruebas positivas de que los blancos nortños querían incitar a la revuelta servil, expropiar la riqueza del Sur y destruir su civilización. En todos los Estados esclavistas se hicieron planes, se compraron armas y entrenaron milicias, en preparación para un enfrentamiento decisivo con el Norte.

LA POLÍTICA DE LA CRISIS

Antes del ascenso de los Republicanos, los Demócratas y los Whigs eran los dos partidos políticos dominantes en el país. Tradicionalmente, los Demócratas estaban a favor de que la expansión territorial abarcara toda América del Norte, mientras que los Whigs estaban a favor de mejoras internas dentro de las fronteras existentes, con inversiones federales en infraestructura, educación, industria, etc. En la década de 1850, tanto los Whigs como los Demócratas habían comenzado a dividirse a lo largo de líneas seccionales.

Todos los partidos expresan intereses de clase. Surgen nuevos partidos y los viejos se desmoronan o se reinventan cuando las fuerzas económicas y sociales se transforman, a menudo imperceptiblemente, en el período anterior. Tales períodos se caracterizan por una mayor inestabilidad y una falta de ideas, dirigentes y expresión política que puedan romper el impasse y señalar el camino a seguir. En este contexto, en la década de 1850, surgieron una serie salvaje y maravillosa de partidos y movimientos, desde el partido nativista No Saber Nada al Partido del Suelo Libre, y por supuesto, el Partido Republicano.

Los Republicanos eran un partido casi puramente regional y representaban principalmente a los industriales del Norte, pequeños comerciantes, agricultores y abolicionistas. Su plataforma se basaba en el viejo programa del Partido Whig, favoreciendo la inversión federal en infraestructura, aranceles para fomentar “el desarrollo de los intereses industriales de todo el país” y “salarios liberales” para el trabajador. La mayoría de los políticos Republicanos no estaban motivados por el amor por los negros ni por los trabajadores. Más bien, entendieron, consciente o inconscientemente, que el trabajo esclavo y la expansión de la esclavitud eran un impedimento para la consolidación y expansión del capitalismo.

Sólo seis años después de la fundación del partido, en 1860, Abraham Lincoln fue elegido presidente como candidato Republicano. Y si las acciones de John Brown colmaron el vaso de la secesión y la guerra, la elección de Lincoln destruyó el vaso en un millón de pedazos. Tras su elección, el abolicionista de Massachusetts Charles Francis Adams proclamó: “La gran revolución en realidad ha ocurrido... El país ha desechado de una vez por todas la dominación de los esclavistas”.²⁰

Sin embargo, pasaron varios meses antes de que Lincoln tomara posesión del cargo. El presidente en ejercicio, el demócrata James Buchanan, era un *dough face*, un nortño que simpatizaba con el Sur, que estaba completamente paralizado por la crisis. En su opinión, era ilegal que el Sur se separara, pero era igualmente ilegal que el gobierno federal detuviera la secesión por la fuerza. ¿Qué hacer?

Lincoln había sido elegido en una elección con cuatro candidatos con poco menos del 40% de los votos – y ni siquiera estaba en la boleta en 10 Estados del Sur. Aunque despreciaba personalmente la esclavitud, era un “moderado” y sólo trataba de limitar la expansión de la esclavitud en los territorios, no de poner fin a la institución donde ya existía y estaba protegida por la Constitución. Pero todos sabían que el fin de la expansión significaba la muerte de la esclavitud.

Como Marx escribió en ese momento: “Un estricto confinamiento de la esclavitud en su antiguo dominio debería, pues por las leyes económicas del esclavismo, conducir a su extinción progresiva; después desde el punto de vista político, a arruinar la hegemonía ejercida por los Estados esclavistas del Sur gracias al Senado, y por fin, a exponer a la oligarquía esclavista en el interior mismo de sus Estados a unos peligros cada vez más amenazantes del lado de los ‘pobres blancos’. En resumen, los republicanos atacan la raíz de la dominación de los esclavistas cuando proclaman el principio de que se opondrán con la ley a toda extensión

futura de territorios de esclavos. La victoria electoral de los republicanos debía, pues, empujar a la lucha abierta entre el Norte y el Sur. No obstante, esta misma victoria estuvo condicionada por la escisión dentro del campo demócrata, en la forma que ya hemos mencionado”.²¹

SECESIÓN

Muchos de los llamados ‘Fire Eaters’ [*devoradores de fuego*, Demócratas esclavistas secesionistas] en el Sur celebraron la elección de Lincoln, porque sabían que aceleraría la tendencia a la secesión. Realmente creían que ellos eran los revolucionarios, siguiendo los pasos de la generación fundadora del país, defendiéndose a sí mismos y a la Constitución contra los intentos tiránicos de despojar a los ciudadanos de sus propiedades legítimas. Algunos incluso pensaron que el Norte se había separado *de facto* de la unión acordada, que claramente sancionaba la esclavitud, y que el gobierno en Washington había sido usurpado por un grupo de radicales republicanos. Otros creían que la Constitución de los Estados Unidos era un experimento fallido, y querían reemplazarla por una constitución aún más explícita a favor de la esclavitud, como hemos visto.

Ambas partes apelaban a la Constitución porque querían que reflejara sus intereses de clase. Para entonces, sin embargo, ese pedazo de papel reflejaba un equilibrio de fuerzas obsoleto. Sólo un enfrentamiento armado sangriento y cambios significativos en la Constitución pudieron establecer un marco jurídico para la continuación de los Estados Unidos sobre una nueva base.

No obstante, hasta el último momento, elementos de ambas partes abrigaban la esperanza de que se pudiera llegar a algún tipo de acuerdo. Ya sea que se pudieran garantizar más protecciones para la esclavitud dentro de la Unión, o que se pudiera negociar una separación amistosa, incluyendo un acuerdo entre caballeros sobre qué hacer con la propiedad federal dentro de los Estados que se separaran.

Otros en el Sur querían presentar a la administración entrante de Lincoln un *hecho consumado*, que limitaría su espacio de maniobra y presionaría a otros Estados esclavistas para que se unieran a su causa. Con este fin, Carolina del Sur declaró que se separaba de la Unión el 20 de diciembre de 1860, varios meses antes de la inauguración de Lincoln. Fue seguido en una sucesión relativamente rápida por los principales Estados del Cinturón del Algodón, Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Texas, y eventualmente otros cuatro, para un total de 11 Estados que finalmente declararon que estaban formando una nueva nación. Esto, de un total de 33 Estados de la Unión en ese momento.



La incursión de Harper's Ferry de 1859. John Brown y su ejército de 21 insurrectos están dentro de la sala de máquinas, disparando a través de los agujeros en las puertas a los marines estadounidenses que los rodean.

En respuesta, Lincoln adoptó un enfoque pragmático, mesurado y diplomático, en gran parte por temor a provocar a Estados fronterizos clave como Virginia, Kentucky, Missouri y Maryland, que aún no se habían separado. Su esperanza era que el sentimiento a favor de la Unión en el Sur eventualmente se afirmaría y forzaría una reunificación rápida. Cuando un bienqueriente le dijo a Lincoln que estaba seguro de que Dios estaba de su lado en el conflicto, el presidente bromeó: “Espero tener a Dios de mi lado, pero necesito tener a Kentucky”. Esto resume perfectamente la importancia política, económica y estratégica de los Estados fronterizos.

En su primer discurso inaugural, Lincoln hizo todo lo posible para complacer a todo el mundo, ofreciendo una rama de olivo al Sur, mientras se negaba a reconocer que ningún Estado había abandonado la Unión, sin importar lo que declararan. La secesión representaba el veto y la tiranía de la minoría sobre la mayoría. La Unión había sido creada por acuerdo colectivo y los Estados no podían disolverla unilateralmente. Aunque puso la responsabilidad de la secesión y la violencia sobre los propios Estados del Sur, fue firme al declarar que “mantendría, ocuparía y poseería los bienes y lugares que pertenecen al Gobierno”.²²

Esta era una clara referencia al Fuerte Sumter, una fuerte federal ocupado por tropas estadounidenses, que se encontraba en la entrada del puerto de Charleston, Carolina del Sur. Aunque no tenía una importancia estratégica decisiva, Sumter había llegado a simbolizar todas las leyes federales, la propiedad y la unión en su totalidad.

Pero ni siquiera las palabras más cuidadosamente elegidas por el más elocuente

de todos los presidentes estadounidenses pudieron cerrar la caja de Pandora que ya se había abierto. Varias semanas antes, el 18 de febrero, Jefferson Davis había sido inaugurado como presidente de los Estados Confederados de América y las dos entidades estaban en un curso de colisión. Como dijo el historiador Bruce Catton: Jefferson y Lincoln eran “los líderes rivales de dos naciones en una tierra que solo podía contener a uno”.²³

Después de meses de tensión, el fuerte Sumter fue finalmente bombardeado por las fuerzas confederadas el 12 de abril de 1861. Poco después, Lincoln llamó a las tropas para reprimir la rebelión. Se había cruzado el Rubicón, los dados estaban echados, y solo la guerra abierta podía decidir la cuestión ahora. Y aunque Kentucky, Missouri, Maryland y Delaware permanecieron en la unión de manera vacilante, el llamado a las tropas para “coaccionar” al Sur empujó a Virginia, Arkansas, Carolina del Norte y Tennessee a la Confederación.

La secesión de Virginia fue particularmente decisiva, y prácticamente garantizaba una guerra larga y sangrienta, ya que tenía la mayor economía y población de todos los Estados esclavistas. En un reflejo del carácter contradictorio de los Estados del Sur, la parte occidental de Virginia procedió a separarse del Estado y se reincorporó formalmente a la unión en 1863 como Estado de Virginia Occidental.

EL ESTALLIDO DE LA GUERRA

Contrariamente a lo que Lincoln y otros en el Norte habían asumido, el comienzo de las hostilidades abiertas cortó cualquier sentimiento unionista residual y en realidad unió a la mayoría de los sureños,

aunque hubo, por supuesto, continuas contradicciones de clase, opositores a la guerra, desertiones, motines e incluso disturbios por el pan en la capital confederada de Richmond. Pero en ambos lados de la división, había un entusiasmo de masas por la guerra, y en muchos sentidos, la población estaba impulsando a los políticos e incluso la política militar misma.

Varias décadas más tarde, León Trotsky estaba en Viena al estallar la Primera Guerra Mundial. Así describió el estado de ánimo de las masas, que no tenían ni idea de los horrores que vendrían y se infectaron en ese momento con el patriotismo y el nacionalismo: “El mundo está lleno de seres como éstos, cuya vida entera transcurre, día tras día, en un hastío monótono, sin esperar en nada. Sobre los hombros de estas gentes descansa la sociedad actual. El clarinazo de la movilización es como un mensaje de anunciación que hace vibrar su vida. Echa por tierra todo lo habitual y cansino, de que tantas veces habían maldecido, y trae una vida nueva, desacostumbrada, extraordinaria. En el horizonte se dibujan cambios imprevisibles. ¿Para mejor o para peor? Para mejor, ¡qué duda cabe!, pues por mal que vengan las cosas, a hombres [comunes] no es fácil que les vaya peor que en tiempos ‘normales’”.²⁴

Un estado de ánimo similar prevalecía tanto en el Norte como en el Sur, ya que cientos de miles se movilizaban para unirse a lo que suponían sería una pequeña aventura corta y gloriosa.

La situación era particularmente tensa en los Estados fronterizos, Estados esclavistas que no se habían separado de la Unión, así como en aquellas partes de los Estados separados donde prevalecía

un fuerte sentimiento unionista. Ganar o mantener la lealtad de tantos Estados como fuera posible fue crítico para ambas partes en este delicado juego de manio- bras políticas de alto riesgo.

Como hemos visto, Virginia Occidental se separó de Virginia para eventualmente formar un nuevo Estado. En otras áreas, hubo, en efecto, una guerra civil dentro de la guerra civil, especialmente en lugares como Missouri, pero también en partes de Kentucky, Tennessee Oriental, y en otros lugares. En Estados como Maryland, se crearon regimientos para luchar en lados opuestos del conflicto. La concepción de la Guerra Civil como una guerra entre hermanos era literalmente cierta en muchas de estas áreas. En Gettysburg, por ejemplo, los soldados confederados y de la Unión de Maryland se enfrentaron en Culp's Hill, gritando saludos a sus antiguos amigos y vecinos mientras se mataban entre sí.

Mientras que el Sur necesitaba todo el apoyo que pudiera obtener, mantener los Estados fronterizos era igualmente vital para la Unión, tanto económica como estratégicamente. Como Lincoln escribió a un partidario en septiembre de 1861: "Creo que perder Kentucky es casi lo mismo que perder todo el juego. Si perdemos a Kentucky, no podemos retener a Missouri, ni a Maryland yo creo. Todo esto contra nosotros, y el trabajo en nuestras manos es demasiado grande para nosotros. Estaríamos teniendo que aceptar la separación inmediata, incluyendo la entrega de esta capital".²⁵

Washington, DC está rodeado por Virginia y Maryland, ambos Estados esclavistas, pero solo uno de ellos se separó. La amenaza a la capital y a Lincoln y al resto de su gobierno era extremadamente alta en las primeras semanas de la guerra, y el único camino para conseguir tropas leales para defender la ciudad pasaba a través de Baltimore, donde el sentimiento pro-confederado era alto. A pesar del intenso bombardeo, nadie murió en el fuerte Sumter, por lo que la primera sangre de la guerra se derramó el 19 de abril de 1861, cuando una turba secesionista en Baltimore atacó a las tropas de Massachusetts con destino a Washington. Cuatro soldados y 12 alborotadores civiles murieron.

Aunque Lincoln se formó como abogado y abordó muchas cosas desde el punto de vista legalista, no iba a dejar que los simples trozos de papel llevaran a la inacción y a la disolución de la Unión. Para mantener Estados como Maryland y Missouri en la Unión, y para defender la Constitución en su conjunto, Lincoln estaba más que dispuesto a manipular bastante ese documento, librando la guerra por cualquier medio necesario para garantizar la supervivencia de su gobierno y su país.

Esto incluyó la suspensión del *habeas corpus* en algunas partes del país, la creación de un servicio secreto, un sistema interno de pasaportes para los ciudadanos y el arresto y encarcelamiento de disidentes pro confederados, incluidos los alcaldes de Baltimore y Washington, DC, el congresista Henry May, el ex gobernador de Kentucky Charles Morehead y muchos editores de periódicos del norte. Si bien no está claro exactamente cuántas personas arrestó el gobierno por protestas contra la guerra durante la guerra, las estimaciones oscilan entre 13.000 y 38.000.

En la superficie, esto parece ser una condena clara de Lincoln, que aparentemente se comportó como un tirano. Pero como explicó Trotsky, el fin justifica los medios si el fin mismo está justificado, incluso si los que llevan a cabo los medios no tienen del todo claro cuál es su fin. En el caso de Lincoln y la Guerra Civil, una guerra revolucionaria para erradicar la esclavitud era, de hecho, un fin justificado. O, parafraseando al republicano radical Thaddeus Stevens, las leyes de la guerra reemplazaron las leyes de la Constitución.

Para lograr todo esto, Lincoln tuvo que manejar a sus amigos, rivales, gabinete, generales, medios de comunicación y opinión pública con genio político maquiavélico, en el mejor y más original sentido de esa palabra. Su cuidadoso equilibrio entre todas las diferentes presiones y jugadores – la mayoría de los cuales pensaban que eran más inteligentes y mejor calificados que este abogado patán – es verdaderamente sin precedentes en toda la historia de los Estados Unidos.

"LA FURIA QUE SE AVECINA"

La estrategia básica del Norte para la guerra era el Plan Anaconda, ideado por el General en Jefe de la Unión al comienzo de la guerra, Winfield Scott. Aunque fue ridiculizado en la prensa por ambos lados, a grandes rasgos ese plan finalmente condujo a la victoria militar, junto con la transformación final de la guerra en una de liberación revolucionaria. En esencia, el plan prevía el estrangulamiento coordinado del Sur a través de la presión combinada de las fuerzas terrestres y navales de la Unión. Un bloqueo marítimo de la costa confederada y un empuje concertado por el río Mississippi para tomar el control de esa vía fluvial clave dividiría efectivamente a la Confederación por la mitad militar y económicamente.

Al comienzo de la guerra, el ejército de la Unión contaba solamente con 16.000 hombres, y la mayoría de ellos estaban estacionados en el Oeste. Una buena parte del cuerpo de oficiales entrenado por West Point, aunque de ninguna manera todos los mejores cuadros militares, se pasaron a la Confederación. El Sur tenía gente como Robert E. Lee, Stonewall Jackson,

James Longstreet y J.E.B. Stewart. Pero el Norte tenía Ulises S. Grant, William Tecumseh Sherman, Philip Sheridan, y a pesar de sus muchas fallas, el maestro organizador, George McClellan.

Ambos bandos tenían varios diletantes militares y generales políticos incompetentes, que estaban al mando simplemente porque tenían la riqueza y los medios para levantar y equipar sus propias unidades. Muchos en la Confederación creían que los nortños eran débiles y decadentes, a diferencia de la gente fiera y marcial del Sur.

Pero como escribió George Ticknor desde Boston poco después del bombardeo de Fuerte Sumter, había "mucho entusiasmo [en el norte], mucha seriedad profunda. Los hombres y el dinero se ofrecen profusamente; la mejor sangre entre nosotros se presentan como voluntarios y van al frente, y mucho dinero les sigue... Hemos sido lentos en encender el fuego; pero hemos hecho un horno de Nabucodonosor por fin, y el calor permanecerá, y las brasas arderán, mucho después que las llamas que ahora iluminan todo dejen de ser vistas o sentidas".²⁶

Y como William T. Sherman le dijo a un amigo sureño en Luisiana en los días después de que Carolina del Sur anunció que iba a dejar la Unión:

Vosotros, los del Sur, no sabéis lo que estáis haciendo. Este país estará empapado en sangre, y sólo Dios sabe cómo terminará. ¡Es una locura, una locura, un crimen contra la civilización! Habláis tan livianamente de la guerra; no sabéis de lo que estáis hablando. ¡La guerra es algo terrible!

También os equivocáis con la gente del Norte. Es un pueblo pacífico pero un pueblo serio, y también luchará. No va a dejar que este país sea destruido sin un gran esfuerzo para salvarlo... Además, ¿dónde están vuestros hombres y aparatos de guerra para luchar contra ellos? El norte puede hacer una máquina de vapor, una locomotora o un vagón de ferrocarril; vosotros apenas podéis hacer una yarda de tela o un par de zapatos.

*Estáis apresurándoos a la guerra con una de los pueblos más poderosos, ingeniosamente mecánicos y decididos de la Tierra – justo en frente de vuestras puertas. Estáis destinados a fracasar. Sólo en vuestro espíritu y determinación estáis preparados para la guerra. En todo lo demás estáis totalmente desprevenidos, con una mala causa para empezar. Al principio avanzaréis, pero a medida que vuestros limitados recursos comiencen a fallar, excluidos de los mercados de Europa como estaréis, vuestra causa comenzará a decaer. Si vuestra gente se detiene y piensa, debe ver al final que seguramente fracasaréis.*²⁷

Después de Fuerte Sumter, Lincoln había hecho un llamado para conseguir 75.000 voluntarios por tres meses. Pero finalmente se vio obligado a pedir otros

42.000, y luego otros 500.000, junto con la ampliación del plazo de alistamiento a tres años y la institución de servicio militar obligatorio nacional. Al final de la guerra, más de 2,1 millones de personas habían servido en el ejército de la Unión, que era la fuerza militar más grande, mejor entrenada y equipada del planeta. Significativamente, aproximadamente 180.000 de estos eran tropas negras, la mayoría de ellos ex esclavos. Otras 750.000 sirvieron en el ejército confederado.

Fue una movilización colosal en ambos bandos. Y si bien los primeros enfrentamientos fueron bastante sangrientos según los estándares de guerras anteriores, pronto quedó claro que esta no iba a ser una guerra fácil o corta, y que la carnicería iba a alcanzar niveles inimaginables.

NUEVO TIPO DE GUERRA

Como Ulises S. Grant escribió más tarde en sus extraordinarias memorias: "Hasta la batalla de Shiloh, yo, así como miles de otros ciudadanos creían que la rebelión contra el gobierno colapsaría repentinamente y pronto [si] se podía obtener una victoria decisiva sobre cualquiera de sus ejércitos. [Pero después de Shiloh,] renuncié a toda idea de salvar a la Unión, excepto por la conquista completa".²⁸

En abril de 1862, cerca de una pequeña iglesia rural en el suroeste de Tennessee conocida como Shiloh – que, por cierto, significa "lugar de paz" en hebreo antiguo – más de 13.000 soldados de la Unión y 10.000 confederados fueron muertos o heridos, más que en todas las guerras americanas anteriores combinadas. Por el contrario, hubo unas 4.750 bajas totales en la primera Batalla de Bull Run, el primer combate importante de la guerra, una desastrosa derrota de la Unión librada el verano anterior en las afueras de Washington, DC.

La nación estaba horrorizada por Shiloh y había una gran presión sobre Lincoln para relevar del servicio al general al mando, Ulises S. Grant. Pero Lincoln notó algo importante en Grant y le defendió: "No puedo relevar a este hombre; él lucha".²⁹

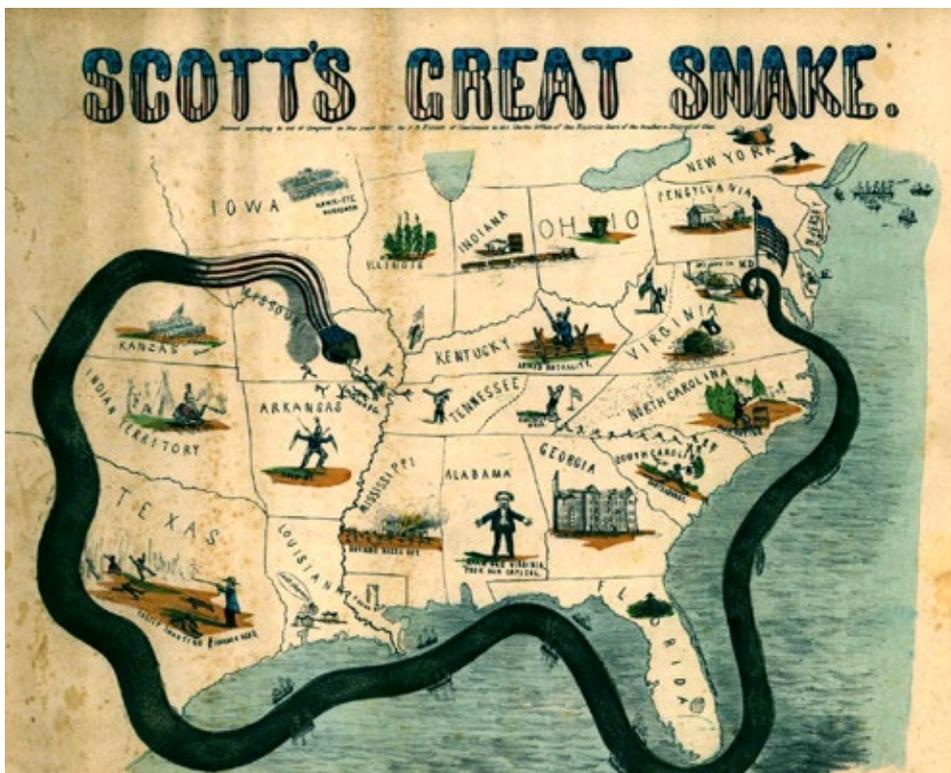
En otra ocasión, cuando se plantearon quejas sin fundamento de que Grant presentemente bebiendo alcohol mientras estaba de servicio, Lincoln aparentemente respondió:

"¿Pero puedes decirme de dónde consigue su whisky?"

"No podemos, Sr. Presidente. Pero, ¿por qué quiere saberlo?"

"Porque, si puedo averiguarlo, enviaré un barril de este maravilloso whisky a todos los generales del Ejército".

Estas pequeñas anécdotas proporcionan una maravillosa visión de Lincoln como líder. Conocía a las personas, y sabía cómo aprovechar al máximo sus talentos y habilidades a pesar de sus debilidades, cómo



Una ilustración del Plan Anaconda de Winfield Scott, impreso en 1861.

construir un equipo con personalidades e intereses contradictorios, y no tenía problemas para compartir el crédito con los demás siempre y cuando el trabajo se hiciera y se hiciera bien.

Muchas de las batallas más famosas, incluyendo Antietam, Fredericksburg, Chancellorsville, Gettysburg, Wilderness, Spotsylvania Courthouse, Cold Harbor, y la Batalla del Cráter, tuvieron lugar en el frente oriental, en Virginia y Maryland. Pero hubo muchos combates amargos y sangrientos en el frente occidental, en Tennessee y Georgia, en lugares como Shiloh, Stone's River y Chickamauga.

Muchos generales de la Unión simpatizaban con la esclavitud y el Sur y socavaban activamente las políticas de Lincoln. Imaginaban un retorno al status quo después de una abrumadora demostración de fuerza, no una victoria decisiva y un cambio radical en las relaciones sociales. Los principales generales como George B. McClellan, Ambrose Burnside y Joseph Hooker sobreestimaron al enemigo, o simplemente se vieron superados por las circunstancias, y quedaron paralizados ante la enorme responsabilidad sobre sus hombros.

Como ejemplo, McClellan logró construir una fuerza magnífica, bien entrenada e inasequible, el Ejército del Potomac, pero siguió encontrando excusas para no usarla, en parte por miedo a perderla. Esto causó a un Lincoln exasperado a exclamar en la primavera de 1862: "Si el General McClellan no quiere usar el Ejército, me gustaría pedirlo prestado por un tiempo, siempre que pudiera ver cómo se le puede obligar a hacer algo".³⁰

Marx fue aún más agudo en sus críticas, describiendo la generalidad de McClellan como "suficiente para asegurar la caída del ejército más fuerte y mejor disciplinado". Sin embargo, esta debilidad de los generales del norte tenía, según Marx, una base política y de clase:

Como la mayoría de los oficiales formados en West Point y pertenecientes al ejército regular, McClellan se encuentra más o menos ligado por espíritu de cuerpo a sus antiguos camaradas que se encuentran en el campo enemigo. Siente celos también de esos advenedizos que son a sus ojos los 'soldados civiles'. Para él, la guerra debe conducirse de manera puramente técnica, como un negocio, con vistas siempre a restaurar la Unión sobre su antigua base, y por ello conviene ante todo mantenerse al margen de cualquier tendencia y principio revolucionarios. ¡Es ésta, en verdad, una curiosa concepción acerca de una guerra que es esencialmente guerra de principios! Los primeros generales del Parlamento inglés participaban del mismo error. 'Pero dice Cromwell en su mensaje del 4 de julio de 1653 al Parlamento corto-, ¿cómo cambió todo esto cuando la dirección fue asumida por hombres penetrados del espíritu de religión y de fe!'³¹

El paralelo con las primeras etapas de la Revolución Inglesa es particularmente apropiado. Aquí, la lucha contra la monarquía fue dirigida originalmente por el Parlamento, cuyos miembros perdieron mucho tiempo vacilando y tratando de encontrar puntos en común con el campo realista. Sin embargo, una vez que Cromwell y los elementos más revolucionarios asumieron la dirección de la revolución, las cosas se aceleraron rápidamente. No solo fortaleció la revolución

en el campo de batalla, sino que también galvanizó el apoyo masivo al Ejército Modelo de Cromwell entre las masas de todo el país.

Del mismo modo, en los Estados Unidos, debido a la vacilación política y a otras cuestiones de liderazgo, los combates fueron bastante desfavorables para la Unión en el Este durante los primeros dos años, y hubo oscilaciones extremas en la moral y la confianza del Norte. Sin embargo, la masa de la población, incluyendo a los soldados, estaba decididamente detrás de la guerra, y quería que se combatiera hasta el final.

Por el contrario, los avances se lograron constantemente en el occidente, donde el genio táctico, estratégico y operativo de Ulises S. Grant, la tenacidad tipo bulldog, la calma bajo fuego, el dominio de la logística y la familiaridad personal con los comandantes enemigos que enfrentó, condujeron a una victoria de la Unión tras otra, incluida la toma de Fuerte Henry en Kentucky y Fuerte Donelson en Tennessee. La filosofía militar de Grant era directa: "El arte de la guerra es bastante simple. Averigua dónde está tu enemigo. Alcanzale tan pronto como puedas. Golpéalo tan fuerte como puedas, y sigue adelante".³²

GRANT CONTRA LEE

Antes de la guerra, nadie podría haber imaginado que Ulises S. Grant llegaría a comandar todas las fuerzas militares de la Unión y finalmente se convertiría en presidente de los Estados Unidos. A pesar de ser un cuadro entrenado en West Point del cuerpo de oficiales, había dejado el ejército bajo una nube de rumores sobre su presunto alcoholismo.

En el bando confederado, el general más famoso fue sin duda, Robert E. Lee. Era un llamado "guerrero caballero" que supuestamente odiaba la esclavitud personalmente, pero luchó noblemente para defender su amado Estado natal de Virginia. Pero la realidad sobre su carácter es algo diferente, y en la opinión de este autor, así como en la opinión de Ulises S. Grant, también está sobrevalorado como comandante militar.

A pesar de declarar ante Fuerte Sumter que liberaría a todos los esclavos si eso fuera a salvar la Unión e impedir una guerra, Lee veía a los negros como inferiores que requerían la mano firme y civilizadora de los blancos. Como propietario de una plantación, separaba las familias de esclavos, un castigo más cruel que las palizas físicas. Había muchas de esas también. Después de que dos de sus esclavos fugitivos fueran recuperados, no solo ordenó azotarlos, sino que también vertió agua salada en las laceraciones.

Comparemos esto con Ulises S. Grant. En algún momento en la década de 1850,

Grant había adquirido un esclavo llamado William Jones de su suegro, que era dueño de una plantación de tamaño mediano y hasta 30 o más esclavos. Grant trabajó codo con codo con Jones y otros esclavos en su modesta casa, que incluía una cabaña construida a mano con el nombre sincero de "Hardscrabble" (Trabajo duro). El 29 de marzo de 1859, Grant fue al tribunal de St. Louis y escribió un documento de manumisión liberando legalmente a Jones de la esclavitud. Grant estaba en graves aprietos económicos en ese momento, y podría haber vendido Jones por \$1.000 o más, que era mucho dinero en ese momento.

En cuanto a su destreza militar, aunque Lee exhibió momentos de genio táctico en el campo de batalla, también cometió errores, algunos de ellos bastante graves. Tal vez lo más importante, Lee tenía una visión mucho más limitada que Grant cuando se trataba de un pensamiento estratégico más amplio. Esta diferencia se debía en gran medida a los diferentes intereses de clase expresados por estos generales, así como a su propio origen de clase.

Lee era lo más de sangre noble que se puede encontrar en los Estados Unidos. Hijo de un héroe de la Guerra Revolucionaria, se había casado con la hija del hijo adoptivo de George Washington. Grant, por otro lado, era hijo de un curtidor, un granjero fracasado y pequeño empresario, que en un momento bajo de su vida se había visto obligado a vender carros cargados de leña solo para sobrevivir. Cuando comenzó la guerra, estaba trabajando como empleado en la tienda de cuero de su padre en Galena, Illinois.

"CONTRABANDOS"

Al principio de la guerra, los esclavos fugitivos fueron devueltos a sus propietarios confederados cuando cruzaban a las líneas de la Unión. Después de todo, se trataba de "bienes animados" y había que respetar los derechos de propiedad. Pero en mayo de 1861, tres esclavos utilizados para construir defensas confederadas cruzaron las líneas de la Unión en Fuerte Monroe en Hampton Roads, Virginia. En lugar de ser devueltos a la esclavitud, el general Benjamin Butler los mantuvo como "contrabando de guerra", al igual que un envío de armas o municiones sería si fuera interceptado en el mar.

No importa que Lincoln no reconociera a la Confederación como una potencia extranjera, o que no estuviera claro quién realmente era dueño de estas personas esclavizadas, o si estaban ahora y para siempre libres. A pesar de la falta de claridad, esta medida de guerra aparentemente simple y limitada expresaba una necesidad histórica más profunda y cobró vida propia. Estableció un nuevo precedente,

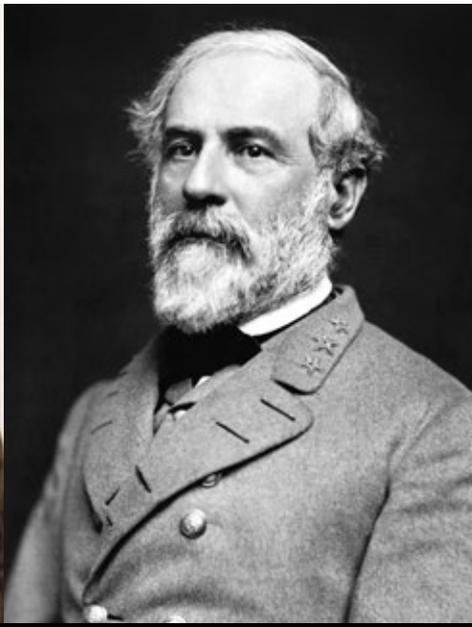
y la noticia se extendió rápidamente por toda la Confederación, tanto entre los propietarios de esclavos como entre los propios esclavos.

Los esclavos habían resistido durante siglos contra sus amos de innumerables maneras: ralentizaban el ritmo del trabajo, rompían la maquinaria, fingían enfermedad, destruían las cosechas. Discutían y luchaban con sus amos y supervisores. Muchos robaban ganado, otros alimentos u objetos de valor. Algunos aprendían a leer y escribir, lo que estaba legalmente prohibido. Otros quemaban bosques o edificios o mataban a sus amos con armas o veneno. Innumerables miles escapaban al Norte, a Canadá, México o a los pantanos del Sur, donde establecían comunidades cimarronas independientes o se unían a grupos de indígenas americanos, como fue el caso de los Seminolas Negros. Otros se suicidaban o se mutilaban para arruinar su valor como propiedad.

A medida que los ejércitos de la Unión se acercaban por todos lados a la Confederación, cientos de miles de esclavos cruzaron las líneas, ayudando los esfuerzos de la Unión de varias maneras, incluyendo, finalmente, como soldados uniformados.

Independientemente de si los ejércitos, buques de guerra, oficiales o soldados de la Unión pretendían algo de esto, toda la estructura social del Sur estaba siendo puesta patas arriba, orgánicamente, mucho antes de que la emancipación se convirtiera en política oficial. En muchas zonas, la mayoría de los blancos huyeron, dejando atrás a sus esclavos. Estos dieron la bienvenida a las tropas de la Unión como liberadores mientras que al mismo tiempo organizaban, ocupaban y trabajaban ellos mismos las tierras abandonadas de sus antiguos amos. Este fue el proceso molecular de la revolución cuando las tropas de la Unión en avance se encontraron con esclavos auto-organizados. Estas y otras consecuencias no deseadas resultaron de lo que se suponía era la mera supresión de una rebelión regional.

Algunos generales de la Unión como Fremont en Missouri y David Hunter en Georgia se habían movido unilateralmente en esta dirección al principio de la guerra, pero habían sido frenados por Lincoln. En su primer discurso anual ante el Congreso en diciembre de 1861, a pocos meses del inicio de la guerra, Lincoln había sido muy claro: "Al considerar la política que se adoptaría para reprimir la insurrección, he estado ansioso y cuidadoso de que el inevitable conflicto para este propósito no degenerara en una lucha revolucionaria violenta e implacable. Por lo tanto, en todos los casos he considerado apropiado mantener la integridad de la Unión de manera prominente como el objeto principal de la contienda sobre nuestro plan, dejando todas las cuestiones que



Ulysses S. Grant (izquierda) y Robert E. Lee (derecha).

no son de vital importancia militar para la acción más deliberada de la Legislatura”.³³

Pero Lincoln finalmente se dio cuenta de que la Unión no estaba simplemente luchando contra los ejércitos confederados, sino contra la mayoría de la población del sur, que la veía como una guerra defensiva. La mano de obra esclavizada era la base de la economía del sur, y permitió que una mayor proporción de la población general luchara en los ejércitos confederados. Para acelerar el fin de la guerra y detener el derramamiento de sangre, las raíces sociales y económicas de la rebelión tenían que ser destruidas.

Es una gran ironía de la historia que la audaz victoria de Robert E. Lee en la campaña de los Siete Días, que repelió la invasión de McClellan a Virginia en el verano de 1862, marcó el final de la estrategia reformista del Norte de tratar de poner fin a la rebelión mientras mantenía intacta la esclavitud. Lejos de defender la esclavitud, este éxito militar hizo que su destrucción fuera inevitable.

Apenas unas semanas después, en agosto de 1862, Lincoln escribió a Horace Greeley, el abolicionista editor de periódico:

*Mi principal objetivo en esta lucha es salvar a la Unión, y no es salvar o destruir la esclavitud. Si pudiera salvar a la Unión sin liberar a ningún esclavo, lo haría, y si pudiera salvarla liberando a todos los esclavos, lo haría; y si pudiera salvarla liberando a algunos y dejando a otros en paz, también lo haría.*³⁴

Parece bastante claro que Lincoln ya había decidido que la emancipación era el arma más poderosa en el arsenal de la Unión. Ahora necesitaba encontrar la mejor manera y el mejor momento para desatarla. Con su habitual brillante clarividencia, Marx escribió lo siguiente, también en agosto de 1862:

Lincoln se engaña si imagina que los ‘leales’ propietarios de esclavos pueden conmovirse

*con discursos sentimentales o llamamientos a la razón. Sólo cederán ante la fuerza. Hasta aquí no hemos asistido sino al primer acto de la guerra civil: la conducción constitucional de la guerra. El segundo acto, revolucionario, es inminente... Así, caigan como caigan los dados de la fortuna de las armas, se puede asegurar desde ahora que la esclavitud de los negros no sobrevivirá mucho tiempo a la Guerra Civil.*³⁵

Sólo unas semanas más tarde, en septiembre de 1862, llegó la Batalla de Antietam en Maryland, el día más sangriento en la historia militar de los Estados Unidos. Aunque no fue una victoria abrumadora, McClellan logró revertir la primera invasión del Norte por parte de Robert E. Lee. Lincoln aprovechó el impulso para anunciar la Proclamación de Emancipación, que prometía liberar a todos los esclavos en cualquier área aún en rebelión el 1 de enero de 1863, mientras dejaba la institución en su lugar en los Estados fronterizos que no se habían separado.

Como Marx comentó: “La proclama de Lincoln es aún más importante que la campaña de Maryland. La figura de Lincoln resulta original en los anales de la historia. Ninguna iniciativa, ninguna fuerza idealista de persuasión, ninguna actitud ni pose históricas. Lincoln comunica siempre a sus actos más importantes la forma más anodina ... Todo esto caracteriza exactamente su último mensaje, que es el documento más importante de toda la historia de Estados Unidos desde la fundación de la Unión, puesto que hace añicos la vieja Constitución Americana: su manifiesto sobre la abolición de la esclavitud”.³⁶

La Proclamación de Emancipación no sólo liberó a los esclavos en las zonas de la rebelión, sino que permitió que fueran armados e integrados en el Ejército de la Unión. Por su parte, Grant estaba a favor

de esta medida de manera entusiasta: “Al armar al negro hemos añadido un poderoso aliado. Serán buenos soldados y quitándoselos al enemigo [lo] debilitarán en la misma proporción en que nos fortalecen. Por lo tanto, estoy decididamente a favor de impulsar esta política”.³⁷

LA GUERRA REVOLUCIONARIA

Las apuestas eran ahora muy claras y el segundo acto, la fase revolucionaria de la guerra, sería aún más amargo y sangriento que el primero. Como Thaddeus Stevens el Republicano Radical lo había explicado antes de que la emancipación y el armamento de esclavos liberados se convirtieran en política oficial:

La guerra no terminará hasta que el gobierno reconozca más plenamente la magnitud de la crisis; hasta que haya descubierto que esta es una guerra interna en la que una parte u otra debe ser reducida a una debilidad sin esperanza y el poder de un esfuerzo adicional será completamente aniquilado. Es una alternativa triste pero verdadera.

El Sur nunca puede ser reducido a esa condición mientras la guerra sea perseguida en base a sus principios actuales. El Norte con todos sus millones de personas y su innumerable riqueza nunca podrá conquistar el Sur hasta que se adopte un nuevo modo de guerra. Mientras a estos Estados les queden los medios para cultivar sus campos a través del trabajo forzado, vosotros podéis gastar la sangre de miles y mil millones de dinero, año tras año, sin estar más cerca del final, a menos que lo alcancéis por vuestra propia sumisión y la ruina de la nación. La esclavitud le da al Sur una gran ventaja en tiempos de guerra. No necesitan ni retiran una sola mano del cultivo del suelo. Todo hombre blanco hábil puede ser usado en el ejército. El hombre negro, sin levantar un arma, es el pilar de la guerra...

*Dale [al general] la espada en una mano y el libro de la libertad en la otra, y pronto barrerá el despotismo y la rebelión de todos los rincones de este continente.*³⁸

Originalmente concebida como una medida de guerra para socavar la capacidad de la Confederación para proseguir la guerra, la emancipación significó que a partir del 1 de enero de 1863, todas las personas mantenidas como esclavas en esas áreas en rebelión contra el gobierno federal serían “a partir de entonces, y para siempre libres”. Aunque no se incluyeron los esclavos en los Estados fronterizos no separados, esto representó sin embargo siete octavos de la población de esclavos, una cifra decisiva que conduciría inevitablemente a la libertad final para el resto. Los esclavos ya no se consideraran bienes confiscados, o “contrabando”, que pudieran ser restituidos a sus propietarios una vez terminada la guerra.

Aunque ya se habían formado algunas unidades de infantería negra en Luisiana,

Kansas y Carolina del Sur después de la Segunda Ley de Confiscación y Milicias de julio de 1862, la primera unidad oficial totalmente negra formada después de la proclamación fue la famosa 54ª Massachusetts, creada a principios de febrero de 1863 por el gobernador abolicionista de ese Estado, y representada en la película *Glory*. Sin embargo, incluso en uniforme, la discriminación continuó y a los soldados negros se les pagó menos que a los blancos hasta más tarde en la guerra.

Como hemos visto, unos 180.000 soldados negros sirvieron en el ejército de la Unión, aproximadamente el 10% del total. Alrededor de la mitad fueron ex “contrabandos” escapados recientemente, una cuarta parte eran de Estados fronterizos leales, y la otra cuarta parte eran negros libres del Norte. De los 40.000 soldados negros que murieron durante la guerra, 10.000 murieron en combate y otros 30.000 murieron por infección o enfermedad. Cuando los confederados combatieron o capturaron a las tropas negras, estas fueron especialmente tratadas de manera particularmente brutal o masacradas, como sucedió en Fuerte Pillow y la Batalla del Cráter durante el asedio de Petersburg.

Pasarían varios meses antes de que las tropas negras vieran un gran combate, pero la guerra estaba lejos de terminar. Quedaban muchas pruebas, tribulaciones, reveses y lances peligrosos para la Unión, por no mencionar cientos de miles de muertes más.

En diciembre de 1862, la batalla de Fredericksburg en Virginia del Norte había visto una masacre totalmente sin sentido cuando el general de la Unión Ambrose Burnside envió oleadas de tropas en una carga inútil tras otra contra defensores bien arraigados, lo que resultó en casi 13.000 bajas de la Unión, en comparación con poco más de 4.000 en el bando confederado. Después de la ignominiosa “marcha del barro”, un intento fallido de maniobra alrededor de los confederados para atacar Richmond, Burnside

fue reemplazado por el general Joseph Hooker a finales de enero de 1863.

Ese mayo, el Ejército del Potomac de la Unión se enfrentó de nuevo contra Robert E. Lee y su subordinado clave, Stonewall Jackson, cerca de Fredericksburg, Virginia, en una pequeña encrucijada conocida como Chancellorsville. Esta fue la batalla magistral de Lee, ya que arriesgadamente dividió sus fuerzas, superadas en número aproximadamente dos a uno, y lanzó una audaz y sangrienta sorpresa sobre las tropas de la Unión, infligiendo 17.000 bajas a Hooker, mientras que él mismo sufría solo 12.000.

Una brillante victoria táctica, que sin embargo, fue devastadora a largo plazo, ya que el ejército de la Unión podía soportar este tipo de pérdidas, mientras que los confederados no podían. Más inmediatamente, a Stonewall Jackson le dispararon accidentalmente sus propias tropas de regreso de una misión de reconocimiento, y murió unos días después, privando a Lee de su comandante más confiable y probado. Sin embargo, la victoria envalentonó a Lee para intentar una segunda invasión del Norte, esta vez a Pensilvania. Su objetivo era asestar un golpe a la moral de la Unión y empujar a la población del norte a volverse contra la guerra.

Su expedición comenzó en junio y culminó a principios de julio en lo que es casi seguramente la batalla más famosa de la guerra, cuando más de 170.000 soldados convergieron en la pequeña ciudad de Gettysburg. Al drama se añadía el hecho de que el nuevo comandante del Ejército del Potomac, George Meade, solo había estado a cargo durante unos días cuando comenzó el combate.

Esta fue la batalla más grande y sangrienta de la guerra, e incluyó la mayor andanada de artillería en la historia del hemisferio. Desde las hazañas de la caballería ligera del General Buford y la Brigada de Hierro en el primer día; hasta la masacre total en el Campo de Trigo, el Huerto de Melocotones y la Guarida del Diablo, la carga del Primer Minnesota en

Cemetery Ridge, y Joshua Chamberlain y la carga del 20º Maine en Little Round Top en el segundo día; hasta la infame carga de Pickett en el tercer día, hubo increíbles actos de heroísmo y sacrificio colectivo e individual en ambos lados, inspirando innumerables libros, artículos y películas.

La noticia de la victoria del Norte en Gettysburg llegó a Washington el Día de la Independencia, el 4 de julio. Ese mismo día, la caída de Vicksburg en Mississippi le dio a la Unión el control efectivo del río Mississippi, al que Lincoln se refirió como “el Padre de las Aguas”.

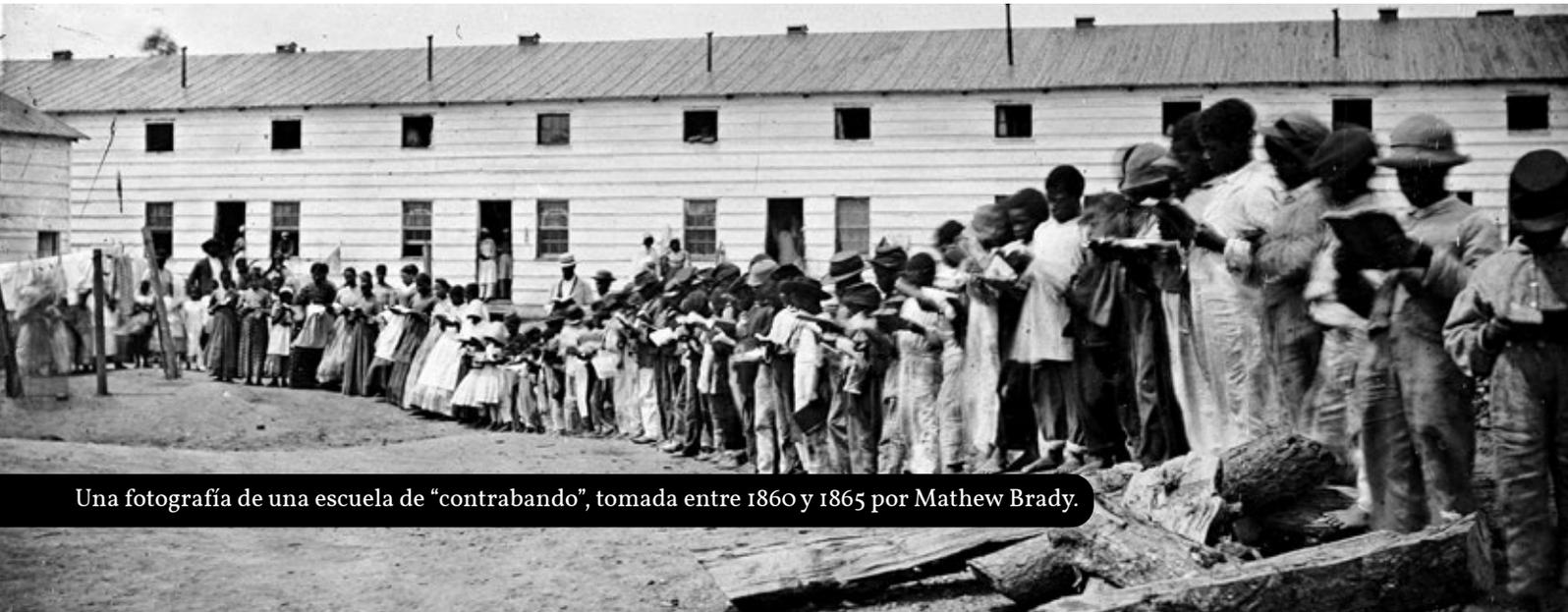
Aunque la Unión ya había tomado Nueva Orleans, que se encuentra en la desembocadura del Mississippi y era la ciudad más grande de la Confederación, partes estratégicas del río todavía estaban en manos de los rebeldes. Refiriéndose a Vicksburg, Lincoln había dicho una vez: “No se puede poner fin a la guerra hasta que esa llave esté en nuestro bolsillo”.³⁹

Durante semanas, Ulises S. Grant había atravesado los pantanos en el calor del verano, combatiendo en una serie de pequeñas pero brillantes escaramuzas mientras estaba completamente aislado de sus líneas de suministro y comunicación antes de empujar a los confederados a la ciudad fortaleza de Vicksburg. Después de varios asaltos fallidos y un asedio creativo y agotador, los defensores se vieron obligados a rendirse a la presión implacable de la “Rendición Incondicional” Grant, como se conocía a U.S. Grant desde la captura de Fort Donelson [las iniciales de ‘rendición incondicional’ en inglés, U.S., coinciden con las del nombre de Grant].

Muchos consideran que las victorias concurrentes en Gettysburg y Vicksburg son el punto de inflexión decisivo en la guerra, la “marca de la rebelión”, aunque la guerra continuó durante dos años más llenos de matanzas.

GRANT TOMA EL MANDO

Después de la demostración de tenacidad y creatividad de Grant en Vicksburg,



Una fotografía de una escuela de “contrabando”, tomada entre 1860 y 1865 por Mathew Brady.



Imagen:
Adam Cuerden

Thure de Thulstrup, Batalla de Gettysburg (1887). Entre el 1 y el 3 de julio de 1863, fue la batalla más grande y sangrienta de la guerra.

Lincoln supo que finalmente había encontrado a su general. Después de tantos contratiempos y decepciones, declaró: “¡Grant es mi hombre y yo soy suyo para el resto de la guerra!”⁴⁰

Grant recibió el mando general de las fuerzas de la Unión en el Oeste, y hubo más combates sangrientos en ese teatro, incluyendo Chickamauga en septiembre -superior solo a Gettysburg en número total de víctimas- y Chattanooga en noviembre. Chattanooga era un cruce ferroviario clave y su caída abrió el camino a una invasión de Georgia y el sur profundo, que Sherman emprendería en unos meses.

En marzo de 1864, Grant fue transferido al Este para tomar el mando general de las fuerzas de la Unión en todo el país. Un comandante de la Unión tras otro había sido asombrado y terminado inactivo por la mística que rodeaba a Robert E. Lee. Pero Grant sabía que, como todos los demás generales que había enfrentado, Lee era un hombre, y no un dios – en realidad había conocido a Lee en una ocasión durante la guerra con México.

Como dijo una vez un exasperado Grant a sus oficiales durante la Batalla de la Espesura: “Oh, estoy muy cansado de escuchar lo que Lee va a hacer. Parece que algunos de vosotros siempre pensáis que de repente va a dar un doble salto mortal, y aterrizar en nuestra retaguardia y en ambos flancos al mismo tiempo. Volved a vuestros mandos y trata de pensar qué vamos a hacer nosotros mismos, en lugar de lo que va a hacer Lee”.⁴¹

Desafortunadamente, el conocimiento de Grant que tienen la mayoría de los estadounidenses está influido por

la narrativa pro confederada de ‘causa perdida’ de que era un “borracho”, un presidente malo y corrupto y un carnicero a quien no le importaba la vida de sus propios hombres. Sólo recientemente los historiadores han comenzado a reconocer sus cualidades reales y el genio discreto, así como su honestidad fundamental y la decencia humana. Como hizo Thomas Carlyle con Oliver Cromwell, han tenido que «rescatar a [Grant]... de debajo de una montaña de perros muertos, una enorme carga de calumnia y olvido”.

ATAQUE COORDINADO

En las primeras etapas, la guerra se había librado casi como si hubiera varias pequeñas guerras separadas en diferentes partes del país, en Missouri, Kentucky, Virginia, en las costas del Atlántico y del Golfo, etc. Sin coordinación, no se podían capitalizar las muchas ventajas de que gozaba el Norte.

Los confederados estaban en desventaja numérica y económica. Pero tuvieron que librar una guerra principalmente defensiva y se beneficiaron de las líneas interiores, lo que les permitió trasladar tropas según fuera necesario de un lugar a otro. Sin embargo, con un territorio tan masivo para tratar de defenderse de un enemigo superior numérica y tecnológicamente, y con una grave falta de recursos desde el principio, la Confederación no pudo detener a la Unión que destruía un bastión estratégico tras otro, especialmente en las zonas costeras.

Ya en enero de 1862, Lincoln había escrito lo siguiente a uno de sus generales, Don Carlos Buell:

*Declaro que mi idea general de esta guerra es que tenemos el mayor número, y el enemigo tiene la mayor facilidad de concentrar fuerzas en puntos de colisión; que debemos fracasar, a menos que podamos encontrar alguna manera de hacer que nuestra ventaja sea una superposición para la suya; y que esto solo se puede hacer amenazándolo con fuerzas superiores en diferentes puntos, al mismo tiempo; para que podamos atacar con seguridad, uno o ambos, si no hace ningún cambio; y si debilita a uno para fortalecer al otro, dejar de atacar al fortalecido, pero tomar y mantener al debilitado, ganando tanto.*⁴²

Con su ejército y armada en rápido crecimiento, la Unión estaba adquiriendo rápidamente los medios para aplicar “una presión insoportable” sobre la Confederación. Muchos en el Sur reconocieron esto y temieron lo que sucedería una vez que los recursos del Norte fueran plenamente utilizados. Lincoln había tenido muchas dificultades haciendo que sus generales realmente implementaran tal plan. Además de una falta general de coordinación, había corrupción, incompetencia y una serie de pequeñas rivalidades y desconfianza dentro y entre los mandos militares y civiles.

Pero Grant compartía la amplia visión estratégica de Lincoln de un esfuerzo coordinado para poner fin a la guerra, y lo más importante, tenía la voluntad de conseguir una victoria sin importar lo que costara en tiempo, dinero y hombres. Sabiendo muy bien que el Sur no tenía recursos infinitos, el plan de Grant implicaba la movilización simultánea de cinco ejércitos separados de la Unión para presionar a los confederados por todos los

lados y evitar que pudieran aprovecharan las líneas interiores.

También sabía que, junto con el estrangulamiento económico y la liberación y el armamento de los esclavos, la clave para destruir la moral sureña de una vez por todas era aplastar al Ejército de Lee del Norte de Virginia, que era la encarnación y el orgullo de la causa confederada. Una vez que estos “cuerpos de hombres armados” estuvieran fuera del campo de batalla, terminaría el juego para los secesionistas y la esclavitud.

El Sur no tenía que tomar Washington, DC, invadir ni ocupar el Norte para ganar. Los intentos que hicieron en este sentido fueron principalmente para ganar influencia política y no eran parte de su estrategia a largo plazo. Principalmente tenían que resistir a los ejércitos de la Unión el tiempo suficiente para desgastar la moral del Norte, forzar las negociaciones de paz y, si era posible, obtener reconocimiento y algún tipo de apoyo de las principales potencias del mundo.

Después de la emancipación, sin embargo, iba a ser prácticamente imposible obtener el reconocimiento británico o francés. La clase dominante en estos países estaba bajo una fuerte presión de la clase obrera para no apoyar un poder esclavista reaccionario. Por ejemplo, en una reunión convocada por el London Trades Council [Consejo Sindical] en St. James' Hall el 26 de marzo de 1863, más de 3.000 trabajadores se reunieron para expresar solidaridad y “simpatía con los Estados del Norte de América, y a favor de la emancipación de los negros”.

Esto, a pesar de las dificultades extremas sufridas por los trabajadores británicos debido a la falta de algodón sureño para las fábricas textiles.

“GUERRA DURA”

El conflicto se había transformado de una guerra meramente para preservar la Unión en una guerra para erradicar la esclavitud, y había un creciente apoyo mundial a la causa de la Unión. Para acelerar el fin de la guerra, había que paralizar la economía del Sur. Una vez que Lincoln había encontrado comandantes de campo audaces y tenaces dispuestos y capaces de llevar a cabo sus políticas de una manera concertada y coordinada, el poder económico y demográfico del Norte era casi imparable.

Los generales de la Unión como Grant, Sherman y Philip Sheridan creían que tenía que hacer que el Sur sintiera la “mano dura de la guerra”. Eventualmente, la guerra fue llevada al corazón de la Confederación, con la liberación masiva de esclavos liberados, ferrocarriles y otras propiedades destruidas, y plantaciones y alimentos expropiados. Y mientras la economía en el Norte estaba en auge, la

economía del Sur estaba en caída libre y tanto sus ejércitos como los civiles sufrían terribles privaciones.

En términos generales, ninguno de los bandos atacó a los civiles con violencia masiva o matanzas a gran escala. En tantas otras guerras civiles, desde la Antigüedad hasta la actualidad, los vencedores rodean a los vencidos y a los civiles, los ejecutan, los venden como esclavos, etc. Sería absurdo, por supuesto, argumentar que no hubo abusos mientras las tropas cruzaban el país. Particularmente en los Estados fronterizos, hubo represalias despiadadas contra civiles por parte de partidarios paramilitares de ambos bandos.

Los “vagabundos” de Sherman no siempre fueron amables con los propietarios de plantaciones locales cuyos bienes expropiaron durante su marcha hacia el mar a través de Georgia a finales de 1864. Y no es un detalle sin importancia que durante la campaña de Gettysburg, el ejército de Lee del Norte de Virginia persiguió y acorraló a los residentes negros de Pensilvania para enviarlos al Sur como esclavos, aunque nunca antes habían sido esclavos.

Pero es justo decir que lo que sucedió durante la Guerra Civil Estadounidense fue muy diferente de lo que ocurría cuando los Ejércitos Blancos ocupaban áreas anteriormente controladas por los Rojos durante la Guerra Civil que siguió a la Revolución Rusa, o cómo los romanos trataron a aquellos que conquistaron en muchos de sus conflictos civiles y guerras de conquista. La literatura sobre la guerra abunda con ejemplos de fraternización y actos de bondad hacia soldados enemigos heridos o capturados.

Sin embargo, el enfoque de “guerra total”, dirigido no sólo a los ejércitos, los fuertes y otros puntos estratégicos, sino también a la economía -incluida la esclavitud- acabó por agotar la moral y la capacidad del Sur para mantener ejércitos sobre el terreno.

Grant persiguió obstinadamente a Lee en una serie de sangrientas batallas durante la Campaña de Overland, desde The Wilderness hasta Spotsylvania Courthouse y Cold Harbor y puntos intermedios, y aplicó una presión abrumadora durante los asedios de Petersburg y Richmond. Era una tarea dura, larga y brutal, y muchos en el Norte dudaban de si realmente podría lograrlo.

Philip Sheridan destruyó la economía del valle de Shenandoah en Virginia, que había sido durante mucho tiempo el granero de la Confederación. Y Sherman sitió y finalmente tomó la ciudad clave de Atlanta, cuya quema fue inmortalizada en la película *Lo que el viento se llevó*. Luego marchó a la costa y a Savannah, luego a través de Carolina del Sur y hacia Carolina del Norte, abriendo una amplia franja

de destrucción mientras sus decenas de miles de soldados vivían de los recursos de la tierra.

Sólo en Georgia, Sherman estimó que había infligido \$100 millones en daños, lo que equivale a alrededor de \$1.600 millones en dólares de hoy. Alrededor de una quinta parte de esto “redundó en beneficio nuestro”, mientras que el “resto [fue] simple desperdicio y destrucción”.⁴³ Sus tropas destruyeron 300 millas de ferrocarril, numerosos puentes y millas de líneas de telégrafo. Incautaron 5.000 caballos, 4.000 mulas y 13.000 cabezas de ganado, y confiscaron 9,5 millones de libras de maíz y 10,5 millones de libras de forraje, además de destruir un número incalculable de desmotadoras y molinos de algodón. Cerca de 20.000 esclavos liberados siguieron la estela de su ejército, y a menudo fueron blanco de asesinatos por parte de confederados vengativos que no podían enfrentarse al propio ejército de la Unión.

Fue mientras estaba en Savannah que Sherman firmó sus Órdenes de Campo Especiales núm. 15, que reservaban 400.000 acres de tierra confederada confiscada para que “cada familia [de antiguos esclavos] pudiera tener una parcela de no más de cuarenta acres de tierra cultivable”. Algunos también recibieron viejas mulas del ejército. Este fue el origen del concepto de “40 acres y una mula” como una forma de reparación por la esclavitud.

EL PRINCIPIO DEL FIN Y EL FIN DEL PRINCIPIO

Como hemos visto, los confederados fueron incapaces de obtener el reconocimiento de las principales potencias europeas. Así que depositaron sus esperanzas en las elecciones de 1864, en las que el ex alto general de Lincoln, George B. McClellan, se presentó contra él como candidato de «paz» en la candidatura del Partido Demócrata. La elección fue, sin duda, un referéndum sobre la guerra y la emancipación, e incluso el propio Lincoln no creía que tuviera muchas posibilidades. Pero al final, fue reelegido en una victoria categórica, con un apoyo abrumador entre los soldados, y con un gran impulso adicional por la caída de Atlanta que se produjo pocas semanas antes de las elecciones.

En su segundo discurso inaugural, el 4 de marzo de 1865, Lincoln pronunció las siguientes palabras poderosas:

Esperamos con indulgencia y oramos con fervor que este poderoso flagelo de la guerra desaparezca rápidamente. Sin embargo, si es la voluntad de Dios que esta guerra continúe hasta que se hunda toda la riqueza acumulada durante los 250 años de trabajo ingrato que realizaron los esclavos, y hasta que cada gota de sangre extraída con el látigo sea pagada con otra gota extraída por la espada, al igual que se dijo hace tres mil años, debemos

decir que «los juicios del Señor son todos justos en verdad».

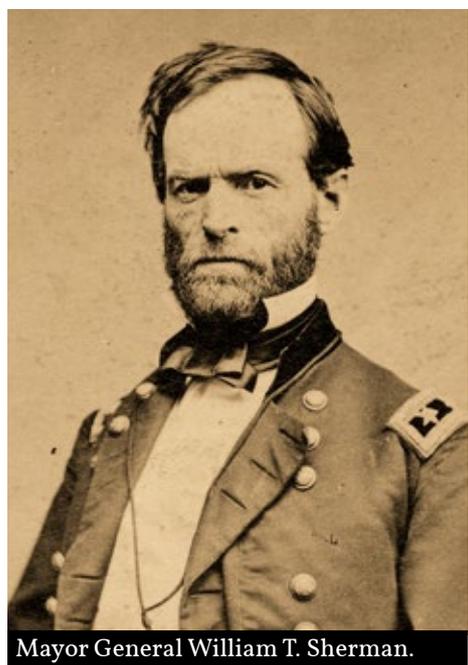
Con malicia hacia nadie, con caridad hacia todos, con firmeza en lo correcto, como Dios nos permite ver lo que es correcto, esforcémosnos en terminar la obra en que nos encontramos.⁴⁴

Esa obra, por supuesto, fue una guerra revolucionaria para liberar a cuatro millones de seres humanos de la esclavitud. La presidencia había causado un terrible daño a la salud de Lincoln. No solo el estrés y la tensión de la guerra dejaron su huella, sino que había sufrido la muerte de su hijo Willie de 11 años mientras estaba en la Casa Blanca. Pero el Gran Emancipador vio la guerra hasta el final.

Sólo unas semanas más tarde, el 2 de abril de 1865, después de un largo y doloroso asedio, los confederados sucumbieron a la irresistible presión de Grant en la Tercera Batalla de Petersburg y tuvieron que abandonar Richmond. Fiel a su forma, buscando sólo una victoria militar decisiva y no la gloria personal, Grant inmediatamente continuó su persecución del Ejército del Norte de Virginia, en lugar de marchar triunfante en la capital enemiga.

El final para Lee y la fuerza principal del Ejército Confederado llegó el 9 de abril, en la pequeña encrucijada del pueblo de Appomattox Courthouse en Virginia. Para evitar que la guerra cayera en el guerrillerismo prolongado y para acelerar el proceso de curación nacional, Grant ofreció a Lee y a sus hombres términos extraordinariamente indulgentes de rendición.

Menos de una semana después, el 15 de abril, Lincoln fue asesinado en el Teatro Ford por el renombrado actor y fanático del Sur, John Wilkes Booth. El vicepresidente Andrew Johnson y el secretario de Estado Seward también fueron atacados, pero sobrevivieron.



Mayor General William T. Sherman.

El asesinato de Lincoln fue un accidente histórico significativo y, sin duda, cambió el curso de la Reconstrucción. Es casi seguro que las cosas habrían sido significativamente diferentes si él hubiera estado presente para usar su enorme autoridad personal, perspicacia política y capacidad para cambiar de rumbo cuando las condiciones lo requerían, para guiar al país a través de lo que siempre iba a ser un proceso violento y desordenado.

En cambio, Andrew Johnson de Tennessee presidió la primera fase de la reconstrucción de posguerra. Y aunque odiaba a la aristocracia plantadora sureña con pasión, “no era amigo del pueblo negro”, como Frederick Douglass había conjeturado con precisión cuando su mirada conectó con la de Johnson en la segunda inauguración de Lincoln.⁴⁵

LOS COSTES DE LA GUERRA

En total, los combates entre la Unión y la Confederación se prolongaron durante cuatro años en más de 10.000 campos de batalla, con unas 237 batallas importantes. Los costes humanos eran horribles. En algunas batallas, las tasas de víctimas alcanzaron el 30% o más. En la batalla de Antietam, más soldados murieron, resultaron heridos o desaparecieron que en todas las guerras anteriores de Estados Unidos juntas: 23.000 en un solo día. Para comparar, eso es cuatro veces el número de bajas estadounidenses en el desembarco de Normandía el Día D durante la Segunda Guerra Mundial.

Se estima que 624.511 soldados y marineros murieron debido a lesiones en el campo de batalla, accidentes o enfermedades durante la guerra. Eso es alrededor del 2,4% de la población de 1860 y equivaldría a aproximadamente ocho millones de estadounidenses muertos hoy. Cientos de miles más resultaron heridos y mutilados. Además de esto, un número incalculable de civiles resultaron muertos, heridos y desplazados.

En el Ejército de la Unión, la probabilidad de morir era de una en cuatro, más a menudo por enfermedad que por combate. Los registros de la Confederación son menos precisos, pero algunos Estados sufrieron una tasa de mortalidad del 25% entre los hombres en edad militar. Increíblemente, en 1866, el 20% de todo el presupuesto estatal de Mississippi se gastó en prótesis.

Después de la guerra, los apologistas confederados fabricaron el mito de la “Causa Perdida”, argumentando que la suya era una causa noble que lamentablemente estaba condenada a la derrota desde el principio, debido a la abrumadora superioridad económica y demográfica del Norte. Huelga decir que la causa de perpetuar la esclavitud no era en absoluto

noble, pero hay un elemento de verdad en su argumento.

La población de los Estados del norte era de 18,5 millones. La población de la Confederación era de sólo nueve millones, y 3,5 millones de ellos eran esclavos. Había otros 2,5 millones de habitantes libres y 500.000 esclavos en los Estados fronterizos del sur que no se separaron, dónde, como hemos visto, se levantaron tropas para ambos lados. Así que la demografía bruta favorecía abrumadoramente al Norte. Aún más decisiva era la economía.

En 1860, el Sur producía menos del 10% de los bienes manufacturados estadounidenses. La producción industrial del Estado de Nueva York por sí sola era cuatro veces mayor que la de todo el Sur. El Sur había tratado de industrializarse en la década de 1840 para contrarrestar la creciente fuerza industrial del Norte, pero la mano de obra esclava y las mono exportaciones de algodón eran demasiado lucrativas y arraigadas para que la industria realmente despegara. Durante la guerra, el Sur no sólo perdió su acceso al mercado del Norte, sino que el bloqueo cada vez más efectivo lo aisló de la mayor parte del mundo, aunque hubo, por supuesto, algo de contrabando tanto hacia y desde el Norte como internacionalmente.

En esa época, los ferrocarriles eran la columna vertebral de la economía, un indicador sólido del desarrollo económico relativo y de la industrialización. Había 24.000 millas de ferrocarril en el Norte al comienzo de la guerra, y otras 4.000 millas fueron construidas durante la guerra. El Sur tenía sólo 9.000 millas al principio, y construyeron sólo 400 más. Simplemente no tenían los recursos para hacer nada más que eso.

Y cuando se trata de recursos en general, el gasto de guerra confederado en dólares de 2019 fue de aproximadamente \$23 mil millones, mientras que la Unión gastó más de \$68 mil millones, casi el triple.

Por lo tanto, es justo decir que mientras la voluntad del Norte de continuar la guerra permaneciera, estaba casi garantizado que ganaría a largo plazo. Como es bien sabido, esa voluntad de luchar se mantuvo, a pesar de la oposición de muchos, incluidos los violentos disturbios contra el servicio militar obligatorio y contra los negros en Nueva York en 1863, que fueron sofocados por las tropas de la Unión recién salidas del campo de batalla de Gettysburg.

¿POR QUÉ LUCHAR PARA DEFENDER LA ESCLAVITUD?

Cuando la mayoría de la gente piensa en la esclavitud sureña, se imaginan grandes plantaciones con cientos o incluso miles de esclavos. En realidad, en 1860, sólo



Las tropas del general Sherman queman Columbia, Carolina del Sur, el 17 de febrero de 1865. Ilustración de William Waud.

una plantación de arroz de Carolina del Sur tenía más de 1.000 esclavos, y sólo 13 tenían entre 500 y 1.000 esclavos. La mayoría de los esclavos vivían en fincas más pequeñas con 20 esclavos o menos.

Y aunque la mayoría es consciente de que la mayoría de los sureños no poseían esclavos, muchos se sorprenden al saber que solo había alrededor de 385.000 propietarios de esclavos, y que la mayoría de ellos poseían menos de 20 esclavos. En cuanto a la propiedad directa, la institución de la esclavitud no afectaba a la mayoría de los ciudadanos de la Confederación. Y sin embargo, la mayoría de los sureños blancos no esclavistas se identificaron y defendieron la institución de todos modos.

Aunque muchos de ellos resentían la riqueza, el poder y la arrogancia aristocrática de los grandes dueños de esclavos, muchos de ellos aspiraban a poseer esclavos y unirse a las filas de la élite de la sociedad. Después de siglos de alarmismo racista, la perspectiva de cuatro millones de esclavos liberados los aterrizzaba. En el fondo, los veían como competencia por tierras y empleos escasos.

La esclavitud les proporcionaba a muchos blancos pobres con poca o ninguna tierra alguien de quien podían sentirse superiores. Puede que fueran pobres, pero al menos no eran esclavos, y no eran negros. Para muchos, la razón por la que luchaban tenazmente contra la Unión fue simple, en palabras de un soldado confederado: "Porque eres de aquí, del Sur".⁴⁶

DOS CONCEPTOS DE LIBERTAD

Ambas partes afirmaron estar luchando por la "libertad". ¿Qué clase de libertad? Sus definiciones reflejaban en última instancia la base de clase que prevalecía en cada mitad del país. ¿Significaban libertad personal y trabajo libre? ¿La libertad de poseer propiedades? ¿Qué tipo de propiedad? ¿Propiedad en terrenos y esclavos, o en granjas comerciales y capital industrial? Está muy claro qué forma de libertad ganó al final: la libertad del capital para explotar el trabajo asalariado.

La declaración de Juneteenth, emitida el 19 de junio de 1865 por el Mayor General de la Unión Gordon Granger en Galveston, Texas, poco después del final de la guerra lo resume de manera concisa:

Se informa al pueblo de Texas que, de acuerdo con una proclamación del Ejecutivo de los Estados Unidos, todos los esclavos son libres. Esto implica una igualdad absoluta de derechos personales y derechos de propiedad entre antiguos amos y esclavos, y la conexión existente hasta ahora entre ellos se convierte en la del empleador y el trabajador contratado. Se aconseja a los libertos que permanezcan en silencio en sus hogares actuales y que trabajen por un salario. Se les informa que no se les permitirá recolectar subsidios en puestos militares; y que no serán apoyados en la ociosidad ni allí ni en ninguna otra parte.

Lo que es indiscutible es que la liberación de los esclavos es una de las mayores expropiaciones revolucionarias sin compensación en toda la historia humana. Fue la acción masiva de los propios esclavos

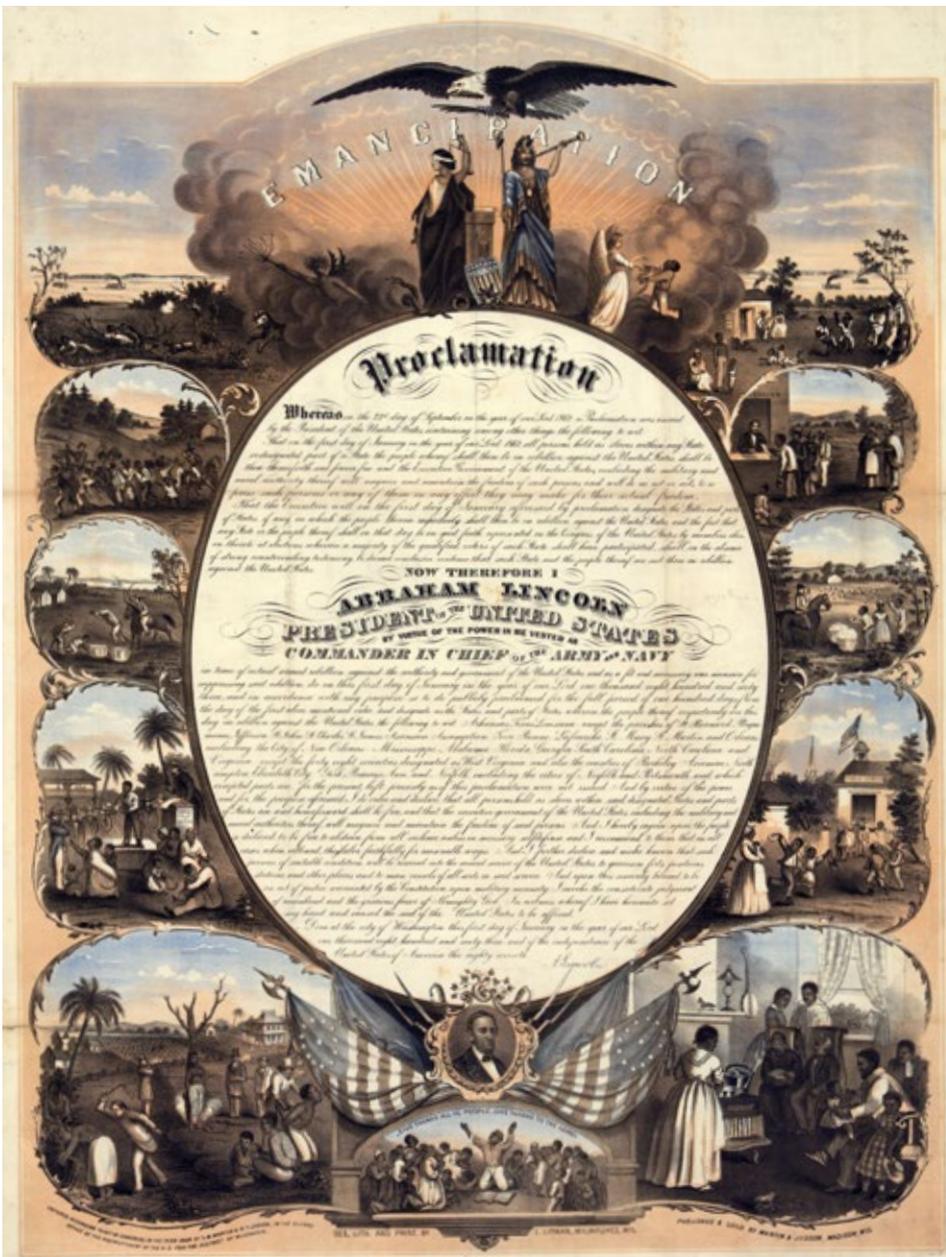
lo que obligó a Lincoln y a sus generales a llevarla a cabo. Y fue su heroísmo en el campo de batalla lo que radicalizó aún más la opinión pública del Norte en favor de la abolición.

Como hemos visto, cientos de miles de esclavos arriesgaron sus vidas para huir, se unieron al ejército de la Unión o resistieron de otra manera, sabotearon y obstaculizaron la economía del Sur en lo que DuBois describió como una "huelga general" de esclavos. Sin embargo, como dijo un antiguo propietario de una plantación: "Los esclavos emancipados no poseen nada, porque nada más que la libertad se les ha dado".⁴⁷

LA ÚLTIMA REVOLUCIÓN BURGUESA

La guerra civil y el período de reconstrucción que siguió representan el último gran impulso de la burguesía como clase históricamente progresista. De hecho, la Guerra Civil Americana fue quizás la revolución burguesa más clásica de todas, en la medida en que en las revoluciones anteriores, la clase capitalista no jugó un papel tan consciente y directo como clase en la imposición de sus relaciones de clase y propiedad preferidas sobre la nación en su conjunto.

El Norte no solo utilizó la guerra y sus secuelas para romper o acelerar la ruptura de las formas no capitalistas de explotación y producción en todo el país, sino que también utilizó la convulsión para consolidar las instituciones estatales que establecieron el marco político y legal



Una impresión de 1864 de la Proclamación de Emancipación.

para la acumulación y expansión capitalista sin trabas en el siglo siguiente.

Tomemos el dólar estadounidense, por ejemplo. Antes de la guerra, la única moneda emitida por el gobierno federal eran monedas de oro y plata, o monedas de otro metal. Había cientos de billetes diferentes emitidos por bancos privados, canjeables por monedas metálicas en áreas limitadas atendidas por esos bancos específicos. El Secretario del Tesoro de Lincoln no era otro que Salmon P. Chase, que dio nombre al banco que precedió al banco *JP Morgan Chase*, hoy en la lista del Fortune 500. El 25 de febrero de 1862, se aprobó la primera Ley de Curso Legal, y el gobierno federal comenzó a emitir lo que se conoció como billetes verdes, con consecuencias de largo alcance en el desarrollo de la economía y el papel y el poder del gobierno federal.

La guerra condujo a una centralización sin precedentes con el fin de financiar y movilizar los recursos humanos y materiales necesarios para la victoria: con aranceles, impuestos, servicio militar

obligatorio, e incluso la nacionalización parcial de los ferrocarriles y telégrafos. Esencialmente forjó los Estados Unidos modernos como los conocemos hoy en día.

Pero como con todas las revoluciones burguesas, este movimiento inmensamente progresista no pudo erradicar toda explotación y opresión. En última instancia, no podía ir más allá de elevar a una clase de propietarios sobre otra clase más reaccionaria y consolidar su control sobre los poderes represivos del Estado, aunque en una forma más democrática. Fue en esta forma moderna que los capitalistas estadounidenses llevaron a cabo sus guerras genocidas contra los pueblos nativos del continente, desataron violentas turbas de linchamiento contra los trabajadores, agricultores y aparceros negros, y construyeron la potencia imperialista más feroz de la historia de la humanidad.

No necesitamos embellecer este monstruo para apreciar el significado de su nacimiento, que forjó la nación en la que

vivimos hoy y preparó el escenario para la próxima revolución estadounidense: la revolución socialista. Habiendo barrido la esclavitud, las fuerzas productivas se desarrollaron a pasos agigantados y con ellas la clase obrera que pronto surgió como una fuerza revolucionaria y un contendiente por el poder.

Como escribió Marx en *El Capital*: “En los Estados Unidos de Norteamérica todo movimiento obrero independiente estuvo sumido en la parálisis mientras la esclavitud desfiguró una parte de la república. El trabajo cuya piel es blanca no puede emanciparse allí donde se estigmatiza el trabajo de piel negra. Pero de la muerte de la esclavitud surgió de inmediato una vida nueva, remozada. El primer fruto de la guerra civil fue la *agitación* por las ocho horas, que calzándose las botas de siete leguas de la locomotora avanzó a zancadas desde el Océano Atlántico hasta el Pacífico, desde Nueva Inglaterra hasta California.”⁴⁸

Sólo unos años más tarde, en 1871, el mundo fue testigo de la Comuna de París, la primera toma del poder por la clase obrera. Todos los principales movimientos revolucionarios mundiales desde entonces han tenido al menos un pie claramente en el lado de la revolución proletaria de la historia.

Hoy en día, sólo la poderosa clase obrera estadounidense puede llevar a cabo las tareas democráticas y sociales que quedaron inconclusas en la Guerra Civil y la Reconstrucción. En la historia de la Guerra Civil encontramos una orgullosa herencia de determinación y sacrificio revolucionarios. Por esta razón, todo obrero con conciencia de clase debe estudiar los acontecimientos y las lecciones de este período histórico en preparación para las luchas titánicas por venir. ■

Debido al gran número de referencias en este artículo, hemos decidido no publicarlas todas aquí.

La lista completa de citas se puede consultar en: americasocialista.org/citas-guerra-civil-EEUU o escaneando el código QR



MARXISMO, DINERO E INFLACIÓN

Después de décadas de baja inflación y tasas de interés mínimas, la economía mundial se enfrenta ahora a un fantasma que no se había visto desde los años setenta: la combinación del aumento de los niveles de inflación con la amenaza de una nueva recesión. Está claro que hemos entrado a una nueva etapa de la crisis del capitalismo mundial que ni los propios estrategas del capital pueden explicar. En este artículo, **Adam Booth** de la Corriente Marxista Internacional en Gran Bretaña, se pregunta: ¿Cuáles son los factores que están detrás de la actual etapa de crisis del capitalismo mundial? ¿Cuál es la causa real de la inflación? y ¿Cuál será el efecto de dicha inflación en la lucha de clases?



En todo el mundo, el látigo de la inflación inflige miedo en el corazón de los trabajadores y de las clases dominantes por igual.

Para los trabajadores, el aumento de los precios en todos los ámbitos -desde la energía hasta la vivienda, pasando por el transporte y los alimentos- está provocando una catástrofe en el costo de vida.

La inflación se puede definir como la devaluación de una moneda; el dinero compra menos bienes y servicios que antes. Por lo tanto, el poder adquisitivo de los salarios ha disminuido.

Aunque los trabajadores pueden obtener un salario más alto, éste suele estar más abajo del aumento de los alquileres y los servicios públicos, lo que conlleva al declive del ingreso familiar.

Al momento de escribir estas líneas, la cifra principal de la inflación en el Reino Unido se ha disparado hasta el 9%, el nivel más alto en cuatro décadas. Y los analistas prevén que esta cifra podría superar el 10% a finales de este año.

En Estados Unidos también se han registrado cifras similares, ya que los precios aumentaron un 8,5% en marzo en comparación con marzo del año anterior. En Europa, la cifra equivalente es del 7,5%. En los países capitalistas avanzados de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos) es del 7,7%.

No sólo la inestabilidad social y económica causada por la inflación le quita el sueño a los políticos y legisladores, sino también la alarmante verdad de que se disponen de pocos tratamientos para combatir esta enfermedad multifacética. Peor aún, la "cura" - tipos de interés más altos y una nueva recesión mundial - podría ser peor que la enfermedad.

Para los trabajadores que sufren la presión del aumento de precios y el estancamiento de los salarios reales, la pregunta

vital es: ¿Cómo combatir la amenaza de la inflación?

Para responder a la pregunta de los 64 millones de dólares (¿O deberían ser 64.000 millones de dólares, en la moneda devaluada de hoy?), primero debemos entender qué es la inflación y de dónde viene.

SALARIO, PRECIO Y GANANCIA

A pesar de sus aparentes diferencias, en última instancia los keynesianos y los monetaristas están de acuerdo en que es la clase obrera la que debe pagar por esta crisis. La "elección" que presentan a los trabajadores está entre la muerte por ahorcamiento o la muerte por mil recortes.

Ninguno de los dos campos ofrece una solución real, ya que el problema de fondo reside en el propio sistema que defienden: el capitalismo.

Al sustraer su hipócrita boxeo de sombra, vemos que estas dos alas de la economía burguesa se unen al recetar sus medicinas contra la inflación: la austeridad y los ataques a los salarios de los trabajadores.

Los economistas burgueses de todas las tendencias son aficionados a señalar con el dedo a los molestos sindicalistas, acusados de provocar espirales de alza de precios por exigir aumentos salariales.

Del mismo modo, la actual moda de los economistas de advertir que los precios subirán debido a las "expectativas de inflación", es sólo un eufemismo utilizado para referirse a los trabajadores que intentan mantenerse al día del aumento del costo de la vida.

Sin embargo, evidencia reciente ha golpeado este tipo de tonterías reaccionarias. El aumento salarial medio apenas puede seguir el ritmo del alza de precios, incluso a pesar de la continua escasez de

mano de obra en muchas industrias y sectores vitales, es un indicio de que los trabajadores no son la causa de la inflación, sino sus víctimas.

De hecho, lejos de ver una "espiral de precios-salarios" impulsada por los trabajadores, existe una "espiral de precios-ganancia" para los capitalistas: los banqueros reciben bonos salariales récord y las grandes empresas siguen obteniendo usuras exorbitantes, incluso a pesar del aumento de precios.

Aunado a esta refutación empírica, hace ya tiempo que Karl Marx respondió teóricamente a dichos argumentos derechistas.

En su panfleto *Valor, precio y ganancia*, por ejemplo, el cual está basado en una serie de conferencias pronunciadas en la Primera Internacional en junio de 1865, Marx polemizó en contra del "ciudadano" John Weston, el cual fue un prominente reformista influenciado por las ideas liberales de economistas burgueses como Adam Smith y David Ricardo.

Según Marx, la posición de Weston podría resumirse de la siguiente manera: 1) que un aumento general del salario no sería de utilidad para los obreros; 2) que, por consiguiente, etc., los sindicatos tienen un efecto *perjudicial*.¹

Marx utilizó este debate como una oportunidad para esbozar sus propias ideas económicas, en particular en lo que respecta a la ley del valor, basada en la teoría del valor-trabajo (TVT), y la diferencia entre *valores* y *precios*.

La idea central de la exposición de Marx es que los precios de las mercancías -bienes y servicios producidos para el intercambio en el mercado- no son arbitrarios; ni tampoco se deciden por los caprichos subjetivos de los capitalistas. Por el contrario, los precios están determinados por leyes y dinámicas

objetivas, que pueden ser comprendidas y examinadas.

Marx subrayó que los precios no están determinados por la suma de los salarios y los beneficios, como afirmaban los economistas clásicos burgueses. Más bien, los precios son, en términos generales, la expresión monetaria del valor de las mercancías.

Los precios varían según la oferta y la demanda, explicó Marx. Pero en un mercado libre, bajo la presión de la competencia, estos precios deberían fluctuar en torno a un nivel medio: el valor de una mercancía, determinado por el *tiempo de trabajo socialmente necesario* para producir un determinado bien.

En otras palabras, la clase obrera añade valor a las mercancías al aplicar su trabajo en el proceso de producción. A su vez, es este valor el que se distribuye proporcionalmente entre los trabajadores y los capitalistas en forma de salarios y ganancias.

Es importante destacar que los propios trabajadores venden una mercancía al capitalista: su fuerza de trabajo, es decir, su capacidad de trabajar durante una hora, un día, una semana, etc. Es a cambio de esta mercancía que reciben un salario.

La fuerza de trabajo, en la mayoría de los aspectos, es como cualquier otra mercancía. Tiene un valor determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir esta mercancía. En el caso de la fuerza de trabajo, se trata del tiempo promedio necesario para mantener y reproducir la propia clase trabajadora, en forma de alimentos, ropa, vivienda, educación, etc.

Del mismo modo, la fuerza de trabajo tiene un precio: el salario promedio que reciben los trabajadores. Así como los precios en general, los salarios también pueden fluctuar por encima o por debajo del valor de la fuerza de trabajo a

través de la oferta y la demanda. Sin embargo, a diferencia de otras mercancías, esto no ocurre simplemente a través de las fuerzas del mercado, sino a través de la lucha de clases.

Esto nos lleva a la idea principal de Marx. Al igual que los precios, las ganancias de los capitalistas no son arbitrarias. No se obtienen haciendo trampas; “comprando barato y vendiendo caro”. Las leyes de la competencia, en general, impiden a los capitalistas añadir un recargo a sus costos.

De hecho, ahora mismo, muchas empresas -sobre todo las más pequeñas, sin la escala y el poder de fijación de precios de los grandes monopolios- se quejan de que no pueden simplemente pasarle el aumento de los costos (sobre todo de la energía y el transporte) a los clientes, sin ver un impacto negativo en sus ventas.

Incluso si pudieran fijar los precios de esa manera, señaló Marx, lo que los capitalistas ganaban con una mano como vendedores, simplemente lo perderían con la otra como compradores, ya que sus propios costes de producción (incluidos los salarios) habrían aumentado. Sería como robar a Pedro para pagarle a Pablo.

Por el contrario, como analiza Marx, las ganancias representan el trabajo no remunerado de la clase obrera: la plusvalía que se produce por encima de lo que se paga a los trabajadores por su fuerza de trabajo en forma de salarios.

¿DE QUIÉN ES LA CULPA?

En resumen, la clase obrera, en el transcurso de la jornada laboral, la semana o el año, produce una suma de valor. Y, como explica Marx “Este valor dado, determinado por su tiempo de trabajo, es el único fondo del que tanto él como el capitalista tienen que sacar su respectiva parte o dividiendo, el único valor que ha de dividirse en salarios y ganancias...”²

La inflación, por tanto, no hace más rica a la sociedad en términos de riqueza real. Pero sí redistribuye la riqueza entre acreedores y deudores, y desplaza los ingresos entre capitalistas y trabajadores, normalmente en detrimento de los trabajadores, ya que los precios suben más rápido que los salarios.

A partir de esto, Marx continúa:

Como el capitalista y el obrero sólo pueden repartirse este valor, que es limitado, es decir, el valor medido por el trabajo total del obrero, cuanto más perciba el uno menos obtendrá el otro, y viceversa...

Por tanto, una subida general de salarios determinaría una disminución de la cuota general de ganancia; pero no haría cambiar los valores.³

En otras palabras, todo aumento real de los salarios de los trabajadores sólo puede producirse disminuyendo las ganancias de la clase capitalista. Y por eso, como vemos hoy, los empresarios -y sus sirvientes en los medios de comunicación, la City y Westminster- lanzan un ataque tan feroz contra los trabajadores que, como Oliver Twist, se atreven a pedir más.

Por lo tanto, está claro que los trabajadores no tienen la culpa de la inflación, sino que se ven obligados a luchar constantemente para mantener su nivel de vida ante el aumento de los precios y el asalto de los patrones.

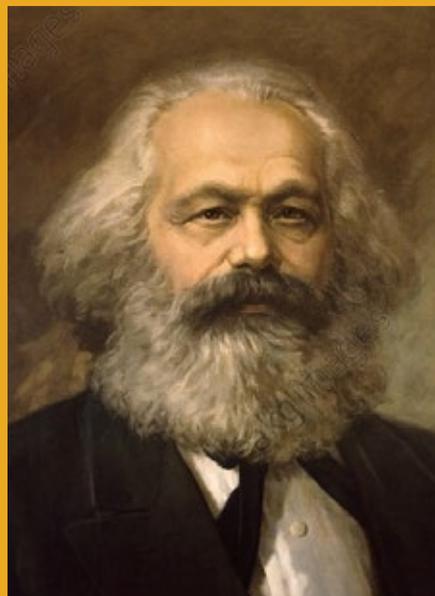
“ Toda la historia del pasado demuestra que, siempre que se produce tal depreciación del dinero, los capitalistas se apresuran a aprovechar esta coyuntura para defraudar a los obreros. ”, señala⁴ Marx en *Salario, precio y ganancia*.

De hecho, con la mayoría de los grandes mercados dominados por sólo un puñado de poderosos monopolios, los jefes de las empresas han aprovechado oportunamente la pandemia para participar en la escalada de precios y en la especulación.

Las empresas del índice bursátil S&P 500, por ejemplo, vieron cómo sus “ganancias” globales aumentaron aproximadamente un 50% en 2021, y los márgenes de dichos lucros se mantuvieron en máximos históricos de casi el 13% durante todo el año. Algunos analistas burgueses, por su parte, han estimado que los “márgenes de ganancia” podrían ser responsables de más del 70% del aumento de los precios en Estados Unidos desde finales de 2019.

Por lo tanto, son los trabajadores los que persiguen los precios, y no al revés. Como resume Marx en su *obra magna*, *El Capital*:

...Si dependiese de los productores capitalistas el subir a su antojo los precios de sus mercancías, podrían hacerlo y lo harían, indudablemente, sin necesidad de subir los salarios. Los salarios no subirían nunca al bajar los precios de las mercancías. La clase capitalista no se opondría jamás a los sindicatos, puesto que podría hacer siempre y en cualesquier



“Para Marx y los marxistas, entonces, la respuesta a las cuestiones monetarias debe buscarse, en última instancia, en la comprensión del valor y sus leyes; de la producción generalizada de mercancías y del intercambio; y del sistema de ganancias que se deriva de ello.”

circunstancias lo que en la actualidad hace de hecho excepcionalmente en determinadas circunstancias especiales, en circunstancias locales, por decirlo así, a saber: aprovecharse de cualquier alza de los salarios para aumentar en una proporción mucho mayor los precios de las mercancías, es decir, para obtener mayores ganancias...

*Toda esta objeción se reduce a un tiro de alarma de los capitalistas y de sus sicofantes en el terreno de la economía... El efecto se toma entonces por la causa. Los salarios suben (aun cuando raras veces y sólo por excepción proporcionalmente) cuando suben los precios de los artículos de primera necesidad. Su subida es consecuencia y no causa de la subida de los precios de las mercancías.*⁵

“La lucha por el aumento de los salarios sólo sigue el camino de cambios anteriores”, subraya Marx en respuesta al ciudadano Weston, “en una palabra, como reacciones del trabajo contra las acciones anteriores del capital”.⁶

CAPITAL FICTICIO

Para Marx y los marxistas, entonces, la respuesta a las cuestiones monetarias debe buscarse, en última instancia, en la comprensión del valor y sus leyes; de la producción generalizada de mercancías y del intercambio; y del sistema de ganancias que se deriva de ello.

Únicamente armados con una comprensión marxista del valor y los precios, como se ha señalado anteriormente, podremos empezar a entender las verdaderas fuerzas y factores que hay detrás de la inflación, incluida la crisis actual.

En primer lugar, está el papel de lo que Marx denominó como “capital ficticio”: la circulación de dinero en la economía sin una circulación de valor que la acompañe; dinero que circula como capital -dinero que busca crear más dinero- sin ninguna producción de mercancías asociada.

Sin embargo, antes de seguir adelante debemos responder a la pregunta: ¿qué es el dinero?

En esencia, Marx explica que el dinero es una medida universal de valor; un parámetro estándar, con el que se puede expresar el valor de todas las demás mercancías.⁷

Los precios, a su vez, son la expresión monetaria del valor; la unidad de medida del tiempo de trabajo socialmente necesario cristalizado en las mercancías.

El dinero surge orgánica e históricamente junto con la sociedad de clases y la propiedad privada, a partir de las necesidades de la producción de mercancías, el intercambio y el comercio.

Inicialmente, toma la forma de la mercancía monetaria: una mercancía que es valiosa por derecho propio, con su propio tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado; que es susceptible de ser

intercambiada por todas las demás mercancías; y con la que todas las demás mercancías pueden ser comparadas, actuando así como un equivalente universal.

A partir del siglo VI a.C., por ejemplo, vemos la aparición de la moneda, con el uso de metales preciosos -como el oro y la plata- como producto monetario. A partir de ahí, los diversos tipos de monedas metálicas dominaron durante milenios hasta el siglo XX.

Con el tiempo, a través de degradaciones, los metales preciosos que circulaban como dinero se devaluaron. El valor nominal de las monedas, en otras palabras, se separó del valor real del metal que circulaba como dinero.

En este proceso, en lugar de ser una mercancía monetaria con su propio valor intrínseco, el dinero - en forma de monedas, luego como billetes de papel, y ahora incluso sólo como números en una pantalla - se ha convertido en una colección de meras fichas, que actúan como una representación de valor.

Una determinada cantidad de dinero, en otras palabras, actúa como símbolo de una determinada cantidad de valores, los cuales están plasmados en mercancías. A su vez, los precios varían en función de la oferta monetaria, la cantidad de valor en circulación y la “velocidad” del dinero (el ritmo o la frecuencia con la que se producen los intercambios en la economía).

En igualdad de condiciones, si el dinero que circula en la economía aumenta sin un aumento correspondiente de los valores en circulación, en forma de mercancías compradas y vendidas en el mercado, esto significa que los precios subirán como consecuencia.

Esto pone de manifiesto la inestabilidad y las tendencias inflacionistas implícitas en el uso de fichas monetarias como símbolo de valor, siempre y cuando éstas no están vinculadas a una base material en términos de mercancías con valor real. Este es el caso hoy en día con las denominadas monedas “flotantes” (o “fiat”).

Entendiendo el fondo del problema, ya sea como papel moneda o como representaciones digitales, estas fichas son pagadas para pagar al portador; promesas que deberían estar respaldadas por mercancías con valor real, ya sea en términos de actividad productiva real, o en forma de mercancía monetaria, por ejemplo, en oro. Si no es de este modo, se producirá inflación.

Es aquí donde entra el capital ficticio: dinero puesto en circulación (como capital), sin que se produzca ninguna base material en términos de valor (es decir, mercancías).

Esto puede adoptar muchas formas: bonos del Estado que representan deudas nacionales; acciones, títulos, valores y otros productos financieros complejos inventados y vendidos a los inversores; y el

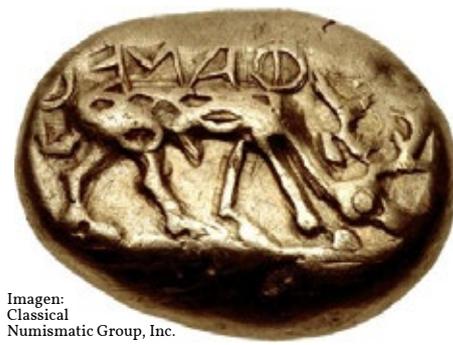


Imagen: Classical Numismatic Group, Inc.

Moneda Electrum de la ciudad jónica de Efeso, de 650-625 AC

gasto del Estado en proyectos improductivos, como armas o carreteras a ninguna parte.

Marx contrastó este capital *ficticio* con el capital *real* (productivo), invertido en los medios de producción y en la fuerza de trabajo de los trabajadores y con el capital *monetario* o los fondos reales a disposición de los capitalistas.

Mientras que el capital real se invierte para producir una plusvalía real, explicaba Marx, el capital ficticio es un derecho ilusorio sobre beneficios futuros que aún no existen; “no es otra cosa que un título de propiedad que da derecho a participar pro rata en la plusvalía que aquel capital produzca”.

“Todos estos títulos no representan en realidad otra cosa que derechos acumulados, títulos jurídicos sobre la producción futura, cuyo valor-dinero o valor-capital o bien no representa capital alguno, como ocurre en el caso de la Deuda pública, o se regula independientemente del valor del capital real que representan”.⁸

Bajo el estándar del oro - introducido y difundido en las décadas posteriores a las guerras napoleónicas, en respuesta a los precios inflados en tiempos de guerra y a las deudas nacionales - las fichas monetarias y el papel en circulación permanecían anclados a una base material y metálica, el cual era principalmente el oro.

Esto evitó que la oferta monetaria se divorciara completamente del valor en circulación.

El colapso del estándar del oro - inicialmente en la Primera Guerra Mundial, y luego definitivamente en la Gran Depresión - eliminó esta restricción. Y esto se agravó con el fin del sistema monetario de Bretton Woods de la posguerra en 1971.

Bajo el sistema de Bretton Woods, las monedas de los países estaban vinculadas al dólar estadounidense, el cual a su vez estaba fijado al oro a un precio de 35 dólares la onza. Esto fue posible gracias a la fuerza del capitalismo estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial y a la posición hegemónica del imperialismo estadounidense reflejada en el hecho de que dos tercios del lingote mundial residían en Fort Knox. En otras palabras, el dólar era “tan valioso como el oro”.

Sin embargo, en las décadas siguientes, a medida que el capitalismo estadounidense se sometía a un declive relativo, la fortaleza del dólar se vio socavada. Los superávits de la balanza de pagos estadounidense se convirtieron en déficits y funcionando como una policía mundial en Corea y Vietnam, por ejemplo, el imperialismo estadounidense gastó una fortuna en armas, lo que creó presiones inflacionistas que debilitaron aún más el dólar.

Con el tiempo, las tensiones fueron insostenibles y la convertibilidad de los dólares en oro al tipo anterior era ya imposible. El acuerdo de Bretton Woods fue desechado y así nació la era de las monedas flotantes.

Desde entonces, los gobiernos soberanos y los bancos centrales (es decir, los que tienen su propia moneda fiduciaria independiente) han tenido libertad para imprimir dinero sin restricciones, una prerrogativa que los keynesianos han aprovechado regularmente durante el último siglo, introduciendo así en el proceso todo tipo de distorsiones inflacionarias terroríficas al sistema capitalista.

LOS LÍMITES DEL KEYNESIANISMO

Irónicamente, el propio Keynes no era partidario de la inflación.⁹ Más bien, actuando como defensor confeso de la “burguesía educada”, veía las medidas expansionistas como un mal necesario para salvar al capitalismo -en tiempos de crisis- de los peligros de la depresión y la deflación.

La diferencia de Keynes con los monetaristas no se basaba en la amenaza de la inflación, sino en cómo combatirla. Mientras que sus oponentes libertarios se centraban en el control de la oferta monetaria, él hacía hincapié en la necesidad de gestionar la demanda para contener los precios. Principalmente, para el economista inglés, esto significaba restringir los salarios de los trabajadores.

Por ejemplo, después de haber defendido el gasto público para estimular la demanda durante la Gran Depresión, durante la Segunda Guerra Mundial Keynes propuso una política de “pago diferido” para restringir la demanda en tiempos de guerra y así hacer bajar los precios.¹⁰

Sin embargo, hoy en día, las políticas keynesianas (de financiación del déficit y estímulo gubernamental) son sinónimos de inflación. Mientras tanto, los discípulos modernos de Keynes -incluidos los reformistas de izquierda, que han abrazado de todo corazón su doctrina- se muestran peligrosamente indiferentes a los riesgos inflacionistas inherentes a sus propuestas.

En las últimas décadas, las clases dominantes aparentaban despreocuparse de la amenaza de la inflación. Cuando la economía estaba en auge, hacían felizmente la vista gorda ante las contradicciones fomentadas por el crédito barato, el capital



“Por lo tanto, desde una perspectiva holística del sistema capitalista, el gasto estatal en armamento es una forma de consumo improductivo; una fuga colosal de la economía, similar, como sugirió Keynes, a pagar a los trabajadores para que cavaran agujeros en el suelo.”

ficticio y las monedas flotantes. Y cuando el capitalismo entraba en crisis, se desentendían de la situación, adoptando entonces inmediatas medidas desesperadas, las cuales sólo provocaban un mayor hundimiento a largo plazo.

Con respecto a lo anterior, la respuesta keynesiana de la clase dominante a la crisis del coronavirus, al insuflar de nuevo una ráfaga de capital ficticio en la economía mundial, ha contribuido sin duda a avivar las llamas de la inflación.

A medida que el virus se extendía, la sociedad se bloqueaba, las calles se vaciaban y la producción se paralizaba en todo el planeta. La economía mundial empezó a caer en picado. Fue entonces cuando la clase dirigente tomó acción, desplegando una inédita intervención estatal para evitar la implosión del sistema.

Actualmente se han proporcionado alrededor de 16 billones de dólares a nivel mundial en apoyo fiscal, a través de gasto gubernamental y subsidios. Los bancos centrales han inyectado otros 10 billones de dólares en la economía, en forma de flexibilización cuantitativa (QE) y financiación monetaria: utilizando dinero recién impreso para financiar el endeudamiento público.

Las repetidas rondas de estímulo relacionadas con la pandemia en Estados Unidos, por ejemplo, equivalen a alrededor del 25% del PIB; es decir, un gasto público equivalente en valor a una cuarta parte de lo que el país -el más rico del mundo- produce en un año.

Mientras tanto, los bancos centrales de los países capitalistas avanzados, tras poner en marcha sus imprentas virtuales, están cargados de deudas públicas.

El Sistema de Reserva Federal (FED) y el Banco de Inglaterra poseen alrededor

del 40% de los bonos del tesoro y el 30% de los *gilts* [bonos denominados en libras esterlinas], respectivamente, mientras que la cifra equivalente en Japón es del 44%. A modo de comparación, antes de la crisis de 2008, la FED sólo poseía el 7% de los bonos del país, por un valor aproximado del 3% del PIB estadounidense. Del mismo modo, el Banco Central Europeo (BCE) posee ahora activos por valor de más del 60% del PIB de la zona del euro, frente al 20% de antes de 2008.

Esto proporciona una abrumadora sensación de escala en lo que respecta a las cantidades de capital ficticio vertidas en la economía mundial en respuesta a la caída de la COVID.

En el Reino Unido y en Europa, parte de este apoyo estatal se destinó a subvencionar los salarios de los trabajadores despedidos. Pero en lugar de actuar como un estímulo económico, esto sustituyó principalmente la demanda que, de otro modo, se habría desplomado si el desempleo masivo se hubiera impuesto.

En Estados Unidos, por el contrario, el gobierno envió cheques con valor de 250.000 millones de dólares a millones de hogares, en un esfuerzo por impulsar el consumo y aumentó temporalmente las prestaciones al desempleo.

Pero en la medida que grandes sectores de la economía -como la hotelería y el turismo- quedaron en animación suspendida, gran parte de este dinero se ahorró en lugar de gastarse. Según una encuesta estadounidense, el 42% se gastó, el 27% se ahorró y el 31% restante se utilizó para pagar deudas.

Al eliminarse las restricciones aplicadas durante la pandemia de COVID, se produjo una oleada de demanda reprimida en la economía. Según algunas

estimaciones, este ahorro personal acumulado llegó a representar el 10% del PIB en países como el Reino Unido (aunque distribuido de forma muy desigual entre la población).

Esto, combinado con el estímulo gubernamental y la flexibilización cuantitativa de los bancos centrales, condujo a un aumento masivo de la oferta monetaria en general y, por tanto, también de la demanda de los consumidores. Sin embargo, la producción, sofocada por los paros de la producción y la escasez relacionados con la pandemia, no ha podido seguir el ritmo. Esto refleja la anarquía de la producción capitalista y del mercado.

En otras palabras, una menor circulación de valores (mercancías) en la economía mundial está ahora representada por una mayor circulación de dinero, lo que conduce a un aumento generalizado de los precios.

Estas turbulencias, por su parte, se han visto magnificadas por los cambios en los hábitos de consumo. Esto significa que los desequilibrios entre la oferta y la demanda son mucho más pronunciados en algunos sectores que en otros, lo que provoca un aumento drástico de los precios en estas industrias a medida que se reasignan los recursos.

Esto demuestra crudamente los límites del keynesianismo y de todos los intentos de gestionar el capitalismo. En un esfuerzo por salvar su sistema a corto plazo, la clase dominante no ha hecho más que exacerbar todas las contradicciones de la economía mundial, lo que ha provocado una subida de precios, montañas de deuda y una volatilidad e inestabilidad aún mayores en el mercado mundial.

En otras palabras, todas las medidas tomadas por los capitalistas para evitar las crisis y alimentar los auges en el pasado se están volviendo en su contra, preparando las condiciones para una crisis mucho más profunda de índole económica, social y política.

GASTO EN ARMAMENTO

El capital ficticio, como ya se ha mencionado, también puede aparecer de otras formas, siendo el gasto estatal en armamento un ejemplo destacado.

Los fabricantes de armas no producen capital constante, en forma de fábricas, máquinas o infraestructuras de uso productivo. Pero tampoco producen bienes de consumo, que se destinan a mantener y reproducir la fuerza de trabajo, es decir, la clase obrera.

La actividad de este sector, en otras palabras, no contribuye productivamente a aumentar los valores en circulación. Al mismo tiempo, la industria armamentística y sus trabajadores tienen que asumir una parte del producto económico total, en forma de salarios y ganancias.

Por lo tanto, desde una perspectiva holística del sistema capitalista, el gasto estatal en armamento es una forma de consumo improductivo; una fuga colosal de la economía, similar, como sugirió Keynes, a pagar a los trabajadores para que cavaran agujeros en el suelo.

Se trata, en efecto, de un capital ficticio que aparece disfrazado. Ted Grant lo explicó en *¿Habrà una recesión?: una respuesta a los supuestos "marxistas" que, durante el boom de la posguerra, se rindieron ante el Keynesianismo, creyendo que el gasto gubernamental en armamento podría superar la contradicción de la sobre producción.*

De hecho, como hemos explicado anteriormente, este gasto armamentístico no hizo más que agudizar las contradicciones del sistema, contribuyendo a las tensiones que acabaron por destrozar el sistema de Bretton Woods. Esto, a su vez, provocó que las presiones inflacionistas reprimidas salieran a la superficie en todo el mundo.

Actualmente, está claro que las recientes promesas de aumento en gasto militar por parte del imperialismo estadounidense y sus aliados servirán de nuevo para hacer subir los precios en toda la economía mundial.

Washington, por ejemplo, ha aprobado un proyecto de ley que permite el envío de 40.000 millones de dólares en ayuda militar a Ucrania, además de los 13.000 millones de dólares en donaciones relacionadas con la guerra, que ya se han enviado desde el inicio del conflicto.

Mientras tanto, en marzo de este año, otros seis miembros de la OTAN se comprometieron a aumentar sus presupuestos de defensa en un total de 133.000 millones de dólares, y de esta cifra, Alemania aporta más de 100.000 millones.

En total, el gasto militar de los países de la OTAN asciende a cerca de un billón de dólares al año (el 70% del cual corresponde al Pentágono). Esta cifra ha aumentado un 2% en comparación con los 12 meses anteriores.

En todo el mundo, la cifra supera los 2.1 billones de dólares, lo que equivale al 2,2% del PIB mundial: una carga monstruosa para la sociedad, que desvía la capacidad productiva y los recursos del suministro de necesidades básicas hacia guerras destructivas o hacia el descarte total.

EL 'FENÓMENO MONETARIO'

Los monetaristas y libertarios advierten también de los peligros de las políticas expansionistas, culpando a los gobiernos imprudentes e irresponsables y a sus bancos centrales de provocar la inflación empleando métodos keynesianos e inundando el mercado con crédito barato.

En particular, estos derechistas señalan con frecuencia ejemplos históricos catastróficos de hiperinflación -como la



Detail of Carel van Savoyen's, *An Allegory of Abundance* (1651).

Alemania de la era de Weimar, o Venezuela y Zimbabue en tiempos más modernos- todo para subrayar que no se puede escapar de una crisis imprimiendo dinero.

Los monetaristas tienen razón en esta afirmación. Como ya se ha dicho, la inyección de dinero en la circulación sin el correspondiente aumento de los valores (productos básicos producidos) allana el camino para un aumento desbocado de los precios.

Sin embargo, su análisis del dinero y la inflación, característico de la economía burguesa, es extremadamente exagerado, unilateral y mecánico.

Los remedios que proponen -la austeridad deflacionaria y los ataques a los salarios- sólo serán tragos amargos para la clase trabajadora, cuando el verdadero problema es el decrepito sistema capitalista.

"En todas partes la inflación siempre será un fenómeno monetario," aseguraba Milton Friedman, una de las principales figuras de la escuela de economía de Chicago, famosa por influir en políticos reaccionarios como el presidente republicano Ronald Reagan, la primera ministra *tory* Margaret Thatcher y el dictador chileno general Augusto Pinochet.

En otras palabras, según Friedman y los monetaristas, detrás de la inflación siempre habrá el aumento de la oferta monetaria.

Pero esta es una explicación que de hecho no explica nada. Es, como lo llamó Marx, "fetichismo del dinero": sugestionar idealmente al dinero y a la oferta monetaria con un poder místico, divorciado de -y elevado por encima de- las leyes reales, objetivas y dialécticas que rigen la dinámica del sistema capitalista.

El resultado es confundir la causa y el efecto, lo que da lugar a un enorme embrollo, como explicó Ted Grant:

[Los monetaristas] parten de la proposición elemental de que una cantidad determinada de moneda sería necesaria para mover una cantidad determinada de mercancías en una economía capitalista, a una velocidad fija del dinero; y que, si en estas circunstancias, por ejemplo, se duplicara la cantidad de billetes, los precios también se duplicarían.

Llegan entonces a la conclusión de que en una situación de inflación, si se reduce la “oferta monetaria” –es decir, la emisión de billetes y créditos– se produciría una caída proporcional de los precios, o al menos se detendría la inflación constante de los mismos. Creen que al eliminar el síntoma curarán la enfermedad.¹²

En el fondo, esto es reduccionismo puro. Mientras que el marxismo trata de analizar los fenómenos de forma dialéctica, de una manera integral y polifacética, los economistas burgueses (tanto los monetaristas como los keynesianos) aíslan sólo una parte de un todo interconectado, convirtiendo así una verdad relativa en un torpe error.

El “exceso de dinero” es ciertamente un aspecto fundamental del problema. Pero en primer lugar hay que preguntarse: si es una oferta monetaria excesiva la que causa la inflación, entonces ¿Qué es lo que determina la oferta monetaria? En segundo lugar, decir que la inflación se debe simplemente a “demasiado dinero que cubre pocos bienes” no es una respuesta. ¿Qué es el exceso de dinero? ¿Y por qué hay *muy pocos bienes*?

La cantidad de dinero en la economía es mal presentada por los monetaristas como un grifo, controlado por el Estado, que puede abrirse y cerrarse a voluntad. De manera contraria, el nivel de producción se representa incorrectamente como una cantidad fija.

En realidad, ni la oferta monetaria ni la producción económica son fijas o independientes. Más bien, en el capitalismo, ambos están sujetos a la misma fuerza motriz: la producción de ganancias.

Los monetaristas colocan toda la responsabilidad en los gobiernos y los bancos centrales. Pero como explica Marx en varios puntos a lo largo de sus tres

volúmenes de *El Capital*, en el capitalismo el Estado no tiene un control total sobre la oferta monetaria.

A medida que se desarrolla el capitalismo, en cambio, vemos que el crédito –principalmente en forma de préstamo de dinero por parte de instituciones financieras monopolísticas, como los bancos– está desempeñando un papel cada vez más importante, actuando como una palanca vital para la expansión de la producción.

Entonces, ¿qué es lo que determina principalmente el nivel de dinero crediticio en circulación? En pocas palabras: la producción y realización de ganancias. Los capitalistas no piden dinero prestado simplemente porque es barato, sino para invertir y obtener ganancias.

En el capitalismo, señala Marx, el dinero *aparece* como el “motor principal” y la “fuerza motriz permanente” de la economía, y es cierto que los engranajes de dicho sistema se engrasan con dinero hasta el final, con una multitud de transacciones –de compra y venta– que dependen del intercambio monetario.

Pero esto, subraya Marx, es sólo una apariencia. En realidad, es la dinámica del capital –la producción y distribución de mercancías con fines de lucro– la que determina la demanda de dinero: en particular en forma de crédito, pero también en lo que respecta al efectivo y la moneda.

La inflación, en otras palabras, puede ser efectivamente un “fenómeno monetario”, como afirmó Friedman, pero los fenómenos monetarios son en sí mismos un reflejo de las leyes del valor, las leyes que rigen el sistema capitalista: un sistema de producción e intercambio generalizado de mercancías; un sistema de producción con fines de lucro.

FLEXIBILIZACIÓN CUANTITATIVA

Así pues, la oferta monetaria no es el único factor determinante de la inflación, el dinero no es la fuerza motriz del sistema capitalista, y la política monetaria no es omnipotente. En resumen, el Estado no puede superar las contradicciones del capitalismo.

La prueba de lo anterior llegó tras la crisis del 2008. Con los tipos de interés ya reducidos a casi cero y la deuda pública por las nubes, la clase dominante se había quedado sin *munición* a la hora de luchar contra la crisis. A pesar de todos sus esfuerzos, la inversión y el crecimiento siguieron siendo anémicos.

Por ello, los bancos centrales de los países capitalistas avanzados inyectaron billones en la economía mundial en forma de flexibilización cuantitativa, en un intento de aumentar la liquidez y estimular los préstamos de los bancos privados.

En pocos años, la Reserva Federal de Estados Unidos había ampliado su balance en 4,5 trillones de dólares. En el Reino Unido, el Banco de Inglaterra creó alrededor de 375 billones de libras a través de la flexibilización cuantitativa (QE, en sus siglas en inglés), e incluso el BCE entró en acción, comprando activos por valor de más de 1 billón de euros.

Según los monetaristas y su “teoría cuantitativa del dinero”, este despilfarro debería haber provocado una inflación generalizada. Al fin y al cabo, como ya se ha dicho, es elemental que, en igualdad de condiciones, la duplicación de la cantidad de dinero en circulación duplicaría el precio de todo.

Pero no todo es igual. Y esta inflación tan anunciada nunca se materializó. De hecho, en Europa y en otros lugares, el mayor temor durante todo este periodo era el de la deflación depresiva.

Esto se debió a una serie de factores. Por un lado, durante las décadas anteriores a la pandemia, diversas fuerzas actuaron para ejercer una presión a la baja sobre los precios.

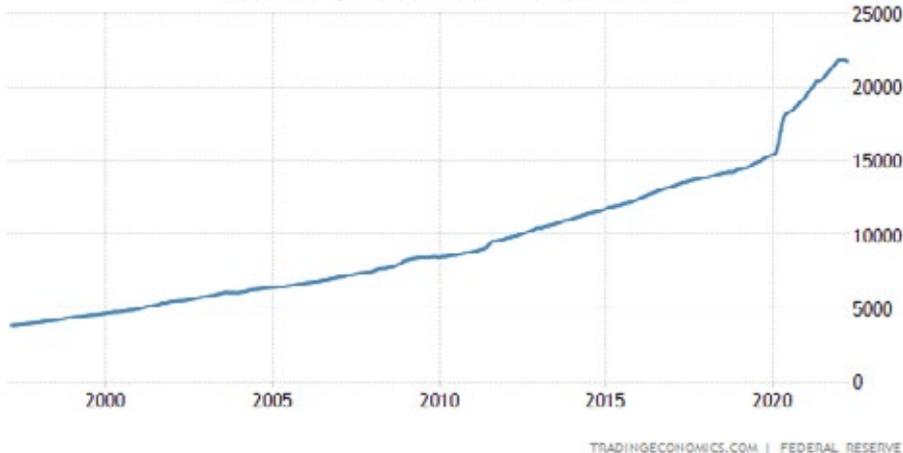
Y lo que es más importante, lejos de un crecimiento rápido y exponencial de la economía mundial en este periodo, la sobreproducción mundial –que se refleja en una abundancia de oferta en relación con la demanda– actuó como un peso muerto sobre los precios.

Además, la globalización ha contribuido a reducir los costos, al proporcionar fuentes de mano de obra y materias primas más baratas, junto con una mayor eficiencia gracias a las economías de escala. Asimismo, los avances tecnológicos (sobre todo en materia de informática) contribuyeron a reducir los costos del capital.

Por otra parte, gran parte de esta enorme infusión de dinero de la QE nunca llegó a los bolsillos de los consumidores, es decir, a la economía “real” o la circulación real.

En lugar de bombear dinero directamente al sistema, los bancos centrales, como si fueran helicópteros dejando caer dinero del aire, crearon nuevo dinero para comprar activos financieros (como bonos del tesoro, bonos, etc.) de las instituciones

Estados Unidos masa monetaria M2



bancarias privadas. Se esperaba que esto animaría a los bancos a proporcionar créditos baratos a las empresas y a los hogares.

En lugar de ello, los banqueros redujeron sus préstamos y aumentaron sus ganancias; las empresas se sentaron sobre montañas de efectivo; y los inversores canalizaron este dinero fácil a un frenesí de especulación, alimentando burbujas en acciones, viviendas y criptodivisas.

Mientras los bancos centrales abrían los grifos por un lado, los gobiernos succionaban la demanda de la economía por el otro, en forma de austeridad y recortes al gasto público. La política monetaria flexible, en otras palabras, iba acompañada de una política fiscal estricta.

Al mismo tiempo, con la saturación de los mercados y el exceso de capacidad en todos los ámbitos, la inversión de las empresas permaneció estancada, lo que significa que hubo poca demanda de crédito por parte de los bancos.

Esto, a su vez, significó que mientras el Estado creaba dinero nuevo con total abandono, la oferta monetaria global -es decir, la cantidad de dinero realmente en circulación- apenas se alteró en comparación con su tendencia histórica.

Por lo tanto, las principales fuentes de demanda efectiva se vieron atenuadas o en declive. El consumo de los hogares estaba limitado por el escaso crecimiento de los salarios reales, si es que había alguno. El gasto público se redujo. Y la inversión privada estaba estancada. El capitalismo se encuentra en un punto muerto.

Todo esto demuestra los límites de lo que se puede conseguir con la política monetaria. Los capitalistas producen para obtener beneficios. Si no pueden hacerlo, la producción y la inversión se detendrán. Y, como muestra este ejemplo reciente, ninguna cantidad de dinero barato les convencerá de lo contrario.

FETICHISMO DE DINERO

Al otro lado del debate de los economistas burgueses, los predicadores neokeynesianos de la "Teoría Monetaria Moderna" (TMM) caen en la misma trampa que los monetaristas a los que critican, compartiendo su fijación mecánica y estupefacta

en el poder del dinero, en otras palabras, su fetichismo de dinero.

Los defensores de la TMM, sin embargo, dan la vuelta al argumento de sus oponentes. Al igual que los monetaristas, también consideran erróneamente que el dinero es la "fuerza motriz" del capitalismo. Pero en lugar de reclamar una política monetaria estricta en base a esto, sacan la conclusión contraria: creen ingenua y falsamente que los gobiernos pueden estimular la producción imprimiendo dinero.

El hecho es que el capitalismo no puede ser gestionado ni a través de la política monetaria ni a través de reformas de impuestos y gastos. De hecho, las "soluciones" defendidas por los fanáticos de la TMM, como ya se ha subrayado, son una receta segura para la inflación, como se ha visto hoy y a lo largo de la historia, con los trabajadores pagando el precio real.

Por lo tanto, tanto los monetaristas como los keynesianos de la TMM se equivocan al centrar toda su atención en la oferta monetaria y al fetichizar el poder del dinero en el capitalismo.

En cambio, al igual que Marx, deberíamos centrarnos en descubrir las leyes reales y objetivas que rigen los movimientos de los precios y la dinámica del capitalismo. Sólo entonces podremos tener una comprensión verdaderamente científica del sistema capitalista: un precursor necesario para señalar el camino de salida de esta crisis.

Del mismo modo, como ocurre cuando el dinero se encuentra bajo el capitalismo, no es la sangre la única que da vitalidad al cuerpo humano. Un suministro de sangre saludable es ciertamente esencial para transportar oxígeno y otros nutrientes importantes a los diversos órganos y tejidos. Sin embargo, ni la sangre ni el sistema circulatorio son responsables de producir dichos elementos esenciales o de establecer sus propios volúmenes y velocidades.

Los monetaristas, en este sentido, son como sanguijuelas medievales, que esperan curar a los pacientes enfermos chupándoles el exceso de sangre. Los keynesianos, por su parte, proponen poco más que una transfusión de sangre y un simple parche para curar una herida que está profundamente infectada. Sin embargo, ninguno de ellos aborda la enfermedad subyacente: el propio capitalismo.

UN SISTEMA SENIL

Para los monetaristas, como ya se ha dicho, la solución a la inflación es una política monetaria estricta. Algunos incluso piden que se vuelva al patrón oro: atar rígidamente la oferta monetaria a esta mercancía tangible.

Esta sugerencia tiene cierta lógica si se observa la historia de la inflación bajo el capitalismo. Después de todo, como ya se ha señalado, los precios se han disparado drásticamente desde que se abandonó el patrón oro entre los periodos de guerras, dando a los bancos centrales *carta blanca* para imprimir dinero en monedas fiduciarias.

Según el análisis de los economistas del Banco de Inglaterra, en comparación con una simple triplicación de los precios en el periodo de casi tres siglos, desde la fundación del Banco del Reino Unido en 1694 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, entre 1948 y 1994, los precios en dicha isla se multiplicaron por 20.¹⁵ De hecho, la mayor parte de esta inflación anterior se produjo en tres periodos de guerra que fue cuando el patrón oro estaba en gran medida desaparecido: las guerras napoleónicas, la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial.

Fuente: Banco de Inglaterra, referencia 17





Sin embargo, los monetaristas vuelven a confundir causa y efecto. El patrón oro (y posteriormente el acuerdo de Bretton Woods) se derrumbó no por error político, sino por las insostenibles contradicciones que se habían acumulado en el sistema capitalista mundial.

Las potencias imperialistas abandonaron por primera vez el patrón oro con el inicio de la Gran Guerra, al intentar financiar sus esfuerzos bélicos imprimiendo dinero; y luego de nuevo (tras una breve restauración) en la década de 1930, durante la crisis más profunda de la historia del capitalismo, al aplicar políticas monetarias expansionistas con el fin de estimular la economía, financiar los déficits gubernamentales y proporcionar liquidez a los bancos en quiebra.

En esencia, esta crisis del sistema monetario era un reflejo de la crisis del sistema capitalista; una rebelión de las fuerzas productivas contra las barreras de la propiedad privada y el Estado-nación.

Desde de este punto de vista, la inflación es un síntoma no de gobiernos imprudentes, sino del hecho de que seguimos en la época del imperialismo; la época de la decadencia senil del capitalismo. Como explicó León Trotsky en sus discursos a la Internacional Comunista tras la Primera Guerra Mundial, la inflación es un signo del deterioro de la salud del sistema económico, el cual sólo puede mantenerse vivo mediante un goteo constante de impresión de dinero y deuda.¹⁴

Hasta hace poco, la burguesía creía con orgullo que había logrado abolir la inflación. Los monetaristas, por ejemplo, se jactaban de que -bajo su dirección "independiente"- los precios habían sido controlados en las últimas décadas, lo que dio lugar a una era de inflación y desempleo relativamente bajos en los países capitalistas avanzados.

Sin embargo, como ya se ha explicado, este periodo de inflación contenida no se debió a los métodos monetaristas, sino que fue el producto de factores objetivos -como la sobreproducción, la globalización, la automatización y otros- que se combinaron para mantener los precios a raya.

Es cierto que la clase dominante ha impulsado políticas deflacionistas de austeridad y recortes salariales por lo menos

desde la década de 1970. Pero el resultado de esto fue la devastación económica y social, que sólo fue aliviada (parcialmente) por una expansión masiva de crédito.

Y el contrapunto a esto ha sido la enorme deuda acumulada por los gobiernos, las empresas y los hogares de todo el mundo a lo largo de este periodo, lo que ha vuelto a acumular las contradicciones, las cuales estallaron con el inicio de la crisis de 2008.

Los brotes de inflación y el aumento de las deudas, en este sentido, son dos caras de la misma moneda. Ambas son un reflejo del estancamiento del capitalismo, que requiere inyecciones cada vez mayores de capital ficticio para sobrevivir. Pero todo esto no hace más que agravar las contradicciones, preparando el camino para crisis aún mayores y más explosivas en el futuro.

CUELLOS DE BOTELLA EN EL SUMINISTRO

Está claro, pues, que el capital ficticio -en forma de estímulo gubernamental y la QE de los bancos centrales- es responsable, al menos en parte, de la epidemia de inflación que se ha producido a raíz de la epidemia de COVID-19.

Pero la avalancha de demanda es sólo una parte de la ecuación. La otra se constituye de los problemas de oferta que están destrozando la economía mundial, generando cuellos de botella y escasez de mano de obra que estrangulan la producción de muchos bienes elementales.

Las cadenas de suministro están al límite. Se prevén cuellos de botella durante meses, o incluso años, en los enlaces de transporte y las rutas marítimas. Por otro lado, las empresas de numerosos sectores siguen luchando por cubrir las vacantes de empleo.

La escasez en un área, por su parte, puede provocar fuertes ondas en toda la economía. Un aumento de la demanda de microchips, por ejemplo, ha provocado paros en industrias más avanzadas, como la fabricación de automóviles.

A este caos se suman una serie de perturbaciones adicionales que han eliminado grandes suministros de productos básicos clave para la economía mundial.

Lo más notable ha sido el impacto de la guerra de Ucrania y las sanciones

occidentales contra el régimen de Putin en el suministro de petróleo y gas. Ucrania y Rusia son también grandes exportadores de trigo, mientras que esta última es una importante productora de materias primas como aluminio, paladio y fertilizantes.

De igual modo, preocupa la política china de "Cero COVID", que ha provocado estrictos cierres en regiones industriales del país que son puntos nodales para la producción y el comercio del mundo.

Una vez más, entendiendo la relación entre el valor, los precios y el dinero, se hace evidente cómo este proceso también ha avivado la inflación.

Los precios están subiendo en respuesta a los fuertes desequilibrios entre la oferta y la demanda. Esto es especialmente grave en el caso de componentes vitales de la producción y la distribución, como la energía y el transporte. Esto tiene un profundo efecto de arrastre sobre los precios en general, provocando una inflación generalizada.

En la mayoría de los países capitalistas avanzados, por ejemplo, el responsable de una proporción significativa (más de la mitad) de las cifras oficiales de inflación es el aumento de los precios de la energía. En la eurozona, la energía y los alimentos representan casi tres cuartas partes de la inflación.

Pero mientras los precios suben, los valores en muchos casos no lo hacen. El tiempo de trabajo socialmente necesario para perforar petróleo en los Estados Unidos, por ejemplo, no se ha visto realmente afectado por las prohibiciones del crudo ruso.

Como resultado, los grandes monopolios de los combustibles fósiles están registrando hiper ganancias, aprovechando la crisis para ampliar sus márgenes, cuando podrían invertir para proporcionar energía accesible y limpia para todos.

ANARQUÍA DEL MERCADO

Con su ardiente fe en el poder del mercado, los principales representantes de la clase dominante creían que estas perturbaciones pasarían rápidamente y que la armonía y el equilibrio se restablecerían pronto.

La demanda se reduciría tras un aumento inicial después de los confinamientos. La oferta se recuperaría a medida que la

“Las crecientes tensiones entre las potencias capitalistas están agudizando las contradicciones de la economía mundial. La globalización retrocede, el nacionalismo económico aumenta y las cadenas de suministro mundiales empiezan a deshacerse, todo lo cual se acelera en respuesta a la pandemia, la guerra de Ucrania y las consiguientes sanciones a Rusia.”

pandemia remitiera y la economía volviera a la “normalidad”. La inflación, esperaban, no sería más que una fiebre efímera.

Pero los sectores mencionados anteriormente están dominados en su mayoría por monopolios y cárteles, como la OPEP (los países productores de petróleo), que la mayoría de las veces prefieren responder al aumento de los precios incrementando sus ganancias, en lugar de aumentar la producción.

Por otra parte, las sumas requeridas para entrar en estos mercados hacen casi imposible la entrada de nuevos proveedores, lo que impide la competencia y mantiene los precios artificialmente inflados.

La globalización, a su vez, ha traído consigo un enorme nivel de monopolización y especialización. Algunas industrias críticas -como la producción de chips de silicio para ordenadores- se concentran ahora en uno o dos países. Y si éstos quedan aislados del resto del mundo, las frágiles cadenas de suministro y los mercados mundiales pueden empezar a fracturarse fácilmente.

En el fondo, todo esto es producto de la anarquía del capitalismo: un sistema de propiedad privada y de producción con fines de lucro.

Durante décadas, obligados por la competencia, los empresarios han perseguido métodos de producción “justo a tiempo”. Esto ha supuesto recortar cualquier exceso, eliminar la redundancia y ampliar las cadenas de suministro, todo esto con el fin de obtener unos beneficios cada vez mayores.

Similarmente, en los países capitalistas avanzados, ha habido una falta de inversión a largo plazo en la industria y la infraestructura, en favor de la especulación financiera a corto plazo.

Pero este enfoque miope ha introducido una enorme fragilidad en el sistema, dejando a las economías vulnerables a “accidentes” como guerras, pandemias y desastres naturales.

Un buen ejemplo es el gas. En los últimos años, la capacidad de almacenamiento de gas en el Reino Unido se ha reducido de más del 10% de la demanda anual a menos del 2%. Por lo tanto, como se ha visto en el último año, las

pequeñas fluctuaciones de la demanda nacional o de las importaciones disponibles pueden provocar un preocupante déficit y subidas masivas de los precios de la energía.

Considerando al petróleo, al comienzo de la pandemia se produjo un enorme colapso en la demanda de dicho hidrocarburo, lo que dio lugar a precios negativos en Estados Unidos por primera vez en la historia. Dos años más tarde, cuando terminaron los cierres y volvió la demanda, las perforaciones y las bombas inactivas no pudieron volver a funcionar con suficiente rapidez.

Esto, junto con los efectos del conflicto en Ucrania, ha generado un incremento constante del precio del crudo Brent por encima de los 100 dólares por barril en los últimos meses, y el presidente de EE.UU. Joe Biden ahora está implorando a los productores de petróleo para que aumenten la producción.

El mismo proceso fundamental puede verse en toda la economía mundial. La mano invisible no puede seguir el ritmo ni de las oscilaciones volátiles de la oferta y la demanda, ni de los repetidos golpes de martillo que llueven sobre el sistema capitalista, los cuales eliminan el suministro de los bienes y materias primas esenciales.

“Una conmoción de tal profundidad y amplitud no tiene precedentes”, afirma *The Economist* en un artículo reciente sobre el impacto de la guerra en la oferta internacional de productos básicos clave.¹⁵ “Restablecer el equilibrio del mercado parece, pues, imposible sin una reducción forzada de la demanda”. En otras palabras: una vuelta al racionamiento.

El mercado, en definitiva, ha fracasado. Lejos de asignar eficazmente los recursos, se ha mostrado incapaz de satisfacer las necesidades básicas de la vida. En lugar de este caos capitalista, necesitamos un plan de producción socialista.

MARCHA ATRÁS EN LA GLOBALIZACIÓN

El aumento real de los costos de producción, junto con el capital ficticio y los choques de oferta, es otro gran componente de la crisis de inflación actual.

Mientras que los últimos dos primeros factores reflejan la presión al alza de

las fuerzas del mercado sobre los precios, debido a los desequilibrios de la oferta y la demanda, este primer ingrediente de la inflación significa un crecimiento relativo de los valores, es decir, del tiempo de trabajo socialmente necesario para producir y distribuir determinadas mercancías.

En la actualidad, esto está relacionado principalmente con la cuestión de la globalización y el proteccionismo.

En las últimas décadas, como ya se ha comentado, la globalización -junto con la automatización y los ataques a la clase trabajadora- ha actuado para ejercer una poderosa presión a la baja sobre los precios.

A medida que China, Rusia y Europa del Este se abrieron al mercado mundial, nuevas fuentes de mano de obra y recursos baratos se hicieron accesibles al capital occidental.

Además, como ya se ha mencionado, el establecimiento de cadenas de suministro globales, con el desarrollo de las comunicaciones y el transporte, condujo a una concentración de la producción, la cual formó gigantescos monopolios multinacionales en muchos sectores. Con esto, llegaron las economías de escala, es decir mejoras en la productividad, las cuales ayudaron a reducir los costos. Sin embargo, este proceso está empezando a ralentizarse, e incluso a invertirse.

Las crecientes tensiones entre las potencias capitalistas están agudizando las contradicciones de la economía mundial. La globalización retrocede, el nacionalismo económico aumenta y las cadenas de suministro mundiales empiezan a deshacerse, todo lo cual se acelera en respuesta a la pandemia, la guerra de Ucrania y las consiguientes sanciones a Rusia.

El resultado es un desmantelamiento del comercio internacional que, durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, se había expandido de forma constante en comparación con la producción económica mundial.

Esto tendrá el efecto conocido como “balcanización” del capitalismo, el cual fractura el mercado mundial, reduce la eficiencia en la producción y aumenta los precios (en relación con los salarios y el precio de la fuerza de trabajo).

“En última instancia, la inflación es un síntoma de la anarquía y la decadencia del sistema capitalista; una plaga que sólo se curará de verdad si nos libramos de la economía de mercado, sacando la producción de las manos privadas y poniéndola bajo la propiedad común y el control de los trabajadores.”

Joe Biden, por ejemplo, pregona ahora el eslogan “Made in America”, ya que pretende restaurar la fabricación de productos de Estados Unidos. En realidad, esto significa erigir nuevas barreras al comercio, imponiendo costos adicionales a los productores.

Esto revela el grave impacto de las decisiones políticas de la clase dominante sobre la inflación: Las políticas de “América primero” de Donald Trump; la beligerancia del Brexit de Boris Johnson; o la prolongada guerra por poderes del imperialismo estadounidense con Rusia en Ucrania, por nombrar sólo algunas son decisiones que se toman en respuesta a la crisis y las contradicciones del capitalismo, pero que a su vez amenazan con echar gasolina a un fuego que ya viene ardiendo con furia. Sobre todo, esta situación pone de manifiesto una vez más cómo el Estado-nación, junto a la propiedad privada, actúan como barrera fundamental para el desarrollo de las fuerzas productivas.

ESTANFLACIÓN

El resultado general es que la economía mundial se dirige ahora hacia el escenario de pesadilla de una inflación creciente junto con una desaceleración del crecimiento, un combo asesino al que los comentaristas económicos burgueses se refieren como “estanflación”.

Ante tal perspectiva, el arsenal de la clase dominante se ve despojado de sus habituales armas. Los tipos de interés, por ejemplo, son una herramienta contundente, destinada a reducir la demanda mediante la restricción de la oferta monetaria. Pero la demanda de los consumidores ya se está viendo mermada por el aumento de los precios, y los ingresos de los hogares y los ahorros acumulados son incapaces de cubrir la escalada de las facturas; de ahí las proyecciones de un crecimiento más lento, con las ya extinguidas esperanzas anteriores de un sólido repunte tras la pandemia.

Además, el aumento de los tipos de interés también intensifica el coste de la

deuda, haciendo subir los costos de los préstamos. En la situación actual de alto endeudamiento de hogares, empresas y gobiernos, esto podría provocar una recesión profunda.

Por ello, la situación actual ha suscitado comparaciones con los años 70: la última vez que los países capitalistas avanzados se enfrentaron a una “estanflación”, con niveles de inflación similares (o peores), simultáneos a una recesión económica y a un elevado desempleo.

Las presiones inflacionistas incluían entonces tanto el capital ficticio como los choques de oferta, como la crisis del petróleo de 1973, en la que los precios de la energía se dispararon como consecuencia de la guerra del Yom Kippur y el posterior embargo de petróleo.

A finales de la década, la situación se estaba descontrolando, y la tasa de inflación anualizada en Estados Unidos superaba el 13% en diciembre de 1979.

Ese mismo año, el presidente demócrata de Estados Unidos, Jimmy Carter, nombró a Paul Volcker, autoproclamado “monetarista práctico”, como presidente de la Reserva Federal. Al asumir el cargo, Volcker actuó inmediatamente para aumentar los tipos básicos del banco central de alrededor del 10% al 20%.¹⁶

El objetivo de la Fed era provocar artificialmente una recesión mediante la restricción del crédito, con la esperanza de empujar el desempleo hacia arriba y los salarios hacia abajo - un objetivo alcanzado con éxito por Volcker y la clase dominante.

Sin embargo, esta medida trajo enormes daños colaterales, cuyas consecuencias se dejaron sentir en toda la sociedad. Hasta hoy, el impacto puede verse en términos de las cicatrices de la desindustrialización en el Cinturón del Óxido (*The Rust Belt*).

Sin embargo, como toda analogía, este paralelismo histórico tiene importantes límites. El año 2022 no es 1980. Ambas crisis inflacionistas comparten ciertas similitudes, sobre todo el hecho de que se produjeron tras una década o más de

inestabilidad económica, social y política. Pero también hay importantes diferencias.

En primer lugar, la clase dominante entra en la crisis actual con niveles de deuda y de capital ficticio mucho más elevados que los que circula en su sistema.

La deuda mundial alcanzó un máximo histórico del 360% del PIB en 2020, con un salto de 28 puntos porcentuales como consecuencia del gasto estatal relacionado con la pandemia. En EE.UU., la deuda federal alcanza ahora casi el 140% del PIB. En comparación, la Casa Blanca entró en la década de 1980 con una deuda históricamente baja, la cual sólo era de 32% del PIB.

Lo mismo ocurre en general con todos los países. El mundo nunca ha estado tan inundado de deudas. Por lo tanto, un aumento de los tipos de interés en este momento causará una devastación económica y un contagio financiero mucho mayor que en la época de Volcker, provocando quiebras masivas de países, empresas y familias.

Asimismo, la economía mundial está mucho más integrada ahora que entonces. Esto significa que el impacto de las decisiones de la Fed repercutirá ahora en todo el planeta. La suspensión de pagos de *facto* de Sri Lanka recientemente, y los aleteos de pánico en el mercado de valores, son un presagio de lo que se avecina.

Por último, a diferencia de lo que ocurría en los años 80, el sistema capitalista no está hoy al borde de ningún tipo de boom. En aquel entonces, la era de la globalización acababa de empezar, con la expansión del comercio internacional recibiendo un importante impulso cuando primero China, y luego Europa del Este y Rusia, empezaron a abrir sus economías al mercado mundial. Esto proporcionó nuevas fuentes de inversión rentable para los capitalistas, ayudando a aliviar el declive en Occidente.

Por el contrario, como ya se ha comentado, la globalización empieza a resquebrajarse. Y lejos de enfrentarnos a un periodo de auge, estamos entrando en un periodo de estancamiento y crisis, con los mercados saturados y el nacionalismo económico en alza.

Mientras que la recesión inducida por Volcker fue corta y brusca, es más probable ahora un accidentado y prolongado aterrizaje considerando la caída de 2008, el “crack” de la corona y todas las contradicciones no resueltas que estas crisis trajeron consigo.

Por otro lado, si los gobiernos siguen financiando el déficit y los bancos centrales no toman medidas para restringir la oferta de crédito y dinero, esto no hará más que aumentar la deuda y alimentar aún más la inflación, lo que provocará una mayor caída de los salarios reales y

del nivel de vida de los trabajadores y de los pobres.

Por lo tanto, cualquier decisión que tome la clase dominante conducirá al desastre: ya sea a corto plazo o preparando las condiciones para futuras crisis aún más intensas. En otras palabras, con el capitalismo, todos los caminos conducen a la ruina.

Y ya sea a través de la austeridad o de la inflación, o de ambas, será la clase trabajadora la que pagará la factura. Por lo tanto, el escenario está preparado para una intensa lucha de clases en todas partes.

EL CULPABLE ES EL CAPITALISMO

Se puede ver, pues, que la inflación es un fenómeno complejo, que implica la interacción de varios factores, procesos y dinámicas. Es una hidra de muchas cabezas. Pero sea cual sea la forma en que se examine, la culpa no es de los trabajadores. El verdadero culpable es el capitalismo y sus contradicciones.

Son la clase dominante y sus representantes quienes han rociado imprudentemente el dinero por la economía mundial desde 2008 (y durante el último siglo), como si se invitara a un pirómano a contener un infierno ardiente.

Son los capitalistas los que se han aprovechado de la escasez, especulando y acaparando, en lugar de invertir en la producción real.

Son los monopolios multinacionales los que en un esfuerzo por obtener ganancias cada vez mayores, han ampliado las cadenas de suministro hasta el punto de ruptura, y han recortado toda la redundancia y resistencia.

Son los empresarios y los multimillonarios quienes han hecho bajar los

salarios y las condiciones de los trabajadores, lo que ha provocado la disminución de los salarios reales y la escasez de mano de obra en sectores vitales.

Son los políticos capitalistas, en defensa de la clase capitalista de sus propias naciones, los que han seguido el camino del proteccionismo: implementando aranceles, deslocalizando la producción y emprendiendo devaluaciones competitivas de sus monedas, todo ello para exportar la crisis a otros lugares, con los costos soportados por los trabajadores en nacionales y en extranjero.

Son los imperialistas belicistas los que han malgastado la riqueza de la sociedad en armamento, y han impuesto sanciones salvajes, causando una enorme dislocación económica y haciendo subir el precio del petróleo, el gas y otros productos básicos importantes, todo ello en aras de ampliar sus mercados y esferas de influencia.

La culpa la tiene, sobre todo, el sistema capitalista: un sistema intrínsecamente anárquico, en el que nuestras vidas y nuestro futuro se dejan en manos invisibles del mercado; en el que los abundantes recursos de la sociedad se dilapidan en aras de los beneficios de los empresarios, en lugar de utilizarse racionalmente para satisfacer las necesidades de las personas y del planeta.

En última instancia, la inflación es un síntoma de la anarquía y la decadencia del sistema capitalista; una plaga que sólo se curará de verdad si nos libramos de la economía de mercado, sacando la producción de las manos privadas y poniéndola bajo la propiedad común y el control de los trabajadores.

“La clase obrera -escribió Marx en *Valor, precio y ganancia*- No debe olvidar que

lucha contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos; que lo que hace es contener el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección; que aplica paliativos, pero no cura la enfermedad.”¹⁷

Por lo tanto, la única solución genuina y duradera para la clase obrera es expropiar a los multimillonarios y planificar la economía según líneas socialistas.

Esa es la tarea revolucionaria que tenemos por delante. El capitalismo es caos y crisis. Este sistema senil no puede ser remendado. Debe ser derrocado. ■

1 Carta de Marx a Engels, 20 de mayo de 1865, en Carlos Marx/Federico Engels, Correspondencia, Tomo II, (México: Ediciones de Cultura Popular, SA, 1972) páginas 52-54.

2 Karl Marx, “Salario, precio y ganancia”, *Marxist Internet Archive*. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/65-salar.htm>

3 Ibidem.

4 Ibidem.

5 Karl Marx, *El capital: crítica de la economía política, II: El proceso de circulación*. (México: Fondo de Cultura Económica, 2017).

6 Karl Marx, “Salario, precio y ganancia”, *The Marxist Internet Archive*. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/65-salar.htm>

7 Karl Marx, “La medida de los valores”, en *El Capital: Crítica de la Economía Política*. *Marxist Internet Archive*. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/capital/karl-marx-el-capital-tomo-i-editorial-progreso.pdf>

8 Karl Marx, *El Capital: Crítica de la Economía Política*, Vol. 3.

9 Thomas M. Humphrey, “Keynes on Inflation”, en *FRB Richmond Economic Review* 67, nº 1 (enero/febrero de 1981), pg 3-13.

10 John M. Keynes, *How to Pay for the War: A Radical Plan for the Chancellor of the Exchequer*, (Londres: Macmillan and Co. Ltd., 1940).

11 Milton Friedman, “The Counter-Revolution in Monetary Theory”, en *Issues in Monetary Policy: The Relationship Between Money and the Financial Markets*, ed. Kent Matthews y Philip M. Booth (Londres: Wiley, 2006), pg 171-83.

12 Ted Grant, “The Truth Behind Inflation” (La verdad detrás de la inflación), *Militant*, nº 71, enero de 1971, <http://www.marxist.com/grant-truth-behind-inflation.htm>.

13 “Inflation over 300 years”, en *Bank of England Quarterly Bulletin*, Vol. 34, nº 2, mayo, 1994, <https://www.bankofengland.co.uk/-/media/boe/files/quarterly-bulletin/1994/inflation-over-300-years.pdf>.

14 León Trotsky, “Informe sobre la crisis económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional Comunista”, en *Los primeros 5 años de la Internacional Comunista*.

15 “¿Puede el mundo arreglárselas sin la enorme reserva de materias primas de Rusia?”, *The Economist*, 12 de marzo de 2022, <https://www.economist.com/finance-and-economics/2022/03/12/can-the-world-cope-without-russias-huge-commodity-stash>.

16 “United States Fed Funds Rate” chart, Trading Economics, consultado el 05 de junio de 2022, <https://tradingeconomics.com/united-states/interest-rate>.

17 Karl Marx, “Salario, precio y ganancia”, *The Marxist Internet Archive*. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/65-salar.htm>



Dinero para Quemar Victor Dubreuil (1893)

las obras de
**León
Trotzki**

LEA NUESTRA CRECIENTE COLECCIÓN

DE LIBROS ELECTRÓNICOS

CENTROMARX.ORG

